This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Vet. Span. III A. 117

Vet. Span. III A. 117

OBRAS LITERARIAS

DE

FR. POLIPODIO

DE SALAMANCA.

VALLADOLID:

IMPRENTA DE D. M. APARICIO.

1844.

Lamie Fanie

Es propiedad del autor, quien perseguirá ante la ley al que la reimprima sin su permiso.

A DOÑA TOMASA ORDAZ Y VALBUENA.

Tributo de cariño de su hijo

Fray Polipodio.

UNIVERSITY

INDICE.

Abides y Hesperia *(novela)*. 33
La Aparicion Espantosa. 59
El Boticario y el Alacran *(fábula)*. . . 5
Cántico del Angel de la Guerra. . . . 9
La Cocinera y la Gata *(fábula)*. . . . 186
El Dia de San Ramon. 55
A los Dias del Poeta D. L. D. y M. . 79
A mi Difunta (Q. E. P. D.). 65
Epigrama. 14
Idem. 21
Idem. 58
Idem. 70
Idem. 75
Idem. 78
Idem. 80
Idem. 180
Idem. 185
A la Felicidad. 1
A Felisa *(letrilla)* 15
La Filosofía y el Dinero *(fábula)*. . . 49

La Fuente del Secreto *(novela)* 145
La Guerra. 71
La Hidalga de San Martin *(comedia)*. . 81
Inés de Jerusalén *(cancion)* 183
El Instituto científico de los animales *(fábula)*. 27
Jesucristo *(poema)*. 187
Kalminda ó la Torre Negra *(poema)*. . 209
A Magdalena *(letrilla)*. 177
Al Miércoles de Ceniza 22
A Napoleon. 139
La Niña y la Hormiga *(fábula)*. . . . 181
El Niño y la Tortuga *(fábula)*. 76
Al Poeta D. L. D. y M. 30
Salamanca. 169
Al Tormes 18

Este librito es muy semejante á esa gran comunidad de locos que se llama *mundo*, y de la cual nuestra Paternidad Reverendísima es uno de sus mas dignos miembros. En él, lo mismo que en aquella, todo anda mezclado, todo revuelto. Pensamientos sublimes y elevados entre pensamientos frívolos y vulgares: odas serias y melancólicas al lado de composiciones alegres y picantes: la verdad envuelta con la mentira: la historia con la fábula: el poema religioso con la novela profa-

na: la moralidad con la sátira inmoral: palabras de amor y dulzura con terribles imprecaciones, hijas del enfado y del mal humor: en fin, es un fiel retrato de la mísera vida humana.

Si alguno cree que nuestra Reverencia le engaña leále y lo verá.

A LA FELICIDAD.

¿Dónde estás misteriosa criatura?
¿Cuál es el mundo donde habitas, dí?
¿Resides en la tierra por ventura?
¿Fijas tu solio esplendoroso aquí?
¿O solo en una mente delirante
Bulles con tus encantos y portentos,
Como en la fantasía del infante
Los duentes y las brujas de los cuentos?....
Mas no, que en sus decretos tan augustos
El Señor nos legara tu existencia;
Tú eres el patrimonio de los justos,
Tú ciñes la corona á la inocencia.
¡Ay! ¿Y no envuelvés para siempre al hombre
Entre los pliegues de tu eterno manto?
¿Y no reduces con tan grato nombre
Los pueblos todos á tu imperio santo?

Yo veo mil y mil generaciones
Correr en pos de tí de noche y dia,
Y hundirse con sus bellas ilusiones
Bajo la losa de la tumba fria.

Yo las veo cruzar por las edades
Como el águila cruza por el viento,
Y huérfanas dejar las sociedades
Sin haberte gozado ni un momento.

Te busca en los placeres con anhelo
La ardiente y bulliciosa juventud;
Y antes de descubrir tu escelso velo
Tropieza con la horrible senectud.

En la cumbre te busca del poder
El que aspira á elevada dignidad;
Las gradas de los tronos logra ver
Y siempre su alma gime en soledad.

El guerrero cruel te busca en vano
Entre el hórrido estruendo del cañon;
Las entrañas desgarra del hermano
Y nunca alegras tú su corazon.

Y en el crímen maldito los malvados
Cuando ensangrientan su puñal cortante;
Y el que vaga por tristes depoblados
En el rubio metal del caminante.

Y en sus montones de oro el codicioso,
Y entre sus privaciones el asceta,
Y el sábio en su retiro silencioso,
Y en sus versos sonoros el poeta.
Hasta el que surca los inmensos mares
Rompe las olas por creerte allí;
Y hasta el que se consagra á los altares
Lo hace tal vez por encontrarte á tí.
Toda, toda la prole de Jehová
Corre tras de tus huellas en tropel:
Los hijos de Jesus, y los de Alá,
Y las tribus errantes de Israel.
Mas ¡ay! en este valle de dolores,
¿Qué mortal alcanzarte consiguió?
¿A quién has prodigado tus favores?
¿Quién en tu sacro alcázar penetró?
Si alguna vez con rostro placentero
Un instante te vió la raza humana,
Breve fué como ensueño lisonjero
Que en la luz naufragó de la mañana.
Breve fué, y á la dulce sensacion
Sucedió un melancólico pesar,
Que bien pronto ocupó en el corazon
El hueco que debieras tú llenar.

Sí, que el autor divino, el Dios Potente
Tan solo para el hombre te ha criado;
Con él debes vivir eternamente
Porque asi está en el cielo decretado.....
¡Tan solo para el hombre! ¿Y tú le dejas
Entregado al dolor y á la tristura?
Pero ¡ah! ¿Por qué te doy tan sérias quejas?
¿Huyes tú de nosotros por ventura?
No: las pasiones son de los mortales
Las que te alejan ¡ay! de este hemisferio;
Ellas con sus desórdenes fatales
Los cimientos socaban de tu imperio.
Ellas nos arrebantan el sosiego,
Ellas encienden la funesta guerra,
Ellas respiran esterminio y fuego
Y en un infierno, en fin, tornan la tierra.
Vuela, vuela á las célicas regiones
Donde siente su solio la virtú;
Que aqui reina el furor de las pasiones
Y donde ellas están no cabes tú.

FABULA.

EL BOTICARIO Y EL ALACRAN.

Un horrendo Farmacéutico
Contemporáneo de Abram,
Tan raro y tan extrambótico
Como su gorro y su frá,
En un obrador galénico
(Mansion triste y sepulcral
Que parecía en lo lóbrego
El reino de Satanás)
Al pie de llama fatídica
En mortero colosal
Agitaba con la espátula
Una especie de Alquitrán.
Mezcló allí con Asafétida
El agua Pontifical,

Zumo de Ramno Catártico,
Bálsamo de Fierabrás,
De los tres Diablos las Píldoras,
El Colirio de Lanfranc,
Proto-cloruro de Arsénico,
Deuto-tartrato de Cal,
Antimonio Diaforético,
Asaro del Canadá,
Caldo colado de Vívoras,
Betónica, Solimán,
Arnica, Betum Judáico,
Coloquíntidas, Maná,
Acido Prúsico y Nítrico,
Album Grecum y Aguarrás.
Todo este potage químico
Puso luego á evaporar
En una caldera gótica
Mas negra que un cordobán.
Arrugó su rostro escuálido,
Atizó el fuego voráz
Y aquel brebage diabólico
Comenzó á gorgoritear.
Viendo el Boticario empírico
Dos gotitas de Aguarrás

En el mortero de pórfido,
Dijo entre sí: ,,Por San Juan,
Desperdiciar este líquido
Es un pecado mortal;
A veces por cosas fútiles
Se suele un hombre arruinar"
Y en sus manos cadavéricas
Tomó el hueco pedernal
Para escurrir en la pócima
Una gota á todo mas.
Pero como estaba exánime
No lo pudo levantar,
Y en la caldera galénica
Lo apoyó.... ¡Trance fatal!
Con aquel peso enormísimo
La echó al momento á rodar,
Se inflamó el caldo mortífero,
Chamuscó su bello frá,
El gorro tuvo fin trágico,
Se quemó un dedo además,
Y entre enfadado y colérico
Exclamó: ,,¡Suerte infernal!
¡Adios precioso narcótico
Medicamento eficaz

Para la Sífilis crónica
Y la Hepátitis boreal!
¡Adios la invencion magnífica
Que me iba á inmortalizar!
¡Adios el grande específico
Para aumentar el caudal!
¡Adios mi Ramno Catártico
Mi Arsénico y mi Maná!
En un triste Farmacéutico
Este es un golpe mortal.
Oyendo el discurso lúgubre
Un venenoso Alacrán
Que estaba estudiando Química
En el libro de La-Rua,
Así habló en tono de oráculo:
,,Bien empleado te está,
Miserable Farmacópola;
Por querer aprovechar
Dos gotitas de ese líquido,
Que vale la arroba á real,
Perdiste segun mi cálculo
Cien pesetas y algo mas.
Por esta vida fantástica
A eso el ruin expuesto vá."

CANTICO DEL ANGEL DE LA GUERRA (1).

Temblad hombres temblad, yo al mundo espanto,
Yo solo anuncio luto y desconsuelo.
¡Ay del que escuche el eco de mi canto!
¡Ay del que vea mi funesto vuelo!
Yo he sido de los cielos desechado
Porque turbaba la eternal ventura;
¿Y vosotros me habeis acariciado?....
¡Insensatos! llorad tanta locura.
La santa paz el Dios Omnipotente
A vuestras razas concedido habia,
¿Y la habeis despreciado incautamente
Por mí que en el infierno os maldecía?
¡Inocentes! llorad; mi poderío
Ya tiene al orbe todo en cautiverio,
Desde el mas limitado señorío
Hasta el mas poderoso y vasto imperio.
¡Ay de vosotros míseros mortales!

(1) Imitacion del Cántico del Angel Negro, de D. Ventura Ruiz Aguilera.

El reino de las tumbas poblaré;
Ya os contemplo en mis garras infernales;
Sobre vuestros sepulcros cantaré.
Yo soy el que en los campos ha inundado
Con la sangre de víctimas sin cuento,
Mil pueblos á las llamas he entregado
Lanzando sus cenizas por el viento.
Y con furia implacable he conmovido
Los tronos mas potentes de la tierra,
A mi vista entre el polvo se han hundido,
Yo soy ¡temblad! el Angel de la Guerra.
Yo la ambicion impía fomentaba
Del bárbaro y cruel conquistador,
Y cuando él vuestra casta aniquilaba
Yo su rabia atizaba y su furor.
Y le llevé á los clímas mas lejanos
A robarles su dicha y su reposo,
Y allí despedazó á vuestros hermanos
Al resonar mi cántico horroroso.
¡Ay de vosotros míseros mortales!
El Reino de las tumbas poblaré;
Ya os contemplo en mis garras infernales,
Sobre vuestros sepulcros cantaré.
Yo juego con la vida de los reyes

Y el destino de todas las naciones,
Me rio de derechos y de leyes
Y planto donde quiero mis pendones.
Yo interrumpo el silencio de los muertos,
Yo arrebato á los sábios el retiro,
Privo de soledad á los desiertos
Y dueño soy de todo cuanto miro.
Y llevo el exterminio por do quiera,
Y arrojo por el suelo las ciudades,
Y trastorno tambien la tierra entera
Con todas sus soberbias potestades.
¿Quién se resiste á mí? ¿Qué Soberano
Detendrá de mi brazo el fuerte brío
Cuando ya el infeliz linage humano
Es prenda, sí, del patrimonio mio?
¡Ay de vosotros míseros mortales!
El reino de las tumbas poblaré;
Ya os contemplo en mis garras infernales,
Sobre vuestros sepulcros cantaré.
Y tú, divina belleza,
La del blanquísimo velo,
La de los ojos de cielo,
La del candor virginal;
Tiembla tambien, que mi saña

No respeta tu hermosura
Y he de llenar de amargura
Esa vida angelical.
Tus ilusiones mas gratas
He de trocar en dolores,
Dando fin á tus amores
Con sanguinario furor.
Pues cuando mi voz resuene
De ese seno delirante
Se apartará el tierno amante
Agitado de temor.
Y le arrastraré al combate,
Y en ódio infernal ardiendo
Alli entre el bélico estruendo
Su corazon sacaré:
Y desplegando mis álas
Con un aspecto sombrío
Sobre su cadáver frio
Mi cancion entonaré.
Y tú la buena consorte,
La de conyugal ventura
Ya verás con mi dulzura
Como aplaco tu afliccion,
Cuando el hierro fratricida

Abra el pecho de tu esposo;
Entonces ¡ay! yo gozoso
Entonaré mi cancion.
Y contemplaré á tus hijos
Desnudos y descarnados,
Gimiendo los desdichados
En espantosa horfandad.
Y su llanto y desconsuelo
Me llenará de alegría,
Porque siempre el alma mia
Adoró la crueldad.
Porque en los mismo abismos
Vuestra raza abominaba
Y devorarla juraba
Con mi diente abrasador.
¡Ay de vosotros mortales!
¡Sucumbireis al dominio
Del Angel del esterminio
El del canto aterrador!
Y el éco pavoroso de su acento
En la esfera celeste retumbó:
Cruge el rayo terrible por el viento,
Y estremeciendo un trueno el firmamento
Satanás al infierno descendió.

EPIGRAMA.

Tomar la borla quería
Un Médico jovencillo,
Y porque nada sabía
El infeliz se afligía
Llorando como un chiquillo.
Conociendo esto el Rector
Asi le habló: ¡Qué inocencia!
Deseche usted el temor,
Que para ser hoy Doctor
No se necesita ciencia.

A FELISA.

LETRILLA.

Tu linda joroba
Me hace delirar.

Que salgas tapada
Ó salgas con lujo,
Que estés de rebujo
O estés adornada,
Y muy repeinada
Con todo ese ajuar,
Siempre tu joroba
Me hace delirar.

Que seas golosa,
Taimada, coqueta,
Voluble veleta,
Algo vanidosa
Y un tanto envidiosa....
Ya puede pasar,
¿Pero esa joroba
Qué hace delirar.....?

Esa gran montaña
Que á la espalda llevas
Y al cielo la elevas
Con arte y con maña,
La jiba que á España
Puede mas jibar.....
Tu joroba digo
Que hace delirar.

Y esas tus orejas
Tan descumanales,
Orejas asnales
Que cuentan las viejas
Que sirven de tejas
A tu jorobilla,
Oh niña bobilla
La de este cantar:
Tu linda joroba
Me hace delirar.

¿Y eres orgullosa
Maldita de Cristo,
Siendo por lo visto
Tu oreja horrorosa?

¿Y piensas jibosa
Que puede agradar
Esa tu joroba
Que hace delirar?

Luzbél te confunda
Felisa la ruda,
Coqueta orejuda
Si sé en que se funda
La soberbia inmunda
Que quieres mostrar
Teniendo la jiba
Que hace delirar.

Sal de ese letargo,
Deja de ser boba,
Mide la joroba
De lo ancho á lo largo,
Y en tono algo amargo
Puedes esclamar:
Esta es la joroba
Que hace delirar.

AL TORMES.

Goza en tu lecho de plata
Rio manso y cristalino
De esa calma dulce y grata
Que en tu vega se dilata
Bajo un cielo nacarino.
Mientras solitario lloro
De Elina el cruel rigor,
De esa ninfa á quien adoro
De bellezas el tesoro
Y modelo de candor.
¡Cuánto envidio tu reposo
Y la paz encantadora
Que disfrutas, rio hermoso,
En ese valle frondoso
Que el sol con sus rayos dora!
Cuando á tu orilla me via

Mas feliz entonces era,
¿Quién turbaba mi alegría
Al tiempo que me dormía
En la florida pradera?
Cuando inocente gozaba
De una madre las caricias,
Y tus olas contemplaba,
Y en mirarlas encontraba
Mi placer y mis delicias.
Entonces ¡ay! la amargura
Y el dolor no habia probado,
Pues Elina vírgen pura
Con su angélica hermosura
Hasta tí no habia llegado.
Si la vieses algun dia
Díla rio que lloré,
Y que tu arena cogía
Las lágrimas que vertía
Porque de ella me aparté.
Díla Tormes
La demencia
Que esta ausencia
Me causó.
Que mi llanto

Tan ardiente
Tu corriente
Se llevó.
Que la adoro
Con delirio,
Que un martirio
Yo sufrí.
Cuando triste
Y angustiado
A su lado
No me ví.
Pero no, no aflijas rio
A esa diosa del amor,
Quizás siente ya el desvío
Que de tristeza y dolor
Ha cubierto el pecho mio.
Quizá gime como yo
Esta ausencia maldecida,
Y llora porque apartó
De su seno enternecida
Al que siempre idolatró.
Adios bosque silencioso
Con tus aves y tus flores,
Adios Tormes bullicioso

Testigo de los amores
De ese valle delicioso.
Disfruta esa paz divina
Que alegre empieza á ostentar
Tu corriente cristalina,
Mientras vuelo yo á enjugar
Las lágrimas de mi Elina.

EPIGRAMA.

Por la hermosa Andalucía
Publicaba Gil Bellido
Que un secreto él poseía
Que á las solteras hacia
Con riquezas y marido.
A su casa van mil bellas,
Mas preguntando el bribon
Que si eran ó no doncellas
Maldijeron todas ellas
Semejante condicion.

AL MIERCOLES DE CENIZA.

Memento homo quia pulvis es,
Et in pulverem reverteris.
Acuérdate, mortal, que polvo has sido
Y que serás en polvo convertido.

¡Buena cancion en verdad
Es lá que traes este dia!
¡Agradable sinfonía!
¡Vaya una gran necedad!
Apenas hace un momento
Que dejamos de bailar,
¿Y vienes aqui á entonar
El pavoroso memento?
¿A decirnos nada menos
Estando sanos y buenos
Que polvo habremos de ser?
¿Quién, tontin, ha de creer
Tal patraña?

No has dado tú en mala maña
De aterrarnos
Sin dejarnos
El carnabal saborear.....
¡Que antojo tan singular!
¿Y qué es lo que parlas, dí,
En tu cantinela fiera?
¿Que toda la tierra entera
Se volverá polvo? ¿Sí?
¡Por supuesto!
En esto pensaba, en esto,
El Señor Omnipotente
Cuando en su divina mente
Proyectó
Dar á este mundo existencia:
Para esto con su paciencia
Le formó.
Para esto trabajaría
Hasta aquel sétimo dia
Que nos cuenta la Escritura.
¡Qué locura!
¿Pues qué es como los chiquillos
Que hacen de naipes castillos
Con gran tiento,

Y los soplan al momento
Por reirse
Y divertirse?
Dios es persona de seso
Y no se entretiene en eso.
¿Y nosotros el sosiego
Para esto sacrificamos
Por las cosas que anhelamos?
¿Para ser ceniza luego?
¡Pues ya!
Ahora el hombre secará
Su mollera
En una larga carrera
Y se estará desojando
Por las noches estudiando
Al reflejo del candil
Para ser un polvo vil.
Para eso es muy regular
Que montones de oro hacine,
Y que discurra y maquine
Dos mil medios de gozar.
Para eso con sus inventos
No deja en paz ni á los vientos.
Para eso suda y trabaja.

Para eso por una paja
La guerra sangrienta enciende;
Y en fin, para eso pretende
Con atrevida insolencia
De la misma Providencia
Los misterios penetrar.....
¡Qué modo de delirar!
¡Qué sandeces
Se cuentan algunas veces!
¿Mire usted quién creerá
Que en ceniza se verá
Transformado?
Vaya que la tal simpleza
Alguna grande cabeza
La ha abortado.
Vete, pues, ahora á decir
Que entre el polvo se han de hundir
De cogote
A esos jóvenes tan bellos
De los rizados cabellos
Y el bigote.
Y á esas lindas señoritas
De las cófias tan bonitas
Y las flores;

Las del semblante risueño,
Y el porvenir halagüeño
Y los amores.
Tambien con esa cancion
Puedes ir sin detencion
Al poeta,
Que anda medio delirante
Perdiendo entre el consonante
La chaveta...

Mas ¡ah!... ¿de qué me burlo, santo cielo?
¿No he pronunciado una fatal verdad?
¿No cubrirá mi frente el negro velo
De la inmensa é insondable eternidad?
¡Ay! Las tumbas sombrías y horrorosas
Contestan con un *sí* mas elocuente
Que las frases limadas y pomposas
Del mortal mas retórico y sapiente.
¿En aquella mansion aterradora,
Quién no escucha esta lúgubre sentencia?
Aqui se hunde la vida encantadora
Con toda su ilusion y su apariencia.
Recuerdo bien cruel, recuerdo triste
Que nos llena de luto y de amargura;
Pero que solo en nuestra mente existe

Mientra el eco en las bóvedas murmura.
Pensamientos mas gratos cruzan luego
Los campos de la aérea fantasía;
Y gozan los sepulcros su sosiego,
Y el hombre corre en pos de la alegría.
Tal vez en sus decretos eternales
Así los justos Cielos lo ordenáran;
¿Qué fuera de los míseros mortales
Si esta idea terrible no olvidáran?

FABULA.

EL INSTITUTO CIENTIFICO

DE LOS ANIMALES.

Guta-Gamba, del bosque soberana,
Leona ya algo anciana
Y ambiciosa de gloria,
Por ganar una página en la historia
Determinó que en su palacio régio
Se fundase un científico Colegio.

Al efecto convoca algunos brutos,
Les habla de los sábios institutos
Que tienen los mortales;
Les dice que las ciencias naturales
Hacen grandes prodigios en la tierra;
Que hasta el arte funesto de la guerra
Las debe mil inventos sorprendentes;
Y, en fin, con sus discursos elocuentes
Logra que aquel Senado
Allí deje acordado
Establecer Escuelas de mecánica,
Física y química, álgebra y botánica.
De los montes cercanos
Y tambien de los climas mas lejanos
Vienen opositores
A las pingües prebendas de Doctores.
Un Asno muy pulido,
Jóven amadamado y presumido
A pretender se acerca con su esposa,
Que era una yegua hermosa,
Hembra tan atrevida y arrogante
Que se planta en palacio en un instante;
Y al ministro (caballo fiero y brabo)
Un decreto real le saca al cabo

Para que su marido
Maestro en propiedad sea elegido
De la física ciencia;
Cátedra que la bestia sin conciencia,
Segun dice una lengua maldiciente
Al Alazán pagó físicamente.
Todos los brutos claman
Contra aquel que un escándalo ellos llaman,
Pero nada por eso consiguieron
Y doctor al Pollino siempre vieron.
Yeguas de esta calaña
Muchas hay por desgracia en nuestra España,
Y tambien Catedráticos pedantes
Que lo son por sucesos semejantes.

Al Poeta Don L. D. y M.

Si pudiera pulsár la sacra lira
De aquel Dios inmortal,
Que desde el Trono del parnaso inspira
Al vate divinal.
Yo tus versos preciosos ensalzára,
Su mágica armonía
Y ese fuego que á Apolo arrebatára
Tu oriental fantasía.
Mi voz entonces de entusiasmo llena
Y poético ardor
Al contemplar lo rico de tu vena
Cantára en tu löor.
Cantára, sí, tu elogio por el mundo
En tono melodioso,
Y todos admiráran lo fecundo
De tu númen grandioso.
Cantára con dulzura celebrando
Tu ingenio peregrino,
Y cantára mil trovas ensalzando
A tí vate divino.

Pero ¡ay! ¿Cómo mi musa malhadada
Con armónico son
Entonará en tu gloria la cuitada
Magnífica cancion?
¿Cómo ella há de atreverse? ¿Cómo, dime
Al ver la fluidez
De ese tu verso mágico y sublime
Y sonoro á la vez?
Confusa en tu presencia y admirada
Se vuelve para mí,
Y me dice que queda avergonzada
Si te comtempla á tí.
Por que asi como eclipsa á las estrellas
El refulgente sol
Así eclipsa tu musa á las mas bellas
Del parnaso español.
Por eso ya la mia se retira
Deslumbrada á la luz
Que despide la tuya con su lira
Y célico laúd .....
¡Ah! vuelve, vuelve musa vergonzosa
Y desdichada asáz;
¿Por qué te ha de cegar la auréola hermosa
De esa tierna beldad?

Recobra ya tu espíritu abatido,
Desecha ese temor,
Y dila que yo soy y siempre he sido
Su fiel admirador.

Te admiro, jóven, sí: yo te lo digo
Con toda ingenuidad,
Y admiro sobre todo, amado amigo,
Tu gran fecundidad.

Y esa imaginacion que el alto Cielo
Solo á tí concedió
Ardiente como el clima de aquel suelo
Que tu cuna meció.

Tu serás ¡ay! honor de las regiones
Que baña el Gualquibir;
Ya contemplo en mis gratas ilusiones
Tu bello porvenir.

Ya parece que miro en esa frente
Los laureles brillar;
¡Ah! no son ilusiones de mi mente
Que tu has de vér de gloria eternamente
Tus sienes coronar.

ABIDES Y HESPERIA.

NOVELA HISTORICA.

ABIDES Y HESPERIA.

NOVELA HISTÓRICA.

La noche habia envuelto en su negro manto la isla de Erithrea; sus habitantes estaban entregados al sueño, y todo respiraba soledad y silencio. Oscuras nubes ocultan el disco plateado de la luna; el soberbio huracan deja su lecho y empieza á dar horrorosos silbidos en los bosques; el mar brama enfurecido, y mil detonaciones espantosas son repetidas por el eco de los montes. El rayo esterminador que arrasa las florestas, el estampido del trueno que resuena por todas partes, el terrible rujido de las fieras que recorren furiosas las selvas, y los grandes torrentes que precipitándose por

las peñas parece que quieren inundar el mundo todo, no atemorizan á la hermosa Hesperia. Postrada ante un tosco y elevado sepulcro de piedra blanca, que aparecia al través de las sombras como un fantasma; con el cabello desordenado, calados los vestidos de agua y derramando un diluvio de lágrimas dirigia al cielo estos ardientes votos:—¡Divino Oro, rey de Scithia, hijo de los dioses Osiris é Isis! ¡vuélveme mi adorado esposo! ¡vuélveme el compañero de mis dichas! el que sacrificaba los toros en tu templo y cortaba las cabezas de tus enemigos! Ya es tiempo, Dios inmortal, de que enjugue mi llanto y torne á los brazos del hombre que tanto amo.—Asi habló aquella triste beldad. La tormenta no cesa, los nublados se suceden unos á otros y un relámpago iluminó el descolorido semblante de un robusto jóven que estaba como asustado bajo el arco rústico del fúnebre edificio. Hesperia al verle cree que los dioses han oido sus plegarias, que le envian su suspirado consorte y que sale en aquel momento de la tumba. Lanzar un grito de alegria,

correr frenética hácia él y estrecharle delirante en su seno fué obra de un solo instante. ¡Esposo mio! le dice ¡idolatrado Gerion! ¿con qué estás á mi lado? ¿con qué mi aliento se mezcla con el tuyo, y tu corazon palpita junto al mio? ¡Que venturosa soy! ¡Ay! ¡cuantos gemidos me has costado!... Pero no, no quiero afligirte con lúgubres recuerdos. Solo, solo tengamos presente la felicidad que nos rodea.—¿Quién eres desdichada muger? contesta brùscamente el fornido mancebo. Suéltame, no te conozco, no soy Gerion, me llamo Abides. —¡¡¡Abides!!!.... no, tu me engañas. Esas facciones, esa voz son las de mi esposo. ¡Ah ingrato! ¿Es posible que despues de estar regando tu sepulcro con mis lágrimas por espacio de diez y ocho primaveras, cuando el cielo te vuelve la vida, no quieras conocerme y huyas de la buena Hesperia que tanto te ha adorado?—¿Diez y ocho soles hace que murió tu esposo? esa edad tengo yo ahora ¿como puedo ser él?—¡Ah! si, mi Gerion eres. Como has estado en las etereas mansiones habitando con los dioses, el

tiempo no ha impreso su huella en tu bello rostro. Un solo dia ha pasado por tí, mientras yo he estado tantas lunas entregada al dolor y á la desesperacion..... ¡Que noche aquella tan horrorosa! ¿Te acuerdas bien mio? Las nubes presentaban un aspecto amenazador; las avecillas huian atemorizadas, y la naturaleza toda se cubrió de luto. El trueno espantoso retumbaba en las concavidades de los peñascos, y una centella ¡ay de mí! lanzada quizá por el espíritu malo me privó del único objeto de mi amor. Yo te ví espirando entre aquel humo rojo, escuché tus postrimeros ayes, y contemplé aterrada tus inanimados restos. ¡Que dia tan terrible! No puedo recordarlo sin estremecerme... Cuando se mitigó algo mi pena, recogí tus cenizas y las deposité en este gigantesco sepulcro donde reposan tus abuelos. De tanto humedecerlas con mis lágrimas nació de ellas ese precioso arbol que lleva tu mismo nombre. Por su tronco circulaba la sangre de mi desgraciado esposo, y su blanca alma habitaba entre sus hermosas hojas ¡Ay! ya no estará allí, por-

que tu has resucitado y vives para labrar la ventura de la pobre Hesperia..... No me engañó el Dios Oro. Mira, una tarde serena, no tormentosa, cuando dormia al pie de tu tumba, se abrieron los cielos, se dejó ver en una nube de fuego el hijo celestial de Osiris, y me dijo estas divinas palabras: »Viuda de Gerion deja de llorar: si una tempestad te arrebató tu consorte, otra te lo volverá." Desapareció, y desde entonces siempre que el negro nublado llenaba de terror la isla toda, yo volaba á tu sepulcro esperando la hora feliz de recibirte en mis brazos ¡Cuantos otoños me han visto arrodillada delante de este tétrico monumento y pálida como la muerte! ¡Cuantos rayos han asolado las campiñas y mi esperanza siempre burlada! Pero esta noche, la noche mas venturosa que ha descendido á la tierra, los dioses te han restituido la vida y á mi aquella antigua alegría que se habia sepultado en los abismos.—Sumamente conmovido quedó Abides con el discurso de la infortunada viuda. Apesar de su carácter entonces feroz y salvaje no pudo oir aque-

llas lamentaciones sin enternecerse, sus ojos se humedecieron y por primera vez esperimentó los movimientos de sensibilidad. Correspondía á las caricias con que le sofocaba la engañada Hesperia, imprimía en su frente ósculos ardientes, y la apretaba amoroso contra su pecho. Entretanto el sueño iba enredando dulcemente en sus redes á los nuevos amantes; aparece en el firmamento la reina de la noche con su gran séquito de estrellas y todo quedó de repente en una imperturbable calma.

Ya el sonoro canto de los pajarillos anuncia la venida del dia; ya el cielo va descubriendo un azul claro y hermoso, y el horizonte empieza á iluminarse poco á poco. Se presenta al fin el padre de las luces en un magnífico carro de oro: á su vista el astro nocturno se deslumbra, desciende precipitadamente del trono y huye avergonzado con toda su córte. El nuevo soberano, el sol radiante se eleva magestuosamente hasta el sólio; las criaturas todas le rinden vasallage; el universo entero queda sometido á su imperio. ¡Qué espectáculo tan grandio-

so! Las pintadas avecillas vienen saltando de rama en rama para ser las primeras en saludar con armoniosos gorgeos al refulgente monarca; las tiernas plantas alzan su cabeza para verle; la tímida rosa sale del capullo y esparce por do quiera su fragancia; los amenos pensiles ostentan á porfia su belleza; los prados sus dilatadas alfombras matizadas de verde y los bulliciosos rios sus cristales de plata. Todo se anima, todo se alegra, todo se regocija. Hesperia despierta y se halla rodeada de una atmosfera pura y deliciosa. ¡Que mañana tan encantadora para ella! Al fijar la vista en el bello jóven que tiene á su lado, el júbilo se le asoma al semblante, hace mil movimientos de gozo y no se encuentra tranquila hasta que le abraza estrechamente y prorrumpe en estas espresiones.—¡Criatura divina, mas hermosa que el planeta dorado que te alumbra! deja ese sueño y ven á disfrutar de todos los placeres con que nos brinda la naturaleza; abre esos ojos y mira como amanece un dia de ventura para nosotros. Ven, ven á respirar el suave ambiente embalsa-

TAYLOR INST. - OXFORD

mado con el aroma de las flores. Los dioses han amenizado los valles y han engalanado hastas las mismas peñas. Todo, todo celebra hoy la bendita union de Gerion y Hesperia.—Agradablemente sorprendido quedó Abides cuando descubrió la hermosura de su compañera. Apesar de tener doble tiempo que él conservaba los mágicos atractivos de la juventud, y prendado de sus gracias desde aquel instante se propuso fingir que era Gerion. La llamó repetidas veces su esposa y esto solo bastó para que ella acabara de persuadirse que verdaderamente era aquel su llorado consorte.—Dueño mio le decia ¿por qué reusabas ayer mis cariñosos halagos? ¿por qué te dabas un nombre desconocido cuando eres mi esposo, mi idolatrado Gerion, el único hombre á quien amo, á quien adoro mas que á las deidades eternas del empíreo? ¡Ay! bien me presagiaba mi corazon cuando á la pálida luz de los relámpagos te ví salir del sepulcro: él me pronosticaba que eras tú. ¡Qué momento tan afortunado!.... Acércate, acércate á ese prodigioso arbol, troncha una ra-

ma y verás como ya no está allí tu sangre. —Cortaron en efecto un pequeño vástago, pero no dejó de brotar el mismo líquido que siempre (1); mas la cuitada viuda que no queria salir del engaño, dijo con la mayor prontitud, que aquel era un licor que el cielo enviaba para reanimar sus espíritus abatidos con las penas; tomó una buena dosis y hallándolo de un sabor muy grato no le quedó ya duda alguna de aquella imaginaria resurreccion. Estaba como embriagada de amor, no se apartaba un punto del que ella creia su esposo y le asía fuertemente de una mano temiendo que se le escapase. Abides viéndose amado por aquella estraordinaria belleza se consideraba el hombre mas feliz de la tierra. ¡Qué momentos tan lisongeros! ¡Qué dias de tanta gloria y

(1) Diodoro Sículo y otros historiadores antiguos hacen mencion de este árbol llamado Gerion que nacía en la isla de Erithrea (hoy Cádiz). Al hacer la menor incision en su tronco destilaba un licor rojo muy semejante á la sangre: los ramos estaban encorbados hácia la tierra, y las hojas eran de un codo de largas y cuatro dedos de anchas. Estaba en el mismo sitio donde despues los fenicios edificaron el famoso templo de Hércules.

placer! Pero ¡ay! ¡qué breves fueron! ¡con qué velocidad huyeran!

Hacía algun tiempo que estos amantes habitaban una especie de choza situada en lo interior de la isla, entonces casi desierta, cuando Hesperia dió á luz un niño. Sentados ambos á la orilla del mar en una tarde de verano, le llenaban de caricias. Su madre comtemplaba estasiada los embelesos de aquel ángel, hacía una comparacion de su hermosura con la de su consorte, y fuera de sí esclamaba:—¡Qué dos séres tan preciosos me han concedido Osiris é Isis para elevarme al mas alto grado de ventura! ¡Oh Dios! si viviera el otro hijo de mis entrañas ¡qué dichosa sería yo rodeada de tres criaturas las mas hermosas del universo! ¡Ah padre cruel! ¡hombre inhumano! ¿Por qué las fieras que reuniste para que le despedazáran, no asaltaron tu trono y devoraron antes á tí y á todo tu reino?—¡¡¡Qué es lo que dices!!! contesta Abides con el pelo erizado y echando fuego por los ojos. ¿Eres tu la hija del impío Gargoris, el rey del bosque de los tartessios? ¿Aquella malhadada mu-

ger, á quien ese bárbaro espulsó ignomíniosamente de sus dominios, solo por haberse unido sin su consentimiento al último descendiente de unos reyes destronados por el mismo Dios Oro? ¿Hija de ese monstruo que entregó el inocente fruto de esta union á los animales feroces de las selvas?—¿Ahora me preguntas eso? responde Hesperia admirada. Sin duda en el cielo olvidaste nuestros infortunios.—¡Qué cielo, ente maldito y abominable!... ¡desdichado de mi! ¡Por qué los ancianos del bosque al contarme esta historia no me dirian los nombres de mis padres! ¡Por qué las fieras no me quitaron cien veces la vida!....¡¡¡Muger odiosa!!! ¡Huye, huye de mi! ¡Huye del hombre mas detestable! ¡Sepúltate donde la luz del dia no descubra el mas horrendo de todos los crímenes! Yo soy tu hijo.—¡¡¡Mi hijo!!! ¡¡¡Qué horror!!!.... ¡Maldita, maldita yo sea! ¡maldita toda la raza humana! ¡y malditos hasta los dioses supremos del Olimpo! ¡Caiga todo el firmamento sobre mi! ¡Traguénme los mas profundos abismos! ¡y todas las furias infernales carguen conmigo!...

¡Aborto espantoso del averno!.... dijo agarrando por los cabellos al tierno infante que tenia en sus brazos ¡Hijo del crímen y de la maldicion! ¡la naturaleza toda se estremece y se horroriza con tu presencia!—Y arrojándole fuertemente por el aire, vino á estrellarse contra una peña.... Se abalanzó luego á la garganta de Abides, le arrastró furiosa hasta el mar y se precipitó con él en el inmenso piélago.....

Pocos dias despues un jóven de aspecto salvage pretendia hablar al monarca del bosque de los tartessios. Fué introducido á la presencia del altivo Gargoris, y preguntándole quien era, contestó en estos términos:—Yo soy tu nieto Abides, el mismo que entregaste á las fieras del monte Calpe; pero ellas menos crueles que tú me sustentaron con su leche en lugar de devorarme. En sus cuevas fuí creciendo hasta que unos ancianos vasallos tuyos me arrebataron de aquellos lugares y me trageron á tu reino. La semejanza de mi rostro con el de mi desventurado padre les dió á conocer quien yo era y me declararon mi nacimiento; mas no

sé que espíritu maléfico les impulsó á ocultarme los nombres de los autores de mi existencia. Temiendo tu sangrienta indignacion abandoné tus estados y pasé á la isla de Erithrea. Allí, en una noche tremenda en la que el trueno aterrador difundía el espanto por todos los ángulos del mundo, me acogí bajo el arco fúnebre de un antiguo sepulcro. A su lado yacia una triste viuda implorando de los dioses la resurreccion de su consorte. Cuando fijó la vista en mí, creyó que sus ruegos habian sido oidos y me tuvo por su esposo. La belleza seductora de aquella muger y sus dolorosos ayes me interesaron sobre manera, la dejé permanecer en su error, y viví algunas lunas en su cabaña. Un robusto niño acababa de ver la luz, cuando.... ¡oh dia fatal! descubrí que era.... ¿quién dirás que era, bárbaro?.... tu desdichada víctima, tu misma hija, mi madre. ¡¡¡Qué horror!!!!.... Como una leona furiosa despedazó el fruto maldito de nuestra abominable union; corrió frenética hácia mí, me llevó con una fuerza irresistible hasta el mar y me sepultó con ella en las terribles

olas. Allí acabó su vida; pero el divino Osiris, que rara vez deja impune el delito, conservó la mia para arrancarte esa alma empedernida y lanzarla en el seno de los mas hondos abismos.

No tuvo necesidad el hijo de Gerion de efectuar esta amenaza; su aterradora relacion ya habia herido de muerte al malvado Gargoris, y bien pronto exhaló el último suspiro. Abides empuñó el cetro de su abuelo, logró hacer vivir en sociedad á los españoles que hasta entonces habian andado errantes por las selvas, les dió leyes muy sábias y reinó ciento seis años. Su nombre y el de Hesperia fueron adorados en algunos pueblos hasta la dominacion de los romanos.

FABULA.

LA FILOSOFIA Y EL DINERO.

En la antigua Wiscalia, ilustre cuna
De noventa monarcas de la Luna,
Capital del mas vasto y rico imperio
De aquel alto hemisferio
Se presentó una Dama muy hermosa
De presencia gallarda y magestuosa.
Un velo azul celeste la cubría,
Y colgada traía
Media corona blanca de los brazos
Y en la mano su cetro hecho pedazos.
Corre al momento la ciudad entera
A ver á la extrangera,
La rodean mil hombres y mugeres
Y la dicen: —Señora ¿Tú quién eres?
¿De qué reino has venido?

¿Quién con tanto furor te ha perseguido
Que abandonas tu pátria y tus parientes
Y pides hospedage á estrañas gentes?
Yo soy hija del cielo, les responde,
A mi me corresponde
El dominio de todo lo criado;
Los pueblos que por mí se han gobernado
Felices siempre fueron;
Las deidades eternas permitieron
Que yo sea la madre de las ciencias,
Y sus omnipotencias
Dierónme divinal sabiduría
Y por nombre la gran Filosofía.
Mas como ni los dioses inmortales
Pudieron contentar á los mortales,
Disgustados algunos ya conmigo
Formaron de metal un enemigo
Que en todas las naciones
Desgarra mis pendones
Me declara sangrienta y cruda guerra
Y á remotos paises me destierra.
De un reino dilatado
Hoy mismo la diadema me ha usurpado,
Y viendo que este trono está vacante

A ocuparle he venido en un instante.
Sí, la dice la turba entusiasmada,
Tu serás nuestra reina idolatrada;
Dictarás sábias leyes
Y en tus hijos tendremos grandes reyes.
Y entre vivas y gritos de contento
Con que llenan el viento
La conducen en triunfo al templo santo
Para ponerla allí el imperial manto.
Pero en aquel momento un sordo ruido
Que hácia la costa de la mar se ha oido
Deja al pueblo suspenso,
Marchan todos corriendo al lago inmenso
Y ven un personage que ha llegado
De músicas sin cuento acompañado.
¿Qué traes aquí? preguntan los ancianos;
¿En qué climas lejanos
Hay el estilo fiero
De venir aturdiendo al mundo entero
Con esos instrumentos armoniosos
Y asáz estrepitosos?
Callad, les contesta,
Incultos salvages
Y hablad con respeto.

Al ente mas grande
Que existe en el orbe.
Yo soy, miserables,
En todas regiones
Potente cuál nadie.
Imperios yo fundo,
Yo pueblo ciudades,
Ejércitos creo
Y formo las naves.
A veces apago
La guerra cuando arde
Y sólios derribo
Con sus potestades.
Yo elevo edificios
Que rompen los aires
De formas esbeltas
Y torres gigantes.
Sin mí no se harían
Millones de enlaces
Ni fueran ilustres
Algunos linages.
Conmigo prosperan
Las útiles artes.
Por mí muchos sábios

No son ignorantes,
Y hasta las virtudes
Las hago mas grandes.
En fin, de las dichas
Me creen el padre,
Y todo viviente
Desea encontrarme.

¿Pues qué nombre te dán, rey extrangero?
Esclama aquella gente:—El Gran dinero,
Responde muy ufano,
El dinero del mundo soberano.

¡El dinero! repiten cien mil voces,
¡El autor de un sin número de goces!
¡La sola criatura
Que puede hacer del pueblo la ventura!....
Tu serás nuestro gefe eternamente,
Viva, viva el dinero omnipotente.

Y por Emperador fué declarado
Y en el mismo momento coronado.

Protesta la inmortal Filosofía
Alegando el derecho que tenía
Al sólio Wiscaliano,
Porque antes de llegar el inhumano
Y bárbaro dinero

Nombrada habia sido ella primero;
Pero nada alcanzó: de aquellos necíos
Recibió cien desprecios,
De la córte por último la echaron
Y á triste soledad la condenaron.
Si como esta Señora fué á la Luna
A la tierra viniera por fortuna,
El mismo tratamiento
La daría hasta él hombre de talento;
Pues si aqui alguna vez, muy justamente,
Al mérito se aprecia, es porque ausente
Se halla entonces Metálico orgulloso,
Que donde está este ser tan poderoso
Solo á él se tributa adoraciones
Aúnque sea un jumento con calzones.

El dia de San Ramon.

A LA SEÑORITA R. B.

Desde la vega sombría
Del Vernesga bullicioso
Que lame el muro ruinoso
De la vetusta Leon,
Yo, Señora, te saludo
Con afecto y con ternura,
Y te deseo ventura
El dia de San Ramon.

Aúnque yo nó te conozco
Sé que amable siempre has sido,
Que del cielo has recibido
El mas bello corazon,
Y que tu alma és tan hermosa
Como el sol de Andalucía:

Por eso la musa mia
Felicita á San Ramon.

Tampoco ignoro que tú
Como las cándidas aves
Querér con constancia sabes
Al que te ama con pasion:
Y como yo tambien sé
Lo que és con delirio amar
Por eso te he de obsequiar
El dia de San Ramon.

De mi lira nunca esperes
Escuchar dulce armonía,
Ni la triste melodía
De tierna y grata cancion.
Mas ¡ay! te diré Señora
Que no deseo otra cosa
Mas que vivas tú dichosa
El dia de San Ramon.

Porque siempre á la virtud
Mis respetos la hé rendido,
Y aprecio me han merecido

El juicio y la discrecion:
Y viendo que tu posees
Tal tesoro, yo te admiro
Y como á un ángel te miro
El dia de San Ramon.

Si pudiera echar un vuelo,
Y conocerte, y hablarte.....
Si pudiera ir á mostrarte
Mi grande veneracion:
Yo celebrára tus dias
Con un placer envidiable,
Pues tu serás mas amable
El dia de San Ramon.

Pero ya que el cruel hado
Me priva de tanto gozo
Con el mayor alborozo
Y la mas tierna efusion
Hé de decir que deseo
Verte de gloria cercada
Y de dichas coronada
El dia de San Ramon.

EPIGRAMA.

Un escelente pöeta
Sus comedias imprimió,
Pero de ellas no sacó
Ni siquiera una peseta.
Escribiendo esto á un Marqués
Le contestó: Gran camueso,
Traduce mal del francés
A esos Dumas y Sués
Y serás pronto otro Creso.

La aparicion espantosa. (1)

Ya cubre á la tierra
El lúgubre velo
Que tétrica noche
Sobre ella estendió;
La pálida luna
No brilla en el cielo
Y todo en tinieblas
Sumido quedó.
Sucede á las sombras
Silencio profundo,
Ningun ser humano
Se siente mover;
Morfeo parece
Que ya en este mundo
Fijó para siempre
Su imperio y poder.

(1) Esta escena tuvo lugar en un monte de la Provincia de Valladolid una noche de Otoño del año de 1841.

En un montecillo
El viento furioso
Las fuertes encinas
Comienza á agitar;
Y algunos pastores
Que están en reposo
Al pie del rebaño
Que suelen guardar,
Despiertan al ruido
Del fiero elemento
Que el eco en las breñas
Tambien repitió;
Y entonces descubren
En el firmamento
Especie de hoguera
Que allí apareció.
Contemplan atentos
Y medio asustados
El rumbo que sigue
La horrible vision,
Y observan que gira
Por todos los lados
Y luego desciende
De la alta region.

Ya viene muy cerca,
Al monte camina,
Refleja en la peñas
Su triste fulgor,
El bosque inmediato
Al fin ilumina
Y llena á mis hombres
De espanto y terror.
Por último llega
De llamas rodeada
Horrenda figura
De aspecto infernal,
¡¡¡ Jesus !!! exclamaron
Con voz sofocada,
¡¡¡ El mismo demonio !!!...
¡Oh trance fatal!
Y como golosos
E inmundos ratones
Cuando en los rincones
Se ven sorprender,
Así ellos escapan
Por valles y prados
Corriendo aterrados
A mas no poder.

Los pueblos vecinos
Sus voces alarman,
Los jóvenes se arman
Con grande valor,
Los unos con piedras,
Garrotes y azadas,
Los otros de espadas
Y largo asador.
Ya sale un alcalde
Con vara y montera;
Hisopo y caldera
Cogió un sacristan;
Caducas abuelas
Con sus manos secas
Empuñan las ruecas
Y allá tambien van.
Todo es alboroto,
Todo gritería,
Todo algarabía,
¡Pobre Lucifér!
¡Huye, que te atrapan!
¡Marchate maldito!.....
Ni San Blás bendito
Que le haga mover.

Muy quieto y tranquilo
Con faz imponente
Le encuentra la turba
Que allí se acercó;
Y al ver que echa chispas
Gritó de repente
Y ruecas y espadas
Y piedras soltó.
De lejos le miran
Los heroes temblando,
Ninguno se atreve
Siquiera á chistar;
Aquí hay un muchacho
De miedo llorando,
Allí un viegecillo
Se pone á rezar.
Estando en apuro
Tan cruél y horroroso
La plácida aurora
La tierra alumbró;
Entonces se llegan
Al monstruo espantoso
Y gran carcajada
De pronto se oyó.

Pues vieron que aquello
Que tanto asustára
Y el diablo que hiciera
Marchar á la lid,
Tan solo eran restos
De un globo que echára
Diestro titerero
De Valladolid.
Ya presa de llamas
Al monte venía
Y en medio un horrible
Y gran figurón,
Que fué el que revuelta
La gente traía.
Y puso á los pueblos
En tal conmocion.
Confusos quedaron
Aquel chasco viendo,
A nadie le ocurre
Lo que ha de decir:
Cada uno se vuelve
A casa corriendo
Y en todo aquel dia
Dejó de reír.

A MI DIFUNTA

(Q. E. P. D.)

Como soy algo estrambótico
Voy á hacer tu panegírico,
En un verso que no es lírico
Ni germánico ni gótico.
Y eso que tú, amada Mónica
No fuistes en nada angélica,
Pues si tu voz era célica,
Mágica, grata y armónica,
En cambio era tan colérico
Tu genio fiero y diabólico
Que por él me daba eólico
Y á tí te entraba el histérico.
Y con toda mi retórica
Y mis sermones magníficos,
Nunca estábamos pacíficos
Por tu condicion fosfórica.

Que muger ¡ay! tan volcánica;
No era un céfiro suavísimo,
Sino el huracan mismísimo
Que abortó region satánica.
¡Qué espíritu tan quimérico!
Yo á tu lado estaba pálido,
Lívido, tétrico, escuálido,
Exánime y cadavérico.
Si vives mas ¡San Gerónimo!
A estas fechas ya estoy ético;
Bendito aquel fuerte emético
Que te dió el doctor Anónimo.
Y bendito, y bendito el tráfico
De pócimas salutíferas
Que así convierte en mortíferas
Un hipócrates seráfico.....
Pero ¡oh Dios! el panegírico
O discurso apologético
Parece obra de un frenético
O de un escritor satírico.
No querida: eso no es lícito,
Yo de tu gloria estoy ávido,
Y como fuí siempre impávido
Corro tras ella solícito.

Yo he de elogiar con estrépito
El mérito de tu cántico,
Y aquel aire tan romántico
Que hechizaba al mas decrépito.
Y tu tono aristocrático,
Y tu aficion á lo cómico,
Y el gran odio á lo económico
Que en verdad era enigmático.
Por que, hija mia, el ser pródigo
Cuando el bolsillo está inválido,
No me parece que és válido
Ni lo manda ningun código.
¡Cuántas veces en mis pláticas
Te sumé cien deudas, Mónica,
Pero á dama filarmónica
No hay que irla con matemáticas.
Pues es por cierto una música
Bárbara, exótica, herética;
¡Oh! el hablarte de aritmética
Era hablarte en lengua prúsica.
Y cuando tu lujo asiático
Criticaba en serio artículo,
Era un idiota, un ridículo,
Un estúpido, un selvático.

En él las razones sólidas
Obraban como las fútiles;
Bien que todas son inútiles
Para mugeres estólidas.
Solo en bellos espectáculos
Eras teórica y práctica,
Para entender esta táctica
Nunca encontrabas obstáculos.
Si tal ópera es magnífica,
Si tiene mérito lírico,
Y si aquél drama es satírico.....
Siempre en esto eras científica.
Pero en reglas económicas
Fuistes, esposa pretérita,
Tan instruida y tan périta
Como en ciencias astronómicas.
Dígalo mi bolsa tísica
Con su elocuencia lacónica;
¡Ay! de su enfermedad crónica
Tu fuiste la causa física.
Y el método antiflogístico
Que usaste con mi metálico
Siguiendo al médico gálico
En su sistema sofístico.

Tu pasion, sí, tan frenética
Por lo grande y lo romántico,
La música, el baile, el cántico
Y tu vida poco ascética.
Con la brevedad que un mágico
Anima un espectro pálido,
Llevaban mi bolso inválido
A un fin desastroso y trágico.
Y con tus gastos tan horridos
Que los filósofos rígidos
Proscriben en climas frígidos
Lo mismo que en climas tórridos;
Con tus costumbres vandálicas,
Aúlicas, lúbricas, cómicas,
Con esceso anti-económicas
Y altamente anti-metálicas,
Te toleré ¡voto al chápiro!
Con resignacion católica,
Pues eras fiera y diábolica
Y yo un solemne gaznápiro.
Fuiste, sí, una ave carnívora;
Una hiena; un tigre hircánico;
Un leon feroz, tiránico;
Una serpiente; una víbora.

¿Y hé de elevarme como Ícaro
En tu apología, Mónica?....
Que lo haga la pu.... histriónica
Que te hechó á este mundo pícaro.

EPIGRAMA.

¿Qué tengo yo con mi padre?
Decia inocentemente
El pequeñito Clemente;
Si es marido de mi madre
A mí no me toca nada
Que él no fué quien me parió.
Y el buen chiquillo acertó
Con aquella inocentada.

LA GUERRA.

¿Qué estrepito es aquel tan terroroso
Que la tierra á mis pies hace temblar?
¿Quién enciende ese fuego pavoroso
Que se mira en los mares reflejar?
¿Quién exhala aquel fúnebre gemido
Entre esa nube de humo que alza el viento?
¿De dó sale aquel hórrido estampido
Que retumba en el alto firmamento?
¿Qué es esto, cielo santo? ¡Ay los humanos!
¡Los hombres, sí, los hombres!... ¡Ellos son!
¡Hermanos abrasando á sus hermanos
En la llama horrorosa del cañon!
¡Allí están, allí están! ¡Cuál se enfurecen!
¡Cómo se despedazan así mismos!
¡Cuánto triste clamor! ¡Cuántos perecen!
¡Cómo bajan rodando á los abismos!
¡¡¡Jehová!!! ¡¡¡Jehová!!! ¿No oyes sus gritos?
¿No son esos tus hijos tan amados?
¿Y los dejas cuál ángeles malditos
A su ciego furor abandonados?

¡Ah! No escucha mi voz ¡Justos varones
Que habitais el empireo eternamente,
Abridme á mí las célicas regiones
Yo quiero hablar al Dios Omnipotente!
Yo quiero ante su sólio presentarle
La creación entera desgarrada
Por la guerra crüel, quiero enseñarle
Toda la humana raza ensangrentada.
Padre eternal de los inmensos mundos
Que pueblan los espacios ¿me oyes, dí?
¿Ves á estos desdichados moribundos?
¿Llegan ya sus lamentos hasta tí?
¿Y sufres, Rey de Reyes bondadoso
Que perezcan así las criaturas?
¿No pudiera tu brazo milagroso
Tornar en blandas sus entrañas duras?
¿No pudiste haber dado á todas ellas
Un corazon que respirára paz,
Y unas almas tan puras y tan bellas
Como tu excelsa y diva Magestad?
Entonces la ambicion no dominára
Al impío y fatal conquistador,
Ni á los pueblos pacíficos llevára
El llanto, el esterminio y el terror.

Y el sosiego no turbáran las pasiones,
Y el mísero mortal no te ofendiera,
Y mil dichas gozáran las naciones
Y un paraíso, en fin, la tierra fuera.
¡Ay! Y en vez de esta gloria deliciosa.....
¿Pero á donde me arrastras fantasía?
¿Yo murmuro de esa obra portentosa
Con tan torpe y sacrílega osadía?
¿Yo me atrevo, Señor, á dirigirte
Palabras llenas de querellas tantas
En lugar de alabarte y bendecirte,
En lugar de acatar tus leyes santas?....
No gran Dios, no: que siempre he respetado
De tus augustos juicios el misterio;
No: que paz á los hombres habias dado
Que habitaron primero este hemisferio.
Pero ellos acercarse no temieron
A aquel arbol funesto que vedaste;
Tus divinos decretos infringieron
Y de toda ventura les privaste.
Y quedaron sus razas condenadas
A arrastrar unos dias de dolores,
Y á verse por la muerte devoradas,
Y á sufrir de la guerra los horrores.

Así tu lo quisiste, sí: que á penas
El aire de la vida respiramos
Nos ciñe la discordia sus cadenas
Y solo en el sepulcro las dejamos.
Que como por instinto el niño tierno
Con niños á reñir comienza yá;
Y esta es la infancia de ese choque eterno
Que siglos mil y mil dominará.
De ese fuego voraz que ha derretido
Los tronos de soberbias potestades,
Y en ruinas y ceniza ha convertido
Famosas y magníficas ciudades.
De ese fuego que cien generaciónes
Legaron á otras cien, y hasta aquel dia
Que ha de ver hechas polvo las naciones
Nunca se apagará su llama impía.
Porque nunca los hijos de la tierra
Dejarán de injuriarte, y tu tal vez
Con la desoladora y cruda guerra
Les castigas y humillas su altivez.
Porque si el hombre paz siempre gozára
En esa misma paz adormecido
Quizá de tí, Señor, no se acordára
Ni del eterno reino prometido.

¡Ah! Tus sábios decretos yo venero,
Yo bendigo tu mano omnipotente;
Util será la guerra al mundo entero
Cuando su autor divino la consiente.

EPIGRAMA.

Cuatro reales exigió
Don Luis por una receta,
Pero el parroquiano huyó
Y al boticario dejó
Un cuarto en vez de peseta.
Corre tras él mi Don Luis,
Y no alcanzándole á ver,
Esclamó: Como ha de ser
Gano tres maravedís.

FABULA.

EL NIÑO Y LA TORTUGA.

Por un ameno jardin
Pablito se paseaba
Donde la rosa ostentaba
Sus pétalos de carmin.
Al verla el niño tan bella
Y con tanta lozanía
Dando brincos de alegría
Corre al instante por ella.
Llega al rosal y la agarra;
Pero ¡oh perverso destino!
Un fuerte y punzante espino
Sus tiernos dedos desgarra.
»No importa, dice limpiando
»La sangre que le brotaba,
»Tengo lo que deseaba
»Los dedos ya irán sanando."

Y la lleva muy ufano,
Mas con ella tanto enreda
Que en un minuto se queda
Con solo el rabo en la mano.
Cuando tan pronto en el suelo
Deshojada la miró,
Mas frio que el mismo hielo
Y llorando sin consuelo
Así el cuitado esclamó:
»¿Para esto he sido
»Todo arañado
»Y ensangrentado
»Sin compasion?
»¿Por esa rosa
»Que en un momento
»Deshizo el viento?
»¡Que maldicion!"
Una Tortuga machucha
Que con atencion escucha
El caso todo,
Se acerca al triste rapaz
Y le habla con gravedad
De este modo:
»Varias veces has de ver

En esa misera vida
Lo que con tu flor querida
Acaba de suceder.
En pos del falso placer
Con anhelo correrás,
Todo lo atropellarás
Y cuando creas ¡oh infierno!
Que aquel contento es eterno
Solo dolor hallarás."

EPIGRAMA.

Hablando dos Cirujanos
De enfermos de gravedad
Que los creian ya sanos
Y eran en la eternidad.
Dijo el uño con ardor:
Curas de tan gran valor
Las hago todos los dias.
—Doy fé, Señor Don Matías,
Contestó el enterrador.

A LOS DIAS DEL POETA DON L. D. Y M.

SONETO.

Si tu mágico númen me inspirára
En tan felice y placentero dia,
Llena de regocijo el alma mía
Sublimes himnos al Empireo alzára.
Ella hasta el trono del Señor volára
Y batiendo sus alas le diría:
»Eterea magestad la Poesía
»Sin duda en altos cielos habitára.
»Los ángeles tal vez la han inventado
»Para ensalzar tu gloria, Dios Potente;
»¡Ah! el Pöeta es un ser divinizado,
»Dale paz y ventura eternamente
«Que ese vate dulcísimo y profundo
»No tiene quien le iguale en todo el mundo."

EPIGRAMA.

Encargó en una ocasion
Treinta ciervos á sus yernos
Un hidalgo ricachon,
Porque tenía aficion
A todo animal con cuernos.
Criticando una vecina
Aquel gusto estrabagante
Lo oyó su esposa, y la indina
Dijo: A su casta se inclina
Aquí no hay nada chocante.

LA HIDALGA

DE

SAN MARTIN DE VALVENI.

Comedia original

EN UN ACTO Y EN VERSO.

PERSONAS.

Doña Blasa.
Felisa.
Faustino.
Don Simon.
Margarita.

Siglo XVII.

La escena es en San Martin de Valvení, pueblo de la Provincia de Valladolid.

El Teatro representa una Sala.

ACTO UNICO.

ESCENA PRIMERA.

FAUSTINO Y FELISA.

FELISA.

Es su genio tan terrible,
tan imperioso y altivo
que lo creo ya imposible.

FAUSTINO.

Todavia es mas temible
ese miedo intempestivo.
¿Qué podemos alcanzar
si así cobarde te muestras
en el momento de dar
un paso que ha de acabar
con todas las penas nuestras?

Muy cruel debe de ser
si mi llanto no la mueve.

FELISA.

¡Ay Faustino! lo has de ver,
mi madre es una muger
que rara vez se conmueve.
Su entusiasmo es sobrehumano
por la alcurnia, es ya manía,
y á nadie dará mi mano
si no viene su hidalguía
de algun heroe Toledano.

FAUSTINO.

A sus pies me postraré,
mis ruegos la ablandarán,
con valor confesaré
que sin ti no viviré
y tus dichas cesarán.
La diré que yo he nacido
para amarte y ser tu esposo,
pues muy niña me has querido
y siempre constante he sido
en mi afecto cariñoso.
La hablaré de aquel contento
tan puro y tan inocente.....

ESCENA SEGUNDA.

DOÑA BLASA Y DICHOS.

DOÑA BLASA.

Y yo diré al gran jumento
que es un pechero insolente.
Buen bodorrio era en verdad,
¡con un hijo de la plebe!.....
primero el diablo la lleve
que consienta tal maldad.
¡Ser esposa de un villano
la nieta de cien varones
que aumentaron los blasones
del monarca castellano!
¡Mi familia esclarecida
unirse á inmundo linage!....
Yo me muero de corage:
Ven acá, muger perdida,
¿así premias mis desvelos?
¿es el pago que has de dar
el querer asesinar
la gloria de tus abuelos?

FELISA.

Madre mia, desechad
tan fatal preocupacion,
recurrid á la razon.....

DOÑA BLASA.

Es muy grande necedad.
¿Con que quieres segun eso
ser oprobio de tu casa?

FAUSTINO.

Escuchadme, Doña Blasa.

DOÑA BLASA.

No teneis miaja de seso.
Tu presencia me importuna
(á Faustino)
animal de baja esfera,
solo en verte degenera
lo sublime de mi cuna.

FAUSTINO.

Atendedme en caridad,
os lo pido humildemente.

DOÑA BLASA.

Es tu audacia muy insolente.

FELISA.

Escuchadle por piedad.

DOÑA BLASA.

¡Que perversa obstinacion!
Con repugnancia le escucho,
tan asqueroso avechucho
me llena de indignacion.

FAUSTINO.

Verdad es que en mi linage
no ha habido batallador
que fuese azote y terror
del bárbaro Abencerrage.
Ni que al moro de Sevilla
en campaña diese muerte,
pero tenemos la suerte
que es honrado, sin mancilla.
Jamás cometió vileza,
ningun hecho torpe y feo
y por eso yo no creo
que manche vuestra nobleza.

DOÑA BLASA.

¿Cómo que no, gran tunante?
Vive dios que le matara,
entre mis brazos le ahogara
como Alcides al gigante.

¿Con qué vienes á decir
con tan largo relatar
que puedes emparentar
con la familia del Cid?
¿Con qué no sufre baldon
mi estirpe ilustre y preclara
si contigo se enlazára?
¿Con la peste y el tizon
de toda la cristiandad?
¿Con un feroz escribano
tizne del género humano?

FELISA.

¡Que funesta ceguedad!

FAUSTINO.

Vírgen santa que no....

DOÑA BLASA.

Calla
charlatan de vil ralea.
¿Adonde iré que no vea
tan detestable canalla?
¡Una infame sabandija
quererse tanto elevar!
¡Con desverguenza aspirar
á la mano de mi hija!

Ilustres progenitores
(descuelga un grandísimo y ahumado pergamino que habrá en una pared)
de mi alcurnia, yo os invoco,
vuestra venganza provoco
contra aquellos detractores
de toda nuestra hidalguía:
abre esos ojos plebeyos,
mira aquí dos mil pompeyos
en mi gran genealogía.
Aqui está un sábio varon
que en tiempo de Recaredo
asustó á todo Toledo
con su rica erudicion.
Allí tienes los Guzmanes
que mil lauros recogieron
y en batalla deshicieron
un millon de musulmanes.
Y la señora polaca
que fundó una grande villa
cuando reinaba en Castilla
la célebre Doña Urraca.
Allá el suegro de la abuela
de un cuñado de una tia

de la que fue ama de cria
de la Reina Berenguela.
Aqui el soldado mas bravo
que las leyendas presentan
y segun autores cuentan
ayo fue de Alfonso octavo.
Mas acá cien consejeros,
vireyes y generales,
y no se cuantos millares
de fuertísimos guerrêros,
cuyos nombres siglos hace
que han sido inmortalizados:
¿y quereis sean infamados
con el mas oscuro enlace?
Antes el Dios verdadero
os aniquile y confunda,
primero la tierra se hunda
y os trague el infierno entero.

FELISA.

Sosegaos, madre amada
¿á qué viene ese dolor?

DOÑA BLASA.

Cuando se atenta á mi honor
¿podré yo estar sosegada?

FAUSTINO.

Nunca he negado hasta ahora
que su ilustre gerarquía
superior es á la mia,
nobilísima Señora:
ni esas glorias decantadas,
ni esos valientes guerreros
que debieran cien Homeros
celebrar en sus Iliadas.
Mas, por Jesus, recordad
los momentos deliciosos
tan breves como dichosos
de nuestra primera edad.
Cuando Felisa á mi lado
en cualquier parte se hallaba,
y á buscarme se marchaba
desde su casa hasta el prado.
Y si su padre queria
detenerla en el camino,
»voy con mi amado Faustino"
risueña le respondia.
Cuando con gracia y candor
me titulaba el hermoso
y me llamaba su esposo

con acento encantador.
Aquel gozo angelical
que mostraba en mi presencia,
la inocente preferencia
que á todos los de mi igual
constantemente me diera
¿no os mueven el corazon
y os dicen que esta pasion
no será perecedera?
Nuestra tan larga armonía
y el no haberse interrumpido
¿no os convence que ha nacido
para ser esposa mia?
Sino pareciera osado
diria que el mismo Dios
el enlace de los dos
desde el cielo ha decretado.

DOÑA BLASA.

¡Que bonita relacion!
¡que tierna, que interesante!
el mas derretido amante
no tuviera tu ilusion.
¡Que frases tan seductoras!
¿por ellas á donde has ido?

como de molde han venido
para lograr á estas horas
mi feliz consentimiento:
Ay amigo Don Bobales
tus proyectos colosales
toditos los llevó el viento.
Si el mismo Dios decretó
desde el cielo vuestro enlace,
tal decreto no me place
y mas que Dios podré yo.
Sacrílego, impío, malvado,
¡de ese modo blasfemar!
¡atreverse asi á jugar
con todo lo mas sagrado!
La suma sabiduría
¿cómo podrá consentir
que un plebeyo haya de ir
á manchar una hidalguía?
¿Cabe en los planes de un sér
tan perfecto y sobrehumano
que un infiel de un escribano
lleve cristiana muger?

FELISA.

Señora, si compasion

de vuestra hija teneis,
os suplico que escucheis
el grito de la razon.
¿La nobleza que sirviera
á una esposa desdichada
que muy poco ó nada amada
por su marido se viera?
¿Y como podré adorar
y tener á otro cariño
si á Faustino desde niño
he empezado á idolatrar?
El domina en mi memoria,
en él mi ventura fundo,
y solo él en este mundo
es mi hechizo y es mi gloria.

DOÑA BLASA.

Caramba con la niñita
y cuerno con su inocencia:
si esto dice en mi presencia
la candorosa y bendita
¿que sería..... .

FELISA.

Harto me cuesta
el verme en la precision

de hacer una confesion
á mi carácter opuesta.
¿Pero que recurso había
cuando estais tan obstinada
en que sea atormentada
en honor de la hidalguía
y de vanas tradicciones?
¡Ay! adoro mas á Faustino
que á ese rancio pergamino
y á esos malditos blasones.

DOÑA BLASA.

¿Y esto sufro, cielo santo,
que una mocosa me diga?
¿qué á sus mayores maldiga?....
yo no se como lo aguanto.
Si su padre levantara
la cabeza y tal oyera.....
tan entusiasta como era
por su prosapia.....

FELISA.

Lográra
quizá Faustino mi mano,
pues como vos no crëía
que su casa envilecía

ningun honrado escribano.

DOÑA BLASA.

Imposible es resistir
tanto tiempo tu insolencia;
mil santos con su paciencia
no te pudieran sufrir.
Esto es lo que hay que esperar
y estos son los pagos fijos
que á los padres dan los hijos,
despues de sacrificar
nuestra existencia en servirlos:
si hoy á tenerlos volviera
el pescuezo les torciera
al momento de parirlos.
¡Mi autoridad ultrajada!
¡Nuestra alcurnia por los suelos!
¡La gloria de mis abuelos
envilecida y hollada!
¿Y lo sufro? ¿Y lo tolero?
¿Y no la cojo y la mato
y toda la desbarato
cual si fuera un tigre fiero?
Marcha de aqui, condenada,
no te quiero ya mirar.

hasta que llegue á lograr
contemplarte amortajada.

(se retira Felisa á un rincon)

Y el infame pretendiente
desde hoy ya puede saber
que nunca logrará ser
de los Guzmanes pariente.
Y le dices á la bruja
que tan mal te ha aconsejado
que á mi hija no he criado
para esposa de un granuja.
Que antes que seas mi yerno
consiento verla enterrada
y mil veces sepultada
en el mas profundo infierno.

FAUSTINO.

¡Que locura!

DOÑA BLASA.

Galopin
¿así insultas en su casa
á la ilustre Doña Blasa
la hidalga de San Martin?
Aunque no tengo marido
ni tu ni ningun tunante

de mi se burla un instante.
Pechero vil y atrevido,
solo tu vista me injuria;
vete pronto si no quieres
probar lo que son mugeres
en un momento de furia.

ESCENA TERCERA.

FELISA.

No hay esperanza ninguna,
jamás se convencerá;
ya está visto que su orgullo
cada vez se aumenta mas.
¡Ay Faustino! nunca, nunca
esposa me has de llamar;
pero nadie en este mundo
al altar me llevará.
O soy tuya ó me condeno
á eterna virginidad;
y sin vocacion por cierto.

Dentro Doña Blasa

Infame, la pagarás:

desterrado has de salir
antes de natividad.

FELISA.

¿Que la habrá dicho, Dios mio?

Dentro Doña Blasa.

Y la tengo de encerrar
donde no vea ya el sol.

FELISA.

¡Que obcecacion tan fatal!
¡Que genio, vírgen, que genio!
no se puede tolerar,
es insufrible.

ESCENA CUARTA.

FELISA Y MARGARITA.

MARGARITA.

Felisa,
¿qué ha sucedido que está
tu madre tan alterada?

FELISA.

¿Acabó ya de gritar?

¿se fué á su casa Faustino?

MARGARITA.

Yo no he visto á nadie mas
que á mi ama dando voces
allá fuera en el portal.
La pregunté que tenia
y me quiso repelar.
Es una fiera, es un tigre,
es el mismo satanás.
Pero dí ¿qué es lo que ha habido?

FELISA.

Ya te puedes figurar
lo que habrá sido, mi madre
al sepulcro me echará.

MARGARITA.

¿Qué no le gusta que el mozo
te venga aquí á cortejar?
¿Es por esto la camorra?

FELISA.

¡Ay Margarita! jamás
la he visto tan enfadada:
en casa ya no habrá paz,
no quiere que yo me case
con él.....

MARGARITA.

¡Que barbaridad!
¿Pues que espera esa señora
un capitan general?
¿No es rico y hombre de bien,
y muy guapo y muy galan?

FELISA.

Pero no es noble, muger.

MARGARITA.

Esa es otra necedad.
¿Y ella lo era por ventura
cuando se vino á casar
con tu padre que esté en gloria?

FELISA.

No lo se.

MARGARITA.

Pues lo sabrás.
Es hija del tio Bartolo
alguacil y sacristan
de Castronuevo, es la nieta
del cocinero Colás,
y sobrina de un herrero
de Salamanca, cabal.

FELISA.

¿Quién te ha dicho tal patraña?

MARGARITA.

Y por eso no usa ya
hace tiempo su apellido,
y se apropia el de Guzman
que es de tu padre.

FELISA.

Embustera,
ese es un cuento.

MARGARITA.

No hay tal:
lo sabe de buena tinta
mi cuñado Barrabás.

FELISA.

Pues miente como un villano.

MARGARITA.

Que ¿te entra la vanidad?
¿No quieres ser descendiente
de Bartolo el sacristan?
¡Vaya! Está visto que el que anda
con lobos se enseña á aullar.
De tales padres tal hija,
bien nos lo dice el refran.

FELISA.

Mo me vengas con refranes.

MARGARITA.

¡Ay amiga! la verdad
es una bebida amarga
que á veces.....

FELISA.

Dejame en paz.

MARGARITA.

No quiero: tu madre y tú
sois unas locas de atar.
¿En qué fundais el orgullo
cuando muy pronto quizá
tendreis que ir de puerta en puerta
pidiendo un poco de pan?

FELISA.

Tu estás tonta, Margarita
esta tarde.

MARGARITA.

Es regular:
porque estoy tonta conozco
en lo que tu pararás.
¡Ay hija! si el pleito pierdes

¿qué recurso os queda ya
para vivir? A tu tio
Don Juan Tomé de Guzman
cuanto teneis le dareis,
y aun así no alcanzará
para que él se reintegre
de la inmensa cantidad
que le debeis de diez años
y algunos mesitos mas
que el mayorazgo en disputa
habeis gozado.

FELISA.

Fatal
es para mí ese recuerdo.

MARGARITA.

Lastíma tu vanidad,
no puede ser muy agradable.

FELISA.

Tu me quieres insultar.

ESCENA QUINTA.

DOÑA BLASA Y DICHOS.

DOÑA BLASA.

Tiemble el mundo ante tu imágen
(Doña Blasa sacará un cuadro muy grande y muy antiguo que figurará ser un retrato)
nobilísimo Don Tello
como algun dia tembláran
las huestes del Sarraceno.
Tú varon esclarecido
que con tu invencible acero
derrotaste mil legiones
de moros y de plebeyos.
Tú el valiente lidiador,
tú el galante caballero
que cogiste cien laureles
en las justas y torneos.
Tú el general mas famoso
de mis ínclitos abuelos.

MARGARITA.

¿Era hermano ese señor
de Colás el cocinero?

DOÑA BLASA.

Era hermano del demonio

MARGARITA.

Diabólico parentesco.

DOÑA BLASA.

Cuando yo hablo nadie chiste
y menos un vil pechero.
Estas son las consecuencias
de perderle á uno el respeto
sus hijos, pues los criados
quieren imitarles luego.
Envilecida muger

(á Felisa)

tu tienes la culpa de esto,
tu que debieras en casa
ser un perfecto modelo
de sumision y obediencia
á mis augustos preceptos.
Ilustre conquistador

(coloca el cuadro sobre una mesa y se arrodilla delante de él)

de millones de trofeos
que dieron prez á Castilla
y á todo el hispano suelo,
aquí está la que pretende
profanar tu nombre excelso,
uniendo su sangre azul
con la negra de un plebeyo.
Ven, desdichada, contempla
(coje á su hija del brazo y la hace hincar la rodilla á los pies del retrato)
el rostro de ese guerrero
Don Tello Nuñez Guzman
tu décimo-cuarto abuelo.
Mira, mira en su semblante
señales de descontento;
mira como te reprende
con su fiero y torvo ceño.
¿No te parece que escuchas
un sonoro y triste acento?.....
Es su voz, su voz sublime
que te dice desde el cielo:
»Nieta ingrata ¿por qué intentas
cubrir de un oprobio eterno
al linage mas preclaro

de todo el imperio hibero?
¿Para esto yo en mil combates
y entre aquel horrible fuego
derramé mi sangre, dí?
¿Para esto, infame, para esto?
Yo te maldigo, infeliz,
jamás te abrigue en su seno
la tierra, y tan solamente
te dé acogida el infierno."
¿Que respondes, condenada
al invencible Don Tello?
¿No le has oido?

FELISA.

Yo no.

MARGARITA.

Yo tampoco.

DOÑA BLASA.

Eres un hielo:
nada se puede esperar
de una figura de yeso.
¿Qué muger no se conmueve
á la voz del gran guerrero,
que la habla desde la tumba
en un lenguage tan serio?

¿Eres tu el último vástago
de aquellos varones fieros
que con mil y mil hazañas
á todo el orbe aturdieron?
¿Eres tu?... no sé á quien sales.

MARGARITA.

(A sus abuelos maternos;
claro está).

DOÑA BLASA.

Pues yo te juro
por este nombre que llevo
que nunca te casarás
con tan inmundo pechero:
primero te he de meter
en un tenebroso encierro.

ESCENA SESTA.

FELISA Y MARGARITA.

MARGARITA.

¡Que modo de delirar!
Tu madre ha perdido el seso.

FELISA.

Acaba conmigo.

MARGARITA.

Sí,
está loca, no hay remedio.
Y si se empeña Felisa
te sepulta en un convento.

FELISA.

Ojalá, con mucho gusto
seré monja.

MARGARITA.

No lo creo,
¿como es posible que olvides
á ese gallardo mancebo?

FELISA.

Muy facilmente.

MARGARITA.

¡Pues ya!
facilmente, lo que es eso
es mas facil de decirlo,
hija mia, que de hacerlo.
A mi no me engañas tu
que ya no me mamo el dedo.

FELISA.

Calla ¿con quién reñirá?

Dentro Doña Blasa.

Eres un bestia, un jumento.
¿No te he dicho veinte veces
que me quites el sombrero
cuando yo pase?

MARGARITA.

¡Ay Dios mio!
Tambien la tramó con Diego.

FELISA.

¿Por qué será, Margarita?

MARGARITA.

Chiton, que viene.

FELISA.

Yo tiemblo.

ESCENA SETIMA.

DOÑA BLASA Y DICHOS.

DOÑA BLASA.

Maldita la raza sea

de plebeyo nacimiento,
no quede ningun cimiento
de tan inmunda ralea.
Muera la canalla infame
que quiere eclipsar mi gloria,
perezca hasta la memoria
del que hidalgo no se llame.
Solo quede en mi alredor
aguerridos infanzones,
tronos, coronas, pendones
y magnífico esplendor.
Cerradme los corredores

(á Margarita que irá egecutando cuanto la vaya diciendo Doña Blasa)

que no miren al oriente,
solo respire yo ambiente
que venga de emperadores.
¿Qué se presenta á mi vista?
¿ese nuevo tocador
trabajado en obrador
del mas oscuro ebanista?
Lleva ese mueble horroroso
donde nunca yo le vea,
cuanto mire todo sea

sublime, regio, grandioso.
Quita allá ese cuadro fiero
que es retrato de Cheeberto,
pues casó ese rey por cierto
con la hija de un lanero.
Tambien la estampa nefanda
que representa á Gontrano,
pues casó ese soberano
con su esclava Veneranda.
Y el otro que es de su padre.

MARGARITA.

Si empezais así á quitar
muy pronto habeis de quedar
como os parió vuestra madre.
Pues los vestidos, mantilla,
medias, camisa y demas
no fueron hechos jamás
por ningun rey de Castilla.

DOÑA BLASA.

¿Quién te mete á perorar
en materia que no entiendes?
¿Y de donde tú desciendes?
Aqui nos vas á enterar
de tu rango y de tu cuna;

si es antigua ó no lo es,
si hay en ella algun marqués
terror de la media luna,
ó templario caballero.....

MARGARITA.

De esas cosas poco entiendo,
es verdad que no desciendo
de ningun grande guerrero;
pero mi abuela Tomasa
casó con un labrador
muy rico.

DOÑA BLASA.

¡Jesus que horror!
vete pronto de mi casa.
Solo servidas las dos
por hijos-dalgos seremos,
nada contigo queremos.

MARGARITA.

Está loca como hay dios.

DOÑA BLASA.

Marcha de aqui, vil muger,
miserable criatura;
vuelve al lodo y la basura
donde encontrastes el sér.

Mi excelsa y alta nobleza
una afrenta sufre en verte,
es un crímen el tenerte
delante de mi grandeza.

ESCENA OCTAVA.

DOÑA BLASA Y FELISA.

FELISA.

Por dios, madre mia
mi ruego escuchad,
por dios reparad
que no estais en vos,
Que loca os volvisteis
con esa hidalguia,
que es vuestra mania
funesta á las dos.
Si el pleito se pierde
¡oh cielo divino!
será mi destino
limosna pedir.
Y entonces el pueblo

al ver mi pobreza
de nuestra nobleza
se viene á reir.
Al mas vil por eso
no es bueno insultar,
ni á nadie humillar
con ese furor.
Mañana fortuna
voluble, inconstante
nos puede un instante
mostrar su rigor:
Y luegó

DOÑA BLASA.

Insensata:
el Dios poderoso
jamás riguroso
conmigo será.
Que somos los nobles
amados del cielo,
ningun desconsuelo
mi estirpe tendrá.
Tan solo levanta
su mano bendita
á plebe maldita,

á gente soez;
á infame canalla,
á turba perdida.

FELISA.

No he visto en mi vida
igual altivez.

ESCENA NOVENA.

DON SIMON Y DICHOS.

DON SIMON.

Buenas tardes Doña Blasa
de Guzman y Santa Cruz,
¿como vamos de salud?
¿hay novedad en la casa?

DOÑA BLASA.

Tan buenitas, Don Simon;
¿y los niños y señora?

DON SIMON.

Todos me van por ahora
despachando la racion.

DOÑA BLASA.

Parece que estais cansado;

acerca, niña, una silla.
¿Cuando entrasteis en la villa?

DON SIMON.

Ahora mismo he llegado.

DOÑA BLASA.

¿Que negocio os ha traido
con este tiempo al lugar?

DON SIMON.

No lo debeis estrañar,
solo por vos he venido.

DOÑA BLASA.

¡Solo por mí! ¿Que decis?
¿Acaso el pleito gané
contra el picaro Tomé
y á decirmelo venís?
¿Ves, Felisa, como Dios
por los hidalgos miraba?
Otra cosa no esperaba
de abogado como vos.
Mucho celo habreis tenido
agradecida estaré.

DON SIMÓN.

¿De qué, Señora, de qué?
si sois vos la que ha perdido.

DOÑA BLASA.

¡Yo he perdido! ¡Hado perverso!
¿Pues no me habeis dicho á mí?....

DON SIMON.

Nada he dicho yo hasta aquí
ni favorable ni adverso.
Como sois asi tan viva
al comenzaros á hablar
sin permitirme acabar
juzgasteis sin duda que iba
á decir que se ganó;
pero amiga os engañasteis
y en vano os regocijasteis.

DOÑA BLASA.

¿Con qué todo se perdió?

DON SIMON.

Y condenada habeis sido
á volver toda la renta
que diez años por mi cuenta
usurpada habeis tenido.

DOÑA BLASA.

¡Yo usurpar! ¡Una persona
de noble categoría
cometer tal villanía!

¡Tenerme á mi por ladrona!
¿Y no salió un caballero
lleno de arrojo y valor
á combatir por mi honor
con brazo terrible y fiero!
¿Donde están los paladines
que á las damas socorrian
y siempre las defendian
de cobardes malandrines?
¿Donde están? les buscaré
recorriendo todo el mundo,
y con un llanto profundo
mi cuita les contaré.
Y con denuedo y corage
enristrarán el lanzon
y hundirán al vil follon
que asi agravia mi linage.
Justicia, justicia cielos
á una hidalga desvalida.

DON SIMON.

Su cabeza está perdida.

FELISA.

Por los ilustres abuelos
no delireis de ese modo,

vuestro juicio recobrad
y el remedio preparad.....

DOÑA BLASA.

Satanás lo llevó todo.
No hay remedio ya en la tierra
á mi suerte desdichada
mas que marchar enlutada
por el monte y por la sierra
en busca de algun valiente
que me ampare y me defienda,
que venza en fiera contienda
al infame y cruel ente
que.....

FELISA.

Por piedad, madre mia,
os ofusca la razon
esa maldita ilusion.

DON SIMON.

Es muy rara su manía.

DOÑA BLASA.

¿Que manía, mal curial,
torpe, ramplon, chapucero?

DON SIMON.

¡Valgame el Dios verdadero!

DOÑA BLASA

Escoria del tribunal.

DON SIMON.

Está loca esta muger.

FELISA.

¡Ay miserable de mi!

DOÑA BLASA.

Marcha al instante de aqui
inmundo y villano ser.
Es muy grande tu vileza,
¿solo para esto has venido?
¿á decir que me has perdido
y á declarar tu torpeza?
Buscaré un noble infanzon
que te anonade y confunda;
que en profundo abismo te hunda
con mortífero espadon.
Vente conmigo, Felisa,
en pos de un aventurero.

DON SIMON.

¿Tambien quiere su escudero
la dama andante? ¡Que risa!

FELISA.

Pero por Dios, madre amada,

¿llega á tal vuestra locura
que os marcheis á la ventura
por caminos arrastrada
tras fabulosos guerreros
de ese arrojo furibundo?
¿Hay por si acaso en el mundo
hoy andantes caballeros?

DOÑA BLASA.

¡Que me dices!..... Es verdad;
delirante hasta aqui he estado;
¿que manía á mi me ha dado?
¡Jesus y que ceguedad!
Pero, ay hija, mas valdria
que este sueño me durara,
entonces ¡ah! no penara
por que mi estado no vía.
¡Que recuerdo me ha venido!
¡Condenada á devolver
lo que pude yo coger
en diez años que he tenido
el mayorazgo! ¡Oh mi Dios!
¡Que sentencia tan terrible!
¡Que miseria tan horrible
nos amenaza á las dos!

DON SIMON.

¿Como es eso, si ha un instante
que el ser supremo miraba
por los hidalgos?

DOÑA BLASA.

Estaba,
no lo dudeis, delirante.

DON SIMON.

Digan las orejas mias
si loca ó no habeis estado
despues de haber escuchado
cuatrocientas picardias.
A una persona decente
y de alguna educacion
no se le habla sin razon
de un modo tan insolente.
Yo tambien noble he nacido
y tan noble como vos;
mas reparad si á las dos
la nobleza algo ha servido.
Ya os confundió en un vaivén
la fortuna caprichosa
con esa plebe asquerosa
que mirabais con desden.

DOÑA BLASA.

¡Con la plebe confundida!
¡con tan inmunda canalla!
¡con asquerosa gentualla
villana, torpe y perdida!

DON SIMON.

¿A las andadas volveis?

DOÑA BLASA.

Yo no sé lo que me pasa.

FELISA.

¡Que desdicha!

DON SIMON.

Doña Blasa,
á vuestra hija la veis
sin piedad sacrificada
á un capricho, á una manía,
á una bestial tontería
que aun puede ser reparada.
A pesar de tan mal trato
como á Faustino habeis dado,
no por esto ha desmayado
y sigue con gran conato
esperando ser esposo
de la adorable Felisa,

él no viene sin camisa,
pues aunque es casi un mocoso
suena ya en el alredor
como rico; y es al fin.....

FELISA.

(con mucha prontitud)

Un bendito Serafin
y un arcángel del Señor.

DOÑA BLASA.

Y tú una desvergonzada
que pretendes acabar
con tu madre.

DON SIMON.

¿A delirar
volveis otra vez malvada?
¿Permaneceis todavia
en el loco parasismo?.....
Cargue con vos el abismo
y con toda la hidalguia.
En el mísero destino
á que quedais reducida
¿no es volveros á la vida
el casarla con Faustino?
¿Os creeis en este instante

una muger poderosa?
Pues ya no sois otra cosa
que una pobre mendincante.

DOÑA BLASA.

¡Mendincante!
Dios me valga
¡Una hidalga
como yo!
¡Sin solar
y sin cama
una dama
de mi pró!
¿Y en esto, cielo, he parado?
¿Igual ya con esas tias
á quien miraba hacé diás
con el cuello levantado?
¡Yo que soberbia tenia
unos planes tan grandiosos!
Aprended necios de mí
á no ser tan orgullosos.
¡Por las calles mendigando
aquella altiva muger
que en el aire estaba ayer
altos castillos formando!

¡Yo que elevarme queria
sobre los mas poderosos!
Aprended necios de mí
á no ser tan orgullosos.
¡Implorando caridad
de los mismos que yo hollaba
y algun dia despreciaba
con bárbara vanidad!
¡Mezclada con esos seres
hambrientos y farroposos!
Aprended necios de mí
á no ser tan orgullosos.
¡Una limosna.....

DON SIMON.

Dejad
ya vanas lamentaciones
atended á mis razones
y á vuestra felicidad.
¿Estais al fin decidida
á entregar la mano bella
de esta preciosa doncella
angustiada y afligida?

DOÑA BLASA.

¿A Faustino, Don Simon?

¿Y creis que haya olvidado
el mal trato que le he dado?

DON SIMON.

Tendrá de vos compasion.

FELISA.

Nunca ha sido rencoroso;
es tan bueno.....

DOÑA BLASA.

Si lograra
que este jóven perdonara
mis insultos.....

ESCENA ULTIMA.

FAUSTINO, MARGARITA Y DICHOS.

FAUSTINO.

Soy dichoso.
¿Y de perdon hablais vos
cuando á pedirlo yo vengo?
(Se arrodilla delante de Doña Blasa)

FELISA.

¡Faustino!

FAUSTINO.

¡Felisa!

DOÑA BLASA.

¡Oh Dios!
Yo no sé que es lo que tengo.
¡Que confusion!

FAUSTINO.

¿Generosa
olvidais ya?.....

DOÑA BLASA.

¡Que bondad!
Levantate por piedad;
yo te ultrajé, yo orgullosa
te llené de mil baldones
injustamente: perdon.

(se echa á los pies de Faustino)

DON SIMON.

¿Asi humilla sus blasones
Doña Blasa? ¡Que borron!

DOÑA BLASA.

¿Me perdonas?

FAUSTINO.

¿De ese modo?
¿En tal postura, Señora?

DOÑA BLASA.

Por la Vírgen sin demora
di.

(se levanta)

FAUSTINO.

Si, lo olvidé ya todo.
¿Y vos perdonais
las penas, los sustos,
los graves disgustos
que siempre os causé?

DOÑA BLASA.

¿Que penas, que sustos
Faustino me diera?
Yo fui la primera
que á tí te insulté.
¡Y aquien, Cristo mio,
mi orgullo malvado.....

FAUSTINO.

Dejad eso á un lado
que ya se acabó.

DOÑA BLASA.

Un ángel tu eres
de paz y consuelo,

un ser que del cielo
al mundo bajó.
¡Y yo te ofendí!
¡y yo te ultrajé!
¡y yo te traté
con tanto rigor!
¡A un hombre como este
que honrára mi casa.....

FAUSTINO.

Por Dios Doña Blasa
ya es mucho favor.

DOÑA BLASA.

No es digna mi hija
de tal criatura

FAUSTINO.

De tanta hermosura
yo digno no soy.

DOÑA BLASA.

¡Jesus que bendito!
(aparte á Margarita)
Doscientas noblezas
y grandes riquezas
trocara yo hoy,
si quince tuviera

¡oh tiempo dichoso!
por un bello esposo
de tanta virtud.

MARGARITA.

(aparte á Felisa)

No es tonta mi ama
segun lo que veo,
tambien yo deseo
como esa una cruz.
Un mozo como él
no tiene la villa.

FELISA.

(aparte á Margarita)

Despacio, bobilla
te pueden oir.

FAUSTINO.

De vuestro silencio
infiero, Señora,
y creo yo ahora
como he de morir.....

DOÑA BLASA.

¿Qué crees, Faustino?

FAUSTINO.

Que no ha de ser mia.

DOÑA BLASA.

Fortuna tendria
si fuera de tí.

FAUSTINO.

¿De veras hablais?

DOÑA BLASA.

De veras, querido.

FAUSTINO.

¿Seré su marido?

DOÑA BLASA.

Te digo que si.

FELISA.

¡Faustino!

FAUSTINO.

¡Bien mio!

FELISA.

Ya soy venturosa.

FAUSTINO.

Felisa mi esposa
dichoso seré.

DOÑA BLASA.

Pero antes, tontin,
que nada se mueva
escucha una nueva

que yo te daré.
Mi hija ya es pobre
esto es lo que pasa.

FAUSTINO.

Lo sé Doña Blasa.
¿Y acaso juzgais
que yo la adoraba
por que era.....

DOÑA BLASA.

No, no;
no digo eso yo.

FAUSTINO.

Jamás lo creais.
Mis padres que á un rico
pariente heredaron
á mi me dejaron
inmenso caudal.
Mirad segun esto
si yo necesito.....

DOÑA BLASA.

Por San Blas bendito,
que no he dicho tal.

DON SIMON.

Tampoco, amigo, creais

que esta bella Señorita
las riquezas necesita
que tanto cacareais.
Conveniente es que sepais
que la niña es poderosa.

FELISA.

¡Dios, divino!

DOÑA BLASA.

¡Santa Rosa!
¿Qué decis?

DON SIMON.

Que os he engañado,
vuestro pleito se ha ganado.

DOÑA BLASA.

Soy la muger mas dichosa.

DON SIMON.

A San Martin yo llegué
lleno de satisfaccion
á daros el noticion
de que el litigio gané.
Cuando á Faustino encontré
que de esta casa salió
su desgracia me contó:
gran proteccion le ofrecí,

me introduje yo hasta aquí
y allá fuera él se quedó.
Le mandé que alli escuchára
si el negocio iba en carrera,
y cuando bueno lo viera
que entonces se presentára.
Como esa locura rara
antes él me habia contado,
dije: al saber que ha ganado
su soberbia ha de aumentar
y á casarla ha de aspirar
allá con un potentado.
Pues nada, la engañaré,
bien lo tiene merecido,
que este pleito se ha perdido
desde luego fingiré:
y á la vez conseguiré
desvanecer su manía
por la maldita hidalguía;
y hacer dos seres dichosos
que para llamarse esposos
Dios al mundo los envia.

DOÑA BLASA.

¿Con qué es cierto, Padre eterno.....

DON SIMON.

Que vuestro orgullo humillar
conseguí.

DOÑA BLASA.

Y tambien manchar
mi ilustre.....

DON SIMON.

Por el infierno
¿volveis.....

DOÑA BLASA.

No, no que es mi yerno,
(abraza estrechamente á Faustino)
mi delicia, mi alegría.

MARGARITA.

¿Quién todo esto creeria?

FAUSTINO Y FELISA.

A Don Simon gracias demos.

DOÑA BLASA.

Felicísimos seremos,
reniego de la hidalguia.

FIN.

FRAY POLIPODIO

A NAPOLEON BONAPARTE

en un momento de mal humor.

Duerme, duerme en la tumba silenciosa
Y al mundo déja respirar en paz;
Duerme ese sueño eterno de la muerte
Que harto tiempo viviste, hombre fatal.
Harto tiempo en la sangre te has bañado
De la mísera grey de Jehová;
Harto tiempo tus lúgubres pendones
Por el aire miraste tremolar.
Esterminio, esterminio este era el lema
Que en ellos escribiera tu impiedad;
Y esterminio en mil pueblos anunciaron
Y entre ruinas se vieron sepultar.

El cielo se indignó, el Omnipotente
No quiso tanto horror contemplar ya,
Y decretó que tu poder efímero
Se hundiera con tus glorias á la par.
Un helado sepulcro.... ese es el trono
Que dejára á tu altiva magestad;
Ese el mágico brillo de la púrpura,
Ese es tu cetro y tu diadema real.
Gigante en ambicion ¿puedes ahora
Los imperios del globo conquistar?
Tú que en la tierra toda no cabias,
¿Cabes bajo esa losa sepulcral?
Tú que quisiste dominar al siglo
Intentando ser su única deidad
¿No tendiste siquiera una mirada
A ese fúnebre y tétrico lugar?
¿Y no te recordó su triste aspecto
Su espantoso silencio y soledad
Que esa inmensa grandeza que anhelabas
La verias allí pulverizar?.....
¿O eterno te creiste?... ¿O tan soberbio
Como el ángel rebelde Satanás
Premeditabas usurpar el solio
A la misma divina potestad?.....

¡Miserable!... El incienso te cegaba,
Tu vida fue un delirio nada mas,
Soñaste como un niño con visiones
Y cual loco las dabas realidad.
¿Y eras tú ese gran genio? ¿Ese prodigio
A quien nunca se cansan de adorar?
¿Ese heroe invencible que á la Europa
Aturdió con su nombre colosal?
¿Es esto lo que admiran los mortales?.....
¡Inocentes! ¡Incautos! despertad;
Abrid los ojos y vereis tan solo
Un impío soldado, un hombre audaz.
Un hombre que hasta el borde de la tumba
Esclavo fue de una pasion brutal,
Pasion funesta que en la sangre humana
El bárbaro saciaba sin cesar.
Pasion terrible que infinitos mártires
Arrojó en la insondable eternidad;
Pasion que entre cadáveres y escombros
Hizo ricas ciudades sepultar.
Y sumergiéra á mil y mil familias
En llanto que jamás enjugarán,
Porque siempre llevaba por do quiera
El luto, el desconsuelo, la orfandad.

¿Y á estos monstruos vosotros llamais heroes?
¿A estos seres quereis divinizar?....
¡Insensatos! seguid en hora buena
Con tan vil y culpable ceguedad.
Seguid en hora buena dando culto
A esa furia sangrienta é infernal,
Mientras yo la abomino y la maldigo
Hasta el mismo sepulcro y mas allá.
Te maldigo, guerrero: sí, y te odio;
Para mí solo fuiste un criminal,
Un infame que el templo de la gloria
Con la muerte lograstes escalar.
Y escuchabas tranquilo los lamentos
Del triste moribundo, y sin piedad
Por llevar adelante locos planes
A tus pies los dejabas espirar.
¿Y los hijos y hermanos de estas víctimas
Tu nombre sin horror pronunciarán?
¡Ay! Lo pronuncian sí, y con entusiasmo
Y el grande hombre te llaman además.
¡El grande hombre, Dios Santo! ¡Tú el grande hombre!
¡Que obcecacion, mortales tan fatal!
¿Asi le apellidais porque intentara
El orbe á su ambicion sacrificar?

¿Asi calificais á ese asesino?
¿A ese tigre cruel? ¡Que ceguedad!
¿Cuáles son, desdichado, tus virtudes?
¿Tus acciones heróicas donde están?
Si victorias algunas conseguiste
Tambien las pudo dar casualidad,
Que á veces la fortuna caprichosa
Al mas inmundo ser suele elevar.
Si á un trono poderoso te encumbraste
Y ciñera tu sien corona real,
Circunstancias tal vez lo dispusieron
Que ahora no podrías esplicar.
Si soberano ya de los Franceses
Tu imperio dilataste, fué quizá
Mas bien porque la suerte te ayudára
Que por ser un gran genio militar.
Y aunque ese tu talento portentoso
Se hiciese una palpable realidad,
Y tantas tantas tus proezas fueran
Como quieren mil necios figurar;
No por eso te admiro, que tus crímenes
Tus delitos horrendos fueron mas;
Si, en la sangre inocente que vertiste
Bien pudiera la Francia navegar.

Y vale mas que tú y todos los heroes
La existencia tan solo de un mortal,
Y mas que ese fantástico renombre
Que anhelabas frenético alcanzar.

¡Ah! reposa en la tumba eternamente,
De este modo la tierra estará en paz;
Y plegue al cielo que tan grandes monstruos
No vuelvan á nacer nunca jamás.

LA FUENTE DEL SECRETO.

NOVELA HISTORICA.

SIGLO VI.

La Fuente del Secreto.

SIGLO VI.

La luna comenzaba á iluminar la populosa córte del reino Gótico, cuando un ruido terrible como el primer ímpetu del huracan se dejó oir en todos los ángulos del régio Alcázar. Gesaleyco abandona los espaciosos jardines do estaba solazándose, se informa de la causa de aquella conmocion, y entonces sabe que el populacho se ha amotinado á las puertas de palacio pidiendo fuerzas para marchar contra el valiente Ylva, conde de los Gepidas, que acababa de llegar á la Gália con un poderoso ejército. En efecto Theodorico, rey de los Ostrogodos, viendo en la eleccion del bastardo Gesaleyco atropella-

dos los derechos de su nieto Amalarico, hijo legítimo del último soberano, envió ochenta mil hombres para ponerle en el trono. Esta noticia hace temblar la corona en las sienes del débil monarca. El nombre solo del caudillo de los enemigos le llena de pavor. ¡Ay! le recuerda un delito horrendo..... Ylva es hermano del desdichado Goerico, aquel Protospatario (1) á quien él mismo asesinara porque abjuró la secta de Arrio y se habia casado segun el rito católico. Este horroroso crímen con que manchara los primeros dias de su reinado, se agolpa ahora á su imaginacion, no lo puede desechar de si ni un solo instante; y adonde quiera que dirija la vista cree hallar la sombra ensangrentada de Goerico. En vano hace los mayores esfuerzos por serenarse y comparecer en medio de los vasallos tranquilo y sosegado; el terror se le asoma al semblante, y su aspecto

(1) Capitan de la guardia del Rey, empleo tan honorífico en aquellos tiempos que siempre se daba á un Príncipe de sangre real.

horrible y fiero como el del angel de la maldicion le inspira casi mas susto que los invencibles pendones del Ostrogodo. Sí: en lugar de alentarse el pueblo con la presencia del Rey, desmaya, porque le ve poseido de un miedo colosal y mas bien entregado á la desesperacion que á aquel noble furor de que se reviste el guerrero cuando llega el momento de marchar á la lid. Todos los corazones se cubrieron de luto ¡ah! presagiaban el mal éxito de aquella empresa, y no se engañaron. A los pocos dias el Conde de los Gépidas ya era dueño de la capital del Imperio godo, Gesaleyco habia huido á Barcelona, y Amalarico fue colocado en el sólio de Ataulfo.

Entre las escarpadas rocas de la montaña de Búrgos alzaba la antiquísima Varegia sus ennegrecidos muros hasta las nubes. Cien corpulentas torres se elevaban al través de los espacios etereos, y como otros tantos Atlas parecia que estaban sosteniendo el cielo sobre sus toscas cúspides. Aquellos soberbios monumentos que venian á dibujar sus

raras formas en el horizonte iluminado apenas por el crepúsculo matutino; la dilatada cordillera de peñascos, vestida toda de nieve en la que el viagero se figuraba estar viendo un grande manto de blanquísimas pieles do se envolvia aquel pueblo anciano para librarse del rigor del clima; los riachuelos que se deslizaban pacíficamente por las breñas, de donde salian ligeros vapores creando una especie de nube de púrpura que se estendia en torno de la poblacion y la hacia aparecer en medio de las primeras luces del dia como una ciudad aerea; las cascadas de cristal bajo un firmamento de finísimo nácar; aquellos lagos, aquellos valles, aquellos prados, todo formaba un conjunto agradable y bello á la par que magestuoso y sublíme: perspectiva magnífica que sumia el alma del hombre pensador en profundas meditaciones y la obligába á reconocer en aquel mágico espectáculo uno de los portentosos atributos de la Omnipotencia Divina. Pero Gesaleyco que tenia ante sus ojos este cuadro encantador nada veia. Triste, desenca-

jado y cubierto de una mortal palidez caminaba fuera de sí por los bordes de los precipicios, sin reparar en los peligros á que se esponia en cada momento. Huyendo de las tropas vencedoras y hasta de sus mismos súbditos que le odiaban, habia salido de Barcelona y venia atravesando los montes de Cantabria á ocultarse dentro de las murallas de la vetusta Varegia. Allí llegaba en pos de una calma que no habia de gozar; porque el corazon del malvado nunca ha de estar en calma, y cuando ya se internaba en las tortuosas calles del pueblo, no pudiendo resistir mas al cansancio, á la debilidad y al peso enorme de sus penas, cayó desfallecido junto á un vallado de hierro que servia de tápia á los jardines de un palacio. La bella Hilderina que habia bajado á estos pensiles á respirar el suave ambiente de la mañana, viéndole desmayado á la otra parte de las verjas llamó á sus criados para que le diesen socorro. No tardaron mucho en llevarle á su presencia, y ella que descubre la poca edad de aquel miserable, su gallarda figura,

los blondos y rubios cabellos que caen sobre una tez de alabastro, y las ricas bestiduras que le adornan, se enternece de tal modo que inunda su rostro de lágrimas y prorrumpe en estas expresiones:

—¡Jóven infortunado! ¡Tierno pimpollo, mas hermoso que las flores del lilo y del almendro! ¿En que luna naciste que tan pronto has sido juguete de los hados? ¿Cuál es la desgracia que te oprime? ¿Lloras acaso como yo la muerte de tu consorte?.....

¡Ah! Si: sin duda ha perdido á su esposa, y el esceso de dolor le ha arrebatado del seno de su familia. Vuelve, vuelve en tí; abre esos ojos y mira á tu lado un ser que lamenta la misma desventura. Yo tambien he visto marchitarse la lozanía de una flor que formaba todas mis delicias. Tal vez el mismo tirano que precipitó á mi esposo en el sepulcro habrá llenado tus dias de amargura, porque su aliento fatal asola como el rayo todo cuanto le rodea.

Antes de concluir este discurso la afligida viuda ya el destronado monarca habia reco—

brado los sentidos. Al ver el llanto que baña sus delicadas mejillas, los auxilios que le está prodigando, y el interés con que le contempla, no puede ocultar su admiracion y esclama.

—¡Angel consolador! ¡Criatura divina, hermósa como las vírgenes de la Escandinavia! ¿Quién eres? ¿Cómo no te asusta la vista de un asesino?..... ¡Ah! Huye, huye de un hombre que lleva consigo el espanto y la desolacion. Huye de este monstruo que hace estremecer la naturaleza toda con su presencia. No te acerques á una fiera que acaba de ser arrojada por sus crímenes.....

De un trono iba á decir; mas el temor de ser descubierto le obligó á enmudecer. Hilderina, la sensible Hilderina intimidada con las aterradoras palabras del desconocido se habia apartado de allí algunos pasos; pero pudiendo mas en ella la compasion que el miedo volvió otra vez á cuidarle llena de piedad y de ternura. Gesaleyco perdió de nuevo el conocimiento y hasta el dia siguiente no fue dueño de sí mismo. Cuando la buena

viuda le vió enteramente restablecido era tanto su júbilo que le abrazaba estrechamente y hacia otras mil demostraciones de alegría.

—Gallardo mancebo, le dijo. ¿Cuál es tu nombre? ¿En qué pais has recibido las maternales caricias? ¿De donde vienes?... ¡Tú gimes! ¡Ay! ¡Tú eres muy desgraciado!.... Tranquilízate; desahoga conmigo tu corazon; cuéntame tus infortunios; participame tus penas que yo las siento lo mismo que pudiera sentirlas una amorosa hermana. Si acaso huyes del monstruo que ocupa el trono de los Godos, no temas ser descubierto, no: yo te ocultaré y nunca los partidarios de aquel impío.....

—¡Gran Dios! la interrumpe Gesaleyco con acento doloroso; ¡hasta aqui llega el odio! ¡tú tambien le abominas! ¡tú tambien le maldices!.....

Y cae en una especie de desesperacion que trastorna todos sus sentidos. Viéndole Hilderina en un estado tan deplorable, se arrepiente de haberle hablado de aquella manera,

culpa interiormente á su indiscreta curiosidad, y con un tono lleno de dulzura le dice:
—Sosiegate, jóven estraordinario. No concibo porque te han causado tan amarga sensacion las palabras que acabo de pronunciar contra el bárbaro Gesaleyno; pero cualquiera que sea el motivo yo le respeto lo mismo que el silencio misterioso en que envuelves tu historia. Jamás, jamás osaré penetrar este arcano. No busco en tu nacimiento ni en tus dignidades títulos con que te hagas acreedor á mi compasion, no: esa tristeza, ese dolor es lo único que me ha movido.... ¡Ay! Consuélate, hijo, consuélate. Da paz á tu alma que es la que mas necesitas y lo que con mas vehemencia te desea esta desventurada viuda que te mira con todo el cariño de una tierna madre.
—¡Muger celestial! contesta el desvalido rey; tú eres la misma bondad, la misma virtud. ¿Y crees que pueda tener secretos para tí? ¡Ah! no: seria demasiado ingrato si así obrase. Escucha, escúchame. Yo desahogaré contigo mi pecho y lloraremos juntos nuestras

desdichas..... ¡Pero que voy á hacer, poderoso Dios! Mi nombre, solo mi nombre, te cubriria de terror. No quieras que llegue nunca á tí su espantoso sonido; déjame salir; abándoname al rigor de la suerte. Tú me aborreces; tú me detestas, yo lo acabo de oir; de esos mismos lábios.....

—Detente, detente ¿A dónde vas? ¿Cuándo he dicho que te aborrezco? No: tú belleza, tus pocos años, esas desgracias que te afligen, ese delirio, todo, todo ha hecho en mí una impresion indefinible, y yo te amo y te adoro con un fuego tan abrasador como ese astro refulgente que alumbra las galerías.

—¡Angel divino! ¡Vírgen pura y hermosa como los querubines que rodean el trono del Omnipotente! ¿Tú me amas? ¿Es cierto que me amas?..... ¿Ah! no: ha sido una ilusion, ha sido un sueño.... A Dios, á Dios. Marcho al Africa. No es digno de tu amor un monstruo mas abominable que las furias que se agitan en el seno de los abismos.

Y en aquel primer ímpetu violenta las puertas y quiere partir: Pero Hilderina le ase

de la ropa; le suplica con toda la elocuencia que le dicta su indomable pasion y al fin consigue que se quede. Ya le tiene á su lado; mas no sabe que decirle, se apodera de ella una grande turbacion y va á ocultarla en el hueco de una ventana. Allí el viento mecía con suavidad sus rizos de oro, y los rayos del sol que penetraban por las ramas de los árboles del jardin venian á herirla formando en torno suyo una especie de aureola resplandeciente que la comunicaba cierto aspecto sobrenatural, y la hacia aparecer en aquellos suntuosos salones como una prodigiosa deidad en medio de su templo. Gesaleyto que la contemplaba estasiado, se deja arrebatar de su ardiente imaginacion y corre medio frenético á declarar que la adora. Pero en aquel mismo momento la viuda fija por casualidad la vista en un bosque de cipreses, y como si se hubiese presentado una horrible fantasma, lanza un grito penetrante y dirige á su huesped estas expresiones:

—Apartate imprudente de mis ojos. ¿Quién te ha traido aqui á alterar mi tranquilidad?

Vete, vete al Africa. Yo no puedo ser tuya. Hay entre los dos una barrera tan alta como esa nevada montaña. Jamás, jamás seré tu esposa.

—¡¡¡Jamás!!!.... No: yo escalaré esa barrera aunque llegue hasta las estrellas. Todo el poder del infierno no es capaz de separarte de mi. Ya me perteneces, ya eres mia.....

Y con un ademan fiero é imponente quiere estrecharla en sus brazos. Hilderina entonces se reviste de toda la magestad de una reina, le manda imperiosamente que se aleje y marcha despues á encerrarse en su habitacion. Es imposible poder pintar el estado en que quedó el Monarca godo. Se deja poseer del mas ciego furor; rasga sus vestidos, rompe los muebles preciosos que encuentra al paso, busca en todas partes á su amada, sale como un loco á la calle y recorre la ciudad entera llamándola. Cuando volvió estaban las puertas cerradas, y no habiéndole querido abrir los criados estuvo toda la noche paseando alrededor del palacio.

A la mañana siguiente bajó la viuda como

tenia de costumbre á los jardines. Pasa cerca del sitio donde vió por primera vez á su amante y exhala un profundo y doloroso suspiro. Ya se retiraba cuando percibe un bulto al otro lado de las berjas..... ¡El es! grita llena de alborozo, y sin reparar en las flores ni en ninguna cosa salta por cima de las plantas mas delicadas é introduce á Gesaleyco en el pensil. ¡Qué dichosa se cree en aquel instante! Todo, todo lo olvida y solo tiene presente que está junto al jóven que forma su ventura. Le abraza, le colma de caricias, llora de alegría, le hace una multitud de preguntas sin escuchar la respuesta y le pide mil perdones por lo mal que le tratara el dia anterior. El Rey viéndose adorado de aquella beldad, no se acuerda ya de sus infortunios y se tiene por el hombre mas feliz de la tierra. Se prometen uno al otro amarse hasta la muerte, se llaman esposos y corren por todo el vergel como embriagados en su felicidad. Pero ¡oh suerte desdichada! Hilderina llega delante del bosque de los cipreses, y lo mismo que si el funesto resplandor de una

centella la hubiese deslumbrado, retrocede despavorida, se queda á larga distancia medio horrorizada y cuando el Príncipe se acerca á ella le repele con indignacion y le dice:

—Huye temerario, huye de aqui. Apártate de mi vista. Yo te lo suplico en nombre de lo que te es mas precioso en la tierra. Tú me haces faltar á mis deberes; Tú me haces atropellar los mas sagrados juramentos. Ya te he dicho que no puedo sér tuya y que se eleva entre los dos un muro inespugnable..... Allá en el eterno imperio donde tiene su solio el Rey de todos los Reyes se unirán nuestros corazones; pero en este mundo jamás!.. ¡A Dios; á Dios para siempre!.....

—Espera, espera, le contesta Gesaleyco deteniéndola por la ropa; yo quiero saber antes que juramentos son esos y que encierra ese bosque misterioso que así.....

—Respeta, respeta mis secretos como yo respeto los tuyos. Dejame.

—¡Dejarte! ¡Apartarme de tí para siempre! ¡Separar dos almas que han nacido ya unidas!.... Tú deliras, reina de las hermosas,

tú deliras. ¿No acabas de confesar que me adoras, que me idolatras y que la llama que arde en tu pecho es mas abrasadora que los rayos de ese astro rutilante que brilla en el firmamento? ¿Y tan pronto has podido apagar esa llama? ¿Tan pronto has podido sofocar esa volcánica pasion?.... ¡Ay! te engañas á tí misma, vírgen goda, pues te crees capaz de hacer un sacrificio que es superior á tus fuerzas, desecha, desecha esas ideas lúgubres y esas vanas preocupaciones. Si la tétrica selva que tenemos á la vista es depositaria de los restos de algun malogrado amante déjalos ya reposar en paz y deja tambien esa negra melancolía que te devora. Mira toda la naturaleza ataviada de sus mágicos encantos. Repara en esta variedad de graciosas flores que vejetan á la sombra de los blancos álamos; los jazmines y pasionarias que trepan por los rústicos caños formando preciosos tapices de verdura, entre los cuales se deslizan esos torrentes de agua plateados con los reflejos del sol; las esquisitas frutas que penden de los árboles; las paredes cubiertas

de hiedra y de musgo; el zéfiro que mueve blandamente las plantas y las hace exhalar ese aroma delicioso que enbalsama el aire; el canto monotono de las aves que en medio de la calma del dia parece que embarga los sentidos y aduerme al hombre entre encantadoras ilusiones, todo, todo nos está brindando con la suprema felicidad. ¿Y podrás ser insensible á tan gratas emociones? ¿No palpita tu corazon de placer al contemplar tantas bellezas? ¿No revive en tí ese anhelo de gozar que nace con las criaturas?... ¡Ah! despierta, sal de esa especie de estupor en que te veo sumida. A tu lado tienes un esposo, sí, un tierno esposo que el mismo Dios te ha dado; no lo dudes. Desde las celestes regiones ha bendecido ya nuestro enlace; en vano, en vano querrás oponerte á sus santos decretos. ¡Ay! si nos fuese dado abrir el gran libro de los destinos allí encontrarias mi nombre unido al tuyo y trazados los dos por la mano divina del Eterno.

La viuda escucha estas palabras medio enagenada. El discurso del encubierto Rey,

su lenguage arrebatador, y aquellas seductoras espresiones le conmueven estraordinariamente. Se queda pensativa, titubea, y debil como todo su sexo se resuelve al fin á decirle que no marche. Pero al tiempo de levantar los ojos para hablarle lo primero que descubre es el bosque fúnebre, y otra vez vuelve á caer en su doloroso abatimiento. No teniendo entonces valor para mandarle que se aleje, se lo manifiesta por señas; y Gasaleyco, el misarable Gasaleyco se entrega á la mas cruel desesperacion. ¡Que triste es el estado de Hilderina en aquel momento! Oye los lastimeros ayes del gallardo jóven, le ve partir, quisiera consolarle, quisiera detenerle, mas la arboleda de los cipreses que tiene delante la recuerda un juramento y la voz se le ahoga entre los labios. Asi lucha largo rato con su pasion y sus deberes: ya no puede resistir mas, la faltan las fuerzas, se siente desfallecer y queda por úitimo privada de conocimiento. Al mirarla el Príncipe de aquella manera corre á socorrerla, corta las flores de olor

mas subido y se las aplica á la nariz, forma debajo de un espeso emparrado un lecho de yerba seca y allí la coloca con todo el cuidado posible. Cuando volvió de su congoja la enamorada viuda el sueño se apoderó de ella, y viéndola Geseleyco dormida aprovecha esta ocasion para saber que funesto secreto se encierra en la selva misteriosa. Salta el vallado que la cerca y se introduce en el fúnebre recinto. ¡Que aspecto tan imponente presentaba! Los elevados árboles de un verde muy oscuro y puestos de tal modo que apenas dejan pasar la luz del dia, el cántico lúgubre de las aves nocturnas, aquel silencio; aquella soledad, todo, todo hiela de espanto al destronado monarca. Supersticioso como la mayor parte de los que tienen agravada su conciencia con el crímen discurria por las estrechas calles de cipreses cubierto de terror. El asesinato de Goerico se le representa en la mente y tiembla horrorizado. Quiere salir de allí; pero ¡ay! cuanto mas corre mas se interna en el bosque, y se encuentra de repente en una especie de labe-

rinto donde se levantaba un sepulcro de piedra negra con varios epitáfios. Divisa en ellos el nombre de Goerico y retrocede con el cabello erizado; pero cree despues que ha sido una ilusion de su fantasía, cobra algun valor y vuelve á penetrar, en aquel melancólico recinto. Entonces se presenta á su vista una fuente gigantesca que echaba gran cantidad de agua haciendo un ruido estrepitoso. Se le figura que aquel torrente murmura ciertas palabras, se acerca pasmado y confuso, escucha con atencion y en efecto no se engañó. Estaba la fuente construida de tal manera que al caer el agua parecia que articulaba estas voces: *Hilderina, no celebres segundas bodas; acuerdate del juramento que hiciste á tu esposo Goerico.*

—¡Gran Dios! esclama el Godo medio acongojádo. ¡Hilderina es la esposa de Goerico!

—Sí, le responde ésta que á la sazon venia á la selva en su seguimiento, yo soy la viuda de ese Protospatario sin ventura, y ahí están sus restos, ahí tienes su tumba. Ya te habrá declarado la fuente el secre-

to que yo te ocultaba y que tanto deseabas saber. Ya te habrás convencido de que no puedo ser tuya. ¡Ah! dejame, dejame llorar eternamente á mi esposo en estos lugares sombrios. Asi se lo prometí cuando exhalaba el último suspiro. ¡Que dia aquel tan terrible! Amaneció claro y sereno, la atmósfera pura y despejada, el padre de las luces rodaba su carro de oro por el cielo alegrando á la naturaleza, y las flores ostentaban toda su hermosura. Entre tantos presagios de felicidad llego á Barcelona, y en la misma mañana se efectuó nuestro enlace. ¡Que momentos aquellos tan venturosos! pero ¡ay! ¡Con que velocidad desaparecieron! El tirano Gesaleyco, que entonces se hallaba en aquella Ciudad, sabe que Georico ha abjurado el arrianismo, y se indigna tanto que le llama á palacio y le clava un puñal en el pecho. Cuando lo llevaron á casa ya estaba moribundo, y pocos minutos antes de espirar me decia apretándome en su seno: »Ya te he perdido para siempre, Hilderina. ¿Y pasarás despues á otros brazos?.... ¡Ay!

esta es la idea que mas me atormenta. Dime, dime que no serás de nadie: Dime que nunca has de tomar segundo esposo." Yo se lo juré arrodillada junto á aquel lecho de muerte, y el desdichado ¡ay de mí! bajó al sepulcro con las galas que se habia puesto aquel mismo dia para celebrar las bodas. Aqui me retiré, aqui hice enterrar los preciosos restos de mi infeliz consorte, y esa fuente fue edificada para que jamás pudiera olvidarme del solemne juramento.

Al oir el destronado monarca esta relacion de la viuda, al saber que él ha sido el autor de todas sus desgracias, lleno de afliccion y de arrepentimiento se arroja en el suelo, abraza sus rodillas, implora compasion al mismo tiempo que la pide que se vengue, y declara por fin que es Gesaleyco. —¡¡¡Gasaleyco!!! grita horrorizada ¡¡¡Gesaleyco!!! ¡Oh Dios mio!..... ¡Apartate de mis ojos! ¡Quitate de mi presencia! ¡Marchate á las infernales cavernas, de donde has salido para cubrir la tierra de llanto y desconsuelo! ¡Huye, huye de aqui: yo te lo

mando en nombre de aquel tremendo Juez que te ha de juzgar.

Salió, en efecto, de esta Ciudad el infortunado Príncipe y pasó al Africa, donde le recibiera benignamente Trasimundo, rey de los Vándalos. Al año siguiente volvió á España, y habiendo levantado un ejército con el dinero africano, se dirigió contra el Conde Ylva; pero fue derrotado completamente en una sangrienta batalla que se dió á doce millas de Barcelona. De allí á poco tiempo murió en Tarragona, y una hermosa jóven se presentó á pedir su cadáver..... era la viuda del Protospatario. Hilderina hizo sepultar al lado de Goerico los mortales despojos de su asesino, y hasta el último dia de su vida no dejó de llorar sobre las tumbas de los dos. La fuente del secreto inventada por un judio llamado Eleacim fue destruida en el año de 572 cuando el Rey Leuvigildo tomó á Varegia.

SALAMANCA.

IMPROVISACION

á las orillas del Tormes.

Cubierta con el polvo de cien siglos,
Medio desierta, triste y arruinada
Allí yace en olvido sepultada
De las ciencias la augusta capital.
La madre esclarecida de mil sábios,
La cuna de pöetas y guerreros,
La pátria de valientes caballeros,
La que lleva un renombre colosal.
Esa ciudad donde Minerva excelsa
Su magnífico manto delplegára,
Y con él amorosa cobijára
Una inmensa y brillante juventud.

Esa ciudad donde al invicto Anibal
Con astucia sus hijas derrotaron
Y á las bárbaras huestes arrollaron
Sacudiendo la vil esclavitud.
Esa ciudad que gigantescos templos,
Y soberbios palacios, y torreones,
Y morunos y negros murallones
Hasta las nubes arrogante alzó:
Edificios que entonces todo el orbe
Con asombro y con pasmo contemplaba,
Edificios que entonces admiraba
Y por eso otra Roma lá llamó.
Esa ciudad, en fin, es Salamanca,
La ilustre Salamanca, la orgullosa
Soberana del Tormes, la gloriosa,
La perla de los Reyes de Leon:
La que viera nacer á Alonso Onceno,
Y á Fonseca, y á Anaya y á la Encina,
La de muchos recuerdos, la divina,
La que llena de prez á la nacion.
La que acabó las tablas astronómicas
Y las siete partidas, nuestra Atenas,
La de los bandos, la de las almenas,
La que ostenta en su suelo otro Escorial:

La mimada por todos los Monarcas,
La de aquellos profundos Escritores,
La de los sapientísimos Doctores,
La bella, la opulenta, la inmortal.
Pero ¡ay! de tanta grandeza
Y tanto brillo y riqueza
¿Qué ha quedado?
¿Quién tus alcázares regios
Y tus suntuosos colegios
Se ha llevado?
Las basílicas hermosas
Por los siglos respetadas
¿Qué se hicieron?
Y sus torres magestuosas,
Con las cúspides calladas
¿Dónde fueron?
Tus ilustres escolares
Que los ropages talares
Arrastraban
¿Donde están? ¿Donde los sábios
Que solo ciencia sus lábios
Arrojaban?
¡Ah! Los paises lejanos
A ciento de sus varones

Ya no envian
A consultar tus ancianos
Que las mas arduas cuestiones
Resolvian.
Los Príncipes del Oriente
Ningun precioso presente
Ya te ofrecen;
Ni poderosos Señores
Entre tus graves Doctores
Ya florecen.
En tus cláustros anchurosos
Los atabales no suenan
Ni clarines;
Y aquellos grados pomposos
De tus plazas ya no llenan
Los confines.
Ningun vate peregrino
Tus glorias, pueblo divino,
Canta ahora;
Ni tus célebres pastores
Cuentan sus tristes amores
A la aurora.
Ya las harpas se rompieron
De tus cisnes mas canoros

Y dulcísimos:
Ya todos enmudecieron
Con sus acentos sonoros
Y suavísimos.

Hoy en silencio eterno sepultada
Pareces un espectro aterrador;
Una sombra espantosa y descarnada
Que vaga de alto muro en derredor.

Solo la sombra, sí, pátria querida
De magestuosa y celestial deidad;
La Nereida del Tormes adormida
Entre las ruinas de una gran Ciudad.

¡Ay! despierta, despierta, alza la frente,
Recobra tu dominio y tu poder,
Sacude esa inaccion, que el Dios Potente
Solo á tí te hizo reina del saber.

Despierta, y en el mundo de la ciencia
Por siempre, ninfa bella, reinarás;
Vuelve á tu brillo antiguo y tu opulencia
Y leyes á los sábios dictarás.....

Pero no... Tu destino se ha fijado,
La primavera tuya ya espiró,
Asi tal vez el cielo lo ha ordenado
Y tu vejez sombría ya llegó.

Y por testigos de pasadas glorias
Quiso esos monumentos conservar,
Amargas y tristísimas memorias
Que suspiros al alma hacen soltar.
Y este vetusto y delicioso rio
Que hoy solo lame de un escombro el pie,
Y quizá de tu inmenso poderio
Compañero algun dia y guarda fué.
Rio apacible cuya vega umbrosa
De céspedes oyó tierna cancion,
Y de la lira de Felicia hermosa
Melancólica y dulce vibracion.
Y de Torre la grata melodía
Cuando lloraba su perdido abril,
Las trovas de Gonzalo y de Megía
Y los romances de pöetas mil.
Ledas orillas de recuerdos llenas,
Tambien mi juventud aqui pasé,
Tambien preciosas márgenes mis penas
A tus tranquilas selvas confié.
Y én la edad de las bellas ilusiones
Tu historia misteriosa oí contar,
Verdaderas ó falsas tradiciones
Que nunca de mi mente han de marchar.

Aqui de la redoma del encanto
Prodigios escuché y cuentos sin fin,
Y contemplé con infantil espanto
La caverna del mago Clemesin.
Aquí de la hechicera Celestina
Y del célebre Negro encantador
Una leyenda ví muy peregrina
Con mezcla de placer y de terror.
Y tambien escuché el drama sangriento
De aquella larga lucha tan fatal
Que solo apaciguar pudo un portento
Con su presencia hermosa y celestial.
Y de este Santo la famosa vida
Con todos sus milagros y su fé.....
¡Ay edad venturosa! ¡Edad querida!
¡Con qué velocidad por tí cruzé!
Horas risueñas de inocencia y calma
¿Por qué fuisteis tan breves para mí?
¿Qué hiciste, infancia, de la paz del alma
Que en dichosos momentos gocé aquí?
Cuando al murmullo de estas mansas olas
Se alegraba mi tierno corazon.....
¡Ah!... entonces, entonces á mis solas
Un mundo vía lleno de ilusion.

Un mundo de placeres y venturas
Que alcanzar yo queria con afan,
Poblado por divinas criaturas
No por la raza mísera de Adan.
Paraiso bendito en que miraba
Bienes sin cuento sobre mí caer,
Y medio delirante ambicionaba
Mil tronos y mil cetros poseer.
Entonces, Salamanca, á tí te hacia
Un pueblo de delicias y de amor,
Que en diamantes sus calles envolvia
Y de toda la tierra era señor.
Pero ¡ay! el porvenir rasgó su velo,
Se dejó ver la triste realidad,
Y un valle de dolor y desconsuelo
Mostróme al punto su horrorosa faz.
Y aquellos sueños de oro se marcharon
Como marchaste tú á la senectud,
Cuál tus dias de brillo asi volaron
Y con ellos tambien mi juventud.
Mas ¡ah Ciudad anciana! Tu valía
Quizás recobrarás alguna vez;
Mientras yo mi pasada lozanía
Por una tumba trocaré hoy tal vez.

A MAGDALENA.

Letrilla.

Si algo tienes bueno
Bien poco será.

Que no eres muy guapa
A la vista está,
Tu cara verdosa
Como el cordoban
Es la viva imágen
Del fiero Satán.
Si algo tienes bueno
Bien poco será.

Como siempre al suelo
Contemplando vás

Como los novicios
De la Trinidad,
Temo que algun dia
Té has de jorobar.
Si algo tienes bueno
Bien poco será.

Tambien es chocante
Tu horrendo mirar,
Tu garbo, tu talle,
Tu modo de andar;
En todo hija mia
Eres singular.
Si algo tienes bueno
Bien poco será.

Tu aguzado hocico
Indicando está
Que en dulces y pasas
Gastas el caudal:
Que eres muy golosa
No puedes negar.
Si algo tienes bueno
Bien poco será.

Siempre que te veo
Te sueles quejar
De males sin cuento,
Mas para zampar
Tanto como un lobo
Nunca mala estás.
Si algo tienes bueno,
Bien poco será.

Dicen que la envidia
Te impide engordar;
Que eres orgullosa,
Taimada, mordáz,
Que tu lengua abrasa
Como el alquitran:
Si algo tienes bueno
Bien poco será.

Tambien se murmura
Que tiempos atrás
Tuvistes amores
Con un Colegial,
Cuyo resultado.....
Tu allá lo sabrás.

TAYLOR INST. - OXFORD

Si algo tienes bueno
Bien poco será.
¿Y con tales prendas
Pudiste engañar?
¡Ay! la causa de esto
Bien patente está.....
Porque tu marido
Será un pobre Juan.
Nada tienes bueno,
Esta es la verdad.

EPIGRAMA.

Con muchísima atencion
Cierto jóven contemplaba
A una niña que asomaba
Su horrible cara al balcon.
Púsose ella hecha unas ascuas
Creyéndole ya su amante,
Y por lo bajo el tunante
La dió el nombre de las pascuas.

FABULA.

LA NIÑA Y LA HORMIGA.

En una famosa feria
Compró á Cesarea su madre
Una moña muy bonita
Que la costó veinte reales.
La Niña llena de gozo
Va á enseñársela á su padre,
Dá con ella dos mil brincos,
La saca en triunfo á la calle,
La pone hermosos vestidos,
Sombreros, flores y chales,
No sabe donde meterla
Para que no se la manche,
Y no la suelta un momento
Por mañana ni por tarde.
Pero como los chiquillos
Nunca han sido muy constantes

Al otro dia la deja
Cual un ente despreciable
Tirada por los rincones
De los pátios y portales.
Una Hormiga, ya con canas,
Matrona muy sábia y grave,
Al contemplar el estado
Tan triste y tan miserable
De aquel mueble que habia sido
Objeto de obsequios tales
Que en el mundo de las moñas
Hizo un papel importante,
Cuenta la historia que dijo
Con muchísimo donaire:
»La misma suerte que tú
»Han tenido mil magnates,
»Ayer ídolos del pueblo
»Y hoy seres abominables
»Despreciados y escupidos
»Por sus antiguos amantes.
»Porque á los niños imitan
»Algunas veces los grandes,
»Y tambien como ellos son
»Caprichosos y mudables."

INÉS DE JERUSALEN.

CANCION.

Huid, huid cruzados
De la venganza mia,
Yo soy aquella impía
Que el Cielo abandonó.
Que tiemblen á mi vista
Los reyes de Occidente,
Yo soy la que en Oriente
Su sangre derramó.

La frente de laureles
Ciñóme la fortuna,
El trono fue mi cuna
Para reinar nací.
Pero ¡ay! por un infiel

De Cristo he renegado,
A Adhel he idolatrado
Y todo lo perdí.

Si al menos el perjuro
A su Inés adorara....
Si al menos escuchara
Mi llanto y mi dolor....
Mas no que esa Cristiana
De mágica hermosura
Me roba su ternura
Me priva de su amor.

Altiva Nazarena
¿Qué sirven tus encantos
Y tu Dios y tus Santos
Si yo soy tu rival?
¿Si tengo de arrancarte
Tu mísera existencia
Con bárbara inclemencia
Con júbilo infernal?....

No temo al cielo airado,
No temo ya al Eterno

Ni temo al mismo infierno
En mi pena cruel.
Perezca el mundo todo,
Sepúltelo el abismo;
Mas goce yo allí mismo
En brazos de mi Adhél.

EPIGRAMA.

Preguntando muy formal
Un Cadete cierto dia
Que libros estudiaria
Para ser buen oficial,
Respondióle un Subteniente:
Lee versos y novelas,
Comedias y vagatelas
Y serás sobresaliente.

FABULA.

LA COCINERA Y LA GATA.

Su pañuelo mas nuevo y de mas lujo
Un dia en el hogar Rosa dejó,
Y á ceniza al instante le redujo
Una chispa que el fuego despidió.
Patea la indolente cocinera,
Llora y se desespera
Al ver que aquella prenda se ha perdido
Por flogedad tan solo y por descuido.
Una gata, persona de esperiencia
Y de mucho talento y gran prudencia,
Levantándose entonces de la silla
De repente compuso esta quintilla:
»Asi el hombre al corazon
»Deja saltar descuidado
»La chispa de una pasion,
»Y cuando oye á la razon
»Ya es tarde, ya está abrasado."

JESUCRISTO.

Poema en cuatro cantos.

INTRODUCCION.

Mientras las glorias otros vates cantan
Del bárbaro y cruel conquistador,
Yo entusiasmado pulsaré mi lira
Y el sacrificio cantaré de un Dios.
Cantaré la venida de aquel Justo
Que la tierra llenó de bendicion,
Y á las razas proscriptas de los hombres
Un cielo que perdieran les volvió.
La venida del hijo del Eterno
A este valle del llanto y del dolor
Do le esperaba con anhelo un pueblo
Y despues al cadalso le envió.
Historia Santa que en sublimes versos
Debiera celebrar otro cantor;
Mas hoy ningun acento el aire hiere
Y por esto el silencio rómpo yo.

CANTO I.

EL NACIMIENTO.

Ya el Oriente veía derribado
El trono de Judá;
Toda, toda divina profecía
Cumplida estaba ya.
Y el judío orgulloso
Esperaba un Mesías poderoso
Que á la soberbia Roma humillaría
Y el imperio del mundo á él le daría.
Y vino *el deseado de las gentes*,
Pero pobre nació;
El primer beso de su vírgen madre
En un triste pesebre recibió.
Que la Suma Grandeza
Quiso que la pobreza
Su hijo celestial santificára
Para que el hombre siempre la adorára.

Llega la noche, y de Belén el muro
Se cubre de repente
De una luz que despide blanca nube
Y asáz resplandeciente.....
Era un ángel que al cielo se elevaba
Y en el aire esclamaba
Con acento divino
«El Salvador, el Salvador ya vino.»
¡El Salvador! repite en el Empíreo
La voz de los arcángeles;
Y se alegra el gran Dios Omnipotente,
Cantan los serafines y los ángeles,
Y los justos varones
Escuchan desde el limbo estas canciones,
Y alaban al Eterno;
Y tiembla de furor todo el infierno.
¡El Salvador! un eco murmuraba
En paises lejanos;
Y despiertan y dejan sus palacios
Tres grandes soberanos.
Y siguen al instante
A una estrella brillante
Que hasta el sagrado establo les guió,
Y luego de su vista se fugó.

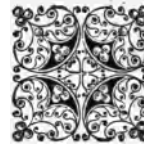
Allí estaba la Vírgen rodeada
De pastores sencillos
Que traian al hijo del Altísimo
Frutas y corderillos.
Y los reyes entraron,
Y al infante adoraron,
Y despues que homenaje le rindieron,
Incienso, mirra y oro le ofrecieron.

Sabe el tirano Herodes que ha nacido
El Rey de los Judíos;
Y persuadido de que pierde el cetro
Convoca á los Pontífices impíos.
Y consejo les pide,
Y por fin se decide
Que degüellen los niños de Belén
Para que muera el Redentor tambien.

Pero antes de firmar este decreto
El tigre coronado,
De la region etérea se desprende
Un espíritu alado.
Y á la sacra familia cubre un velo,
Y luego desparece de aquel suelo
Entre las sombras de una noche oscura,
Y queda en el Egipto ya segura.

A tiernas criaturas sacrifican,
Se horroriza el Señor,
Y lanza al despiadado y fiero Herodes
Su rayo vengador.
Y el príncipe inhumano
Es presa de un gusano
Que le vá devorando lentamente
Y al sepulcro le lleva finalmente.
Vuelve entonces María á Palestina
Con su esposo querido,
Y en brazos de los dos camina siempre
El Cristo prometido;
El hermoso Jesus que este era el nombre
Que al niño Dios y hombre
Ya se le habia dado
Cuando en Judea fue circuncidado.
Fijan en Nazaret el domicilio;
José abre su taller,
Y quiere el sapientísimo Mesías
El oficio aprender.
Y á labrar la madera
Entonces dedicó su vida entera,
Y asi oculto vivió
Hasta que treinta primaveras vió.

En la infancia una vez solo le plugo
Manifestar su gran sabiduría:
Los padres en Sion le habian perdido,
Doce años no tenia,
Y en el templo le hallaron
Y admirados quedaron
Viendo que con doctores disputaba,
Y á todos confundidos les dejaba.



CANTO II.

LA PREDICACION.

»Levántate del polvo, Jesucristo,
Suelta el cepillo y la cortante sierra,
Y derrama las luces por la tierra
Que el tiempo ya llegó de tu mision.
Abre al triste mortal el paraiso,
Lleva paz y ventura á las naciones,
Y enseña á sujetar esas pasiones
Que rasgan el humano corazon."
Asi le dice Jehová divino
Desde un planeta que el espacio cruza;
Y Jesus obediente
Al mandato eternal del Dios Potente
Toma de los desiertos el camino.
Se encuentra una mañana deliciosa
A orillas del Jordán,
Y en sus puras corrientes le bautiza

El precursor San Juan:
Y en el mismo momento
Se ilumina el inmenso firmamento,
Traspasa el Santo Espíritu las nubes
Y desciende rodeado de querubes.
»Tú eres, esclama, el Cristo deseado,
Y el verdadero Redentor del mundo,
Y eres, en fin, mi hijo idolatrado."
El vuelo remontó á la alta region,
El Mesías comienza á predicar,
Su voz sonora en campos y ciudades
Se deja ya escuchar.
Sus palabras divinas,
La grande novedad de sus doctrinas,
Su mágica elocuencia,
Su magestúosa y celestial presencia,
Su rostro venerable
Y á la par bondadoso,
Y espresivo y hermoso,
Y cual ninguno amable,
Su compuesta y sencilla vestidura,
Su mirar apacible, su dulzura,
Todo, todo entusiasma á aquella gente
Y le siguen mil pueblos del Oriente.

Señor le llama de la tierra entera
El crecido tropel;
Y pretende elevarle con empeño
Al solio de Israel.
Mas Jesus en un tono de consuelo
Les dice, que su reino está en el cielo,
Y manda que respeten á las leyes
Y á magistrados, príncipes y reyes.
Les ruega luego que á las casas vuelvan
A cumplir sus deberes;
Y obedecen y besan su ropage
Jóvenes, viejos, niños y mugeres,
Y acompañado solo de doce hombres,
De pobres cunas y de oscuros nombres,
Da salud al enfermo y vida al muerto,
Y despues va á ocultarse en el desierto.
Corre la fama ya de sus milagros
Mas allá de los mares;
Los habitantes de remotos climas
Por seguirle abandonan sus hogares.
Y el sacerdocio hebreo
Temiendo al Galileo
Buscaba con anhelo un medio honroso
De dar muerte á aquel hombre portentoso.

Pero él mismo á las manos se les viene,
Jerusalén le ha visto;
La poblacion entera al punto sale
A recibir á Cristo.
Y entre ramos de palmas y de olivo
Camina por las calles el Dios vivo,
Y Salvador le llaman;
Y por rey de Israel todos le aclaman.
Sus enemigos de corage tiemblan
Con tan triunfante entrada,
Y quisieran mirar el mismo dia
La víctima inmolada.
Y á un apostol seducen,
A sus propios palacios le conducen,
Y le compran allí muy fácilmente,
Treinta siclos de plata solamente.
Ya sabe que su muerte se aproxima
El Divino Mesías;
Sí, lo sabe: un arcángel le ha anunciado
Que se van á cumplir las profecías.
Y como hombre estremécese de espanto,
Y lleno de quebranto
A todos sus discípulos reune,
Les dá la última cena,

Allí su santa voz solo resuena,
Allí á discursos tristes tambien une
Palabras de consuelo,
Pues les habla del cielo
Con notable alegría,
Y de la Eucaristía
Instituye el grandioso sacramento,
Y fija de la Iglesia el fundamento.
Marcha despues al monte de la oliva,
Se pone en oracion,
Un nuncio del Empíreo le revela
Su horrorosa pasion.
Y Jesus se aflige,
Y cuando ya resignacion tenia,
Al frente de una turba Judas llega
Y al poder del Pontífice le entrega.

CANTO III.

EL SACRIFICIO.

¡Vedle! ¡vedle, allí está! su pueblo amado
Preso le lleva cual si un reo fuera;
El mismo pueblo del Señor mimado
Grita con rabia que su hijo muera.
El mismo pueblo que con gran contento
A las puertas le espera y le bendice,
Ahora de su sangre está sediento
Y lleno de coraje le maldice.
No, no hay piedad: aquella gente impía
Su terrible furor va á descargar;
No escuchan los lamentos de María,
Y al cadalso le quieren arrastrar.
En vano, en vano defender pretende
Su inocencia Pilatos, nada alcanza;
Que el fuego de sus pechos mas se enciende,
Y no temen del cielo la venganza.

En vano que le azoten ha mandado
Para ver si su vida salva así;
No, no lo ha conseguido, se ha aumentado
De la chusma el sangriento frenesí.
»Crucificale, esclaman, crucifica
A ese falso profeta, á ese impostor
Que alborota las plazas y predica
Que el Mesías él es, y el Salvador."
Y le condena al fin el débil Juez
Aunque no ignora que inocente está;
Porque si quiere resistir tal vez
Aquel rico Gobierno perderá.
Y Jesus y Jesus es escupido,
Y arrastrado tambien, y no se queja,
Bofetadas le dán y ni un gemido
Tan sola de su boca escapar deja.
Y la víctima santa es maltratada
Por cruel y asquerosa multitud;
Su frente con espinas desgarrada,
Agoviado su cuerpo con la cruz.
¡Ay! sin fuerzas ya cae y sin aliento
Bajo el peso del fúnebre madero;
La Vírgen le halla en tan fatal momento
Y al aire lanza un aye lastimero.

Corre á abrazar á aquel hijo querido;
Su llanto las entrañas despedaza;
Mas el vil populacho enfurecido
Sin compasion ninguna la rechaza.
Sin compasion al Gólgota le llevan
Por las calles que en triunfo recorrió;
Y al horrible patíbulo le elevan,
Y allí crucificado, en fin, quedó.
Crucificado, sí, crucificado
Como el mas criminal de los mortales.....
¡Ah!... ¡Escuchad! ¡Escuchad!... ¡Ha retumbado
El trueno en las mansiones celestiales!.....
¡Y la bóveda azul se halla enlutada!.....
¡Y toda la montaña oscurecida!.....
Es la Divinidad que está irritada
Y maldice á ese pueblo deicida.
»Huye, raza proterva, huye: el infierno
Solamente acogida te ha de dar;
Será tu patrimonio un tizne eterno,
Te verás en la tierra sin hogar."
Pero el hebreo empedernido, sigue
Descargando su ira en el Señor;
Hasta el último instante le persigue,
Nunca, nunca se aplaca su furor.

Si eres hijo de Dios sálvate ahora,
Le dicen muy gozosos los impíos;
Líbrate de la muerte aterradora
Y entonces serás rey de los Judíos.
Y el Justo entre congojas y dolores
Dirije al Ser Supremo esta plegaria:
»Mitiga, padre mio, tus rigores,
Da perdon á esa gente sanguinaria."
Y vuelve á estremecerse el firmamento
Al sonido del trueno pavoroso;
Atraviesan mil rayos por el viento
Y se eclipsa el planeta luminoso.
Y los muertos se mueven en la tumba,
Y se rasga del Templo el santo velo,
Y el huracán enfurecido zumba,
Y los ángeles lloran en el cielo.
Y sale el mundo todo de su quicio,
Y brama con horror la inmensa mar.....
¡Ay! Ya está consumado el sacrificio,
Acaba Jesucristo de espirar.....
. . . . . .
. . . . . .

CANTO IV.

LA RESURRECCION.

»Salve, Santos varones, salve: el cielo
Ya sus puertas eternas os abrió;
Alegraos, el hijo del Altísimo
La gloria conquistó,
Alegraos; él viene á estas regiones
Derramando sus divas bendiciones,
Y al Empíreo elevado os llevará
Do os espera el Potente Jehová.»
Así cantaba el ángel Uldalino
En la oscura morada,
Donde los Justos esperado habian
De Cristo la llegada.
Y ven al fin su rostro magestuoso
Rodeado de un brillo esplendoroso;
Y mil himnos entonan,
Y al placer mas completo se abandonan.

Ya en el seno de Abraham está el Mesías
Abrazando á los bienaventurados,
Cual un padre amoroso que acaricia
A sus hijos amados.
La noche desparece,
Un bello y claro dia allí aparece,
Y remontan el vuelo
Aquellas almas puras hácia el Cielo.
Tiembla Jerusalen; un terremoto
Sus torres agitó;
No hay sombras ya, y el horizonte entero
De luces se cubrió.
El Astro rutilante
Nunca estuvo en la tierra mas brillante,
De las estrellas el fulgor se via
Y la luna tambien resplandecia.
Todo era prodigioso: la natura
Traspasaba sus leyes,
Que así desde el Etério lo ordenara
El gran Rey de los Reyes.
Serafines hermosos y querubes
Cruzaban por las nubes,
Y al frente de aquel coro tan divino
Bajaba al mundo el ángel Uldalino.

Se encamina á la tumba solitaria
Do estaba sepultado el Salvador,
Alza la piedra con sus blancas manos,
Resucita el Señor;
Y en el mismo momento
Le rodean arcángeles sin cuento,
Y un resplandor tan grande despedian
Que los rayos del Sol oscurecian.
Huyen despavoridos los soldados
Que el sepulcro guardaban;
Y la resurreccion del Nazareno
Por calles y por plazas publicaban.
Lo oyen los sacerdotes, y temiendo
Que vayan la noticia difundiendo,
Los mandan recoger,
Y los hacen con oro enmudecer.
Quieren embalsamar el santo cuerpo
Tres mugeres piadosas;
Y hallan la sepultura sin cadáver,
Y quitadas las losas,
Y las dice Uldalino:
»Tomad, hijas, tomad vuestro camino,
Que ya ha resucitado,
No necesita ser embalsamado."

Llenas de admiracion, á los Apóstoles
Les cuentan lo que han visto;
No las creen, y entonces se presenta
El mismo Jesucristo.
Y allí todos se humillan,
A sus pies se arrodillan,
Y en nombre del gran Dios Omnipotente
Jesus bendice á aquella buena gente.
Les manda que discurran por el globo
Y estiendan su doctrina;
Que á los samaritanos y gentiles
Lleven tambien la religion divina.
Les dice que el mortal que en él no crea
Eternamente maldecido sea,
Y que aquel que le siga en este suelo
Un asiento tendrá en el alto cielo.
Al monte de la Oliva se dirige
A los cuarenta dias,
Y en presencia de sus caros discípulos
Se eleva por las nubes el Mesías.
Dos ángeles hermosos le llevaban,
Y en el aire cantaban:
Aquí al fin de los siglos volverá
Y á todos los humanos juzgará.

KALMINDA

ó

LA TORRE NEGRA.

POEMA EN PROSA.

14

A LAS SEÑORAS LECTORAS.

Al presentaros, hijas mias, este poemita (le he llamado asi por uno de aquellos caprichos que solemos tener los frailes) os ruego que le trateis con toda esa indulgencia propia solo de vosotras. Como una de mis primeras producciones y escrita en una edad demasiado tierna, precisamente ha de tener grandes defectos, y por este motivo habia determinado no publicarlo; pero todos mis amigos me aconsejaron que le prefiriese á otro en verso que les leí, y yo asaz condescendiente no pude menos de obedecerles.

Las razones en que se fundaron para darme este consejo fueron: que la prosa os agradaba mas á vosotras que el verso, y que la Kalminda, con su enredoso argumento, sus misterios y apariciones es muy seme-

jante á esas novelitas que tanto os deleitan. Yo que no deseaba otra cosa mas que complaceros, y que ví tan bonita ocasion de conseguirlo, no quise dejarla marchar y resolví daros este poema solamente para vosotras.

Sí: solamente para vosotras, carísimas hermanitas, y en vano me vendrán esos severazos hombrotes criticando el estilo y el lenguage, diciendo si es poema ó no lo es, y si el argentado planeta está habitado ó no lo está. Nada les importa. Que censuren todo lo demás; pero nunca á la Torre Negra porque no la he escrito para ellos. Vosotras que sois la misma bondad y la misma indulgencia la recibireis con cariño; buscareis el término de los infortunios de la jóven Kalminda y no las reglas del arte; y creereis que la Luna, que es donde ella vivió, tiene habitantes de carne y hueso como nosotros; y esto únicamente porque lo dice este amable padre

Fr. Polipodio.

INTRODUCCION.

Desde tiempo inmemorial tenian en la República de Krasonia como un precepto divino celebrar todos los años el Gran Sacrificio. En este dia aquellos bárbaros montañeses manifestaban su feróz inhumanidad quemando en los templos á los Tesarjones que arrebataban de los llanos, para vengar las injurias que recibieron los dioses cuando la Tesarjonia pretendió dominar en la Montaña. La funcion se hacia con un aparato sorprendente; las calles se adornaban con ricos tapices; el gran Orí ó presidente en un precioso carro de plata salia ostentando toda su grandeza y poderio; iba precedido de la nobleza y los mas valientes guerreros; le seguia un grande número de esclavos que llevaban tras de sí una colosal carroza con setenta y cinco torres que representaban los

reinos Tesarjones, y en medio las víctimas con manto real y corona que figuraban los reyes. Acompañados de todo el pueblo entraban en el templo, donde los Sacerdotes recibian con mucha reverencia la infernal comitiva. Se comenzaba la ceremonia abriendo una vena á cada Tesarjon, recibian la sangre en ricos vasos de oro, la mezclaban con el sagrado licor y la daban á beber á Orí y á todos los ancianos. Cerradas las heridas conducian á los desgraciados á la pira fatal y sus dolorosos gemidos se confundian con los gritos y algazara de los fieros republicanos. Terminado el Sacrificio recogian las cenizas en una caja de poco valor, la arrastraban desde el templo hasta una selva y la depositaban en un tosco sepulcro, colocando en él esta pomposa inscripcion:

»Sucumbió aquí Tesarjonia
»Al poder de la Krasonia.»

CANTO PRIMERO.

ARGUMENTO.

Una horda de Krasones roba á la Estrangera y á su hija. La primera es sacrificada en el templo de los falsos Dioses. Kalminda visita á la noche siguiente el sepulcro de su madre. Se aparece en la selva de los muertos un personage misterioso. La hija de la Estrangera marcha á Karém.

Era una tarde deliciosa de verano, todo el pueblo de Sekryn se hallaba reunido, y la alegría mas pura se veia retratada en los semblantes. Graciosas danzas comienzan á animar aquella sociedad dichosa, el eco de la vecina montaña estiende por los aires los dulcísimos acentos de las vírgenes de la al-

dea, y viejos y jóvenes, ricos y pobres todos se entregan al mayor regocijo. Solo dos personas no tomaban parte en aquella campestre diversion. Eran la Estrangera y su hija. La misteriosa Estrangera que hacia doce años que habitaba en Sekryn y nunca se habia presentado mas que en las funciones religiosas y en las casas de los desgraciados que sostenia con sus limosnas; aquella tarde se internaba en los corros de los aldeanos y contemplaba con algun interés sus rústicos bailes. Alta y hermosa como las estatuas del Templo, inspiraba lo mismo que ellas grande respeto á los habitantes del campo; y la tierna Kalminda, tan amable y bella como su madre, no era menos querida que ella por todo el pueblo. Las dos estuvieron largo rato entre aquellas buenas gentes, y despues se dirigieron hácia la falda de la funesta montaña. Seguian los aldeanos en su inocente soláz cuando oyen grandes gritos; vuelven la vista hácia el parage de donde salian y ven llenos de horror que una horda de Krasones llevaban robadas á la Estran-

gera y á su jóven compañera. Se alarma la comarca para librar á sus bienhechoras; pero todos los esfuerzos son ya vanos. Los montañeses con la velocidad del rayo habian trepado por las peñas y desaparecieron. Iban las desgraciadas privadas de conocimiento, pero inmediatamente que llegan á la República las prodigan toda clase de socorros para que recobren los sentidos; vuelven en sí y son conducidas al salon del gran Consejo. Allí estaba el Orí en un elevado trono y rodeado de los ancianos en trage talar. Al entrar la Estrangera fija la vista en el Presidente y retrocede como espantada; pero se serena despues, se presenta con aire magestuoso, y advirtiendo que su hija permanecia aún cubierta con el velo, la dice:

—Descúbrete, Kalminda; solo el criminal es el que teme las miradas de sus semejantes. Nosotras podemos mostrar nuestra frente á la faz del mundo entero sin ruborizarnos. No tenemos mas delito en este pais que haber nacido en Tesarjonia.

La inocente Kalminda no la oia; se habia

apoyado en la puerta y estaba desmayada. Se acerca su madre, la quita el espeso cendal, y viéndola en aquel estado la estrecha entre sus brazos y hace mil demostraciones de desesperacion. ¡Que escena tan dolorosa! Aquellos crueles Krasones, aquellos hombres feroces, que con grande insensibilidad habian presenciado el horrible fin de tantas víctimas se enternecen ahora. Uno de ellos habla fuerte y enérgicamente en favor de las desdichadas; alega que las mugeres no habian enojado á los Dioses, porque ninguna habia penetrado en la República; que sus maridos fueron los que intentaron conquistarla, y que la historia no traia el nombre de ninguna hembra en la lista de los quemados. Estas razones convencen á todos, y las inocentes van á ponerse en libertad: pero el Orí levantándose furioso de su asiento, prorrumpe en estas espresiones:

—No, hijos de la Montaña; no puedo consentir que se hollen asi las leyes divinas de nuestra religion. Una de ellas nos manda que todos los Tesarjones sean conducidos á la pira.

Esta voz tesarjon abraza á los dos sexos. Yo soy el encargado por los Dioses de hacer ejecutar sus mandatos, y mi voluntad suprema es.... que sean sacrificadas.

Enmudece el Consejo, y las últimas palabras del Presidente, retumban en los oidos de la Estrangera y la hacen despetar de una especie de letargo en que la pena la abismára. Animada entonces por un valor varonil se adelanta hasta el centro del salon, y dirigiéndose al Orí, esclama:

—Monstruo de inhumanidad; esa misma ley que dices que á mi me condena caiga sobre tu cabeza. Hora es ya de que terminen tan enormes crímenes. Respetable Consejo, habitantes de la Montaña, sabed todos que el Orí que teneis es Tesarjon; es el que hace algunos años derrotó vuestras tropas en la Kirsaza; el que pasó á cuchillo y entregó á las llamas vuestros hermanos de Tankila; y es, finalmente, el malvado Carmhán VIII Rey de Tricám.

—Faltas á la verdad, replica débilmente el Gefe de los Krasones que estaba como fuera de sí; yo he nacido en Krasonia

—No es cierto, contesta ella; desnuda tus brazos y veremos estampado en el derecho el escudo con que se distinguen las familas reales de Tesarjonia y otro en el izquierdo que por equivocacion te empezaron á hacer.

El Orí ya estaba sin conocimiento. Los ancianos admirados de lo que acababan de oir se miran unos á otros, como para preguntarse lo que han de hacer. Se levantan, le reconocen, y convencidos de que es Carmhán le despojan de las insignias reales y mandan conducirle á la prision para ser el dia siguiente sacrificado. Se comienza de nuevo la contienda sobre el destino de las Misteriosas; pero desgraciadamente los mismos que habian desplegado toda su elocuencia para que fueran absueltas, la emplean ahora en contrario porque son ciegos partidarios del Presidente y se han indignado al verse en la precision de condenarle. La madre y la hija fueron sentenciadas á la pira, y esta noticia llena de alegría á aquellas sanguinarias fieras.

Mientras se preparaba todo para el hor-

rendo espectáculo, las desgraciadas Tesarjonas estaban encerradas en una lóbrega mazmorra. Kalminda abrazada á su madre la decia:

—¿Pero es posible que he de morir sin saber vuestro nombre? ¿sin saber el de mi padre?..... ¿He de dejar de existir ignorando á quién debo el ser?..... ¡Ah! siempre que os lo he preguntado tan solo me habeis contestado con lágrimas.

—¡Ay hija mia! replica la Estrangera; inútil te es ya saber los títulos de tu familia. La mia es ilustre, me llamo Thila; tu padre ocupaba un puesto muy elevado en la córte de Karém; su nombre..... no puedo pronunciarlo sin estremecerme. El ha sido la causa de nuestros infortunios.

—¿Vive? pregunta Kalminda.

Iba su madre á contestarla cuando se abre la puerta de la prision y se presenta un hombre alto y descarnado, envuelto en un manto negro y con una luz opaca en la mano. Creen que vienen ya á buscarlas para conducirlas al templo, y echándose una en

los brazos de la otra esclaman aterradas:

—¡Es ya la hora del cruento sacrificio! ¡Piedad, oh Dios de Tesarjonia!

—No, dice bruscamente el desconocido; faltan aun diez horas. Mi venida tiene otro objeto bien diferente. Un personage muy poderoso en este pais se ha compadecido de Kalminda y ha conseguido sobornar á la guardia para que la dejen en libertad. Seguidme, niña. Restan muy pocos momentos de noche y es preciso aprovecharlos. Están bien tomadas todas las precauciones y podeis llegar al primer pueblo de Tesarjonia sin que tengais nada que temer.

—¿Y mi madre? pregunta la jóven.

—Vuestra madre sufrirá todo el rigor de su destino. Los Dioses no quieren salvarla. Morirá en la hoguera sagrada.

—¡Morirá en la hoguera! ¡Morirá en la hoguera! ¡¡¡Qué horror!!!... ¡Ay! yo tambien. Quiero seguir la misma suerte; quiero tambien morir. Marchad, marchad y decid á ese hombre compasivo que agradezco ese inestimable servicio que se digna hacerme,

pero que nunca le admitiré no estendiéndose á la autora de mis dias. Solamente con ella he de salir de este sitio aunque sea para el suplicio.

—Habeis perdido el juicio, jóven. No sabeis todavia lo preciosa que es la existencia de una muger tan bella como vos.

—Mas preciosa es la de mi madre ¡Ah! Salvadla, salvadla y yo caminaré gustosa á la pira fatal bendiciendo antes vuestro nombre.

—¡Pobre niña! murmura por lo bajo el montañes. Vamos está visto que no sabe apreciar la vida.

—Aprecia mas la de su madre, contesta ésta. ¡Ay hija mia! ¡Generosa Kalminda! Vive, vive para vengar mi muerte. No desprecies este inmenso beneficio que te ofrece ese buen republicano; recibe mi último adios y huye de la montaña.

—Perdonad, madre mia, si no os obedezco. El separarme de vos será para mi mas doloroso que todos los tormentos que vamos á sufrir. Quiero que una misma losa cubra las cenizas de las dos.

—No, amada hija. Yo descenderé muy contenta á la tumba si quedas tú para vengarme. Vive, vive; te lo suplico por nuestra divinidad y te lo mando; soy tu madre y tengo algun derecho para exigirte la obediencia.

Y sacando un legajo del pecho, se lo entrega y prosigue en estos términos:

—Marcha á Karém, pregunta allí por el Duque Narshino y presentale estos papeles. El será tu protector y acaso te pondrá en posesion de los bienes de tus abuelos. Ven Kalminda; estrechame en tus brazos por la vez postrera é imprime en tu corazon las últimas palabras de la madre mas tierna y afectuosa..... Hija mia, ignoras hasta ahora tu calidad y tu linage: este es un secreto que te confiará mas adelante el Duque Narshino: su probidad me hace concebir la lisongera idea de que será tu amparo. Ignoras tambien lo que es el mundo con todos sus placeres y sinsabores; criada entre sencillos y poco instruidos aldeanos no sabes lo que es el corazon humano, y demasiado jóven

todavía, en esa edad en que se forman las mas brillantes ilusiones, quizá ves abrirse ante tí un porvenir de delicias y venturas. Pero ¡ay! tu cruzarás bien pronto por esa época dichosa de la vida y te encontrarás tan solamente con un amargo desengaño. Yo tambien fuí jóven como tú y tuve unos sueños muy gratos; mas estos huyeron á la vista de la triste esperiencia, y me hallé mas desdichada que antes. ¡Ah! no permita el Eterno Espíritu que tus breves dias sean tan borrascosos como han sido los de tu madre. En mí pueden contemplar el retrato mas perfecto de la existencia del hombre. Desde el templo de la Felicidad, pasé al abismo tenebroso de las desgracias; desde una mansion de paz, á un campo de guerra sangrienta.... pero olvida, olvida todo esto: tén solo presente que la virtud es la mayor de todas las dignidades, y que prohibo solemnemente que dispongas de tu mano hasta que lleves los mismos títulos que tus padres; hay pocas personas en la Luna que merezcan el nombre de esposo tuyo. Dame tambien pa-

labra de odiar eternamente á *Sicolina de Olinkir;* ya sabrás en aquella ciudad quien es, y si vive, hasta tanto que no tiñas mi tumba con su sangre, mi alma vagará en torno de tí..... mas no, no: la perdono. Voi á morir, tal vez por ella; si, ella fué la que asesinó á mi hijo; ella la que me despojó de mi grandeza; pero la perdono, si: de todo corazon, Dios mio; así me perdones tú á mí..... mas es ya tarde, basta; va á amanecer; sálvate Kalminda; no pierdas tiempo. Adios.....

La afligida niña abrazada de su madre la inundaba en lágrimas y no queria desasirse de ella; pero viendo el desconocido algunos rayos de luz al través de las rejas de la prision esclama: —Es de dia. Y arrebatando á Kalminda del seno de la Estrangera, huye precipitadamente con su presa.

La infortunada Thila queda privada del sentido, y cuando vuelve en sí, ya se ve rodeada de los impíos republicanos que la han de conducir al sacrificio. Sube con admirable serenidad al funesto carro, y en vano

busca en él al infame Carmhán; no está allí, y ella sola es la víctima. Llega al templo infernal, y entonces ya la falta el valor. A la presencia de aquellas furias que con terribles miradas manifiestan el deseo de beber su sangre; al aspecto aterrador de todo aquel aparato horrible de muerte, y del resplandor espantoso de la llama devoradora, no puede resistir y cae desmayada contra el pavimento. Pero bien pronto el calor de la hoguera sagrada la hace abrir los ojos, recuerda en aquel momento que hay un Dios y una Eternidad, y en su semblante aparece la alegría de los espíritus celestes. Mas ¡ay! esta resignacion sobre humana dura muy poco; el fuego voraz ya va á consumir su vida, ya está espirando, y entonces haciendo un grande esfuerzo, clava la vista en el firmamento, junta las manos y grita desesperada: —¡¡¡Venganza!!!

Una voz dolorosa que sale del centro del edificio pronuncia al mismo tiempo ¡¡¡Venganza!!! y uno y otro acento son repetidos por el eco de las bóvedas y vienen á per-

derse entre los fúnebres cánticos del sacerdocio idólatra. Los despojos de la Tesarjona fueron arrastrados por las calles y quedaron al fin en reposo en la selva de los muertos.

La noche habia desplegado ya su inmenso velo sobre los habitantes de la montaña; la tempestad retumbaba en las concavidades de los peñascos, y en el campo de los sepulcros reinaba un terroroso silencio. Allí solo se oia el monótono murmullo de las aguas de una fuente, el graznido triste de las aves nocturnas y el susurro que de cuando en cuando formaban las hojas de los árboles agitadas por el viento. A la luz que despedian los relámpagos se dejaban ver las elevadas tumbas que parecian fatídicos genios moradores de aquella mansion espantosa. Al pie de uno de los lúgubres monumentos se movia un vulto negro..... era una jóven hermosa como las flores del valle. Su semblante estaba alterado, sus cabellos descompuestos surcaban por el aire y su vestido se hallaba en el mayor desorden. Permanece largo rato arrodillada delante del sepulcro, y levantán-

dose de repente prorrumpe en estas espresiones:

—Maldecidme, madre mia. Maldecid á la mas delincuente de las hijas; á la cruel Kalminda que no os siguió al inmundo templo de los ídolos y no fue consumida como vos por la llama de la pira..... ¡Ah! ¿Por qué os obedecí? ¿Por qué me dejé arrebatar de vuestro lado en el mismo momento que esta fria losa nos esperaba á las dos? ¿Por qué mi alma no ha volado ya á las regiones del Eter? Yo quiero morir, adorada madre, yo quiero morir.....

—*Niña temeraria é imprudente.* Esclama una voz tremenda. *¿Cómo te atreves á profanar el silencio de los muertos? Huye, huye de la República donde peligra tu vida. Marcha á Tesarjonia y ten presentes los últimos preceptos de tu malhadada madre. ¡Ay de tí si los olvidas!*

Kalminda cree que es la autora de sus dias la que habla y huye aterrorizada. Una figura alta y cubierta con un manto blanco se acerca á la tumba de Thila, dá lastimeros gemidos y desaparece.

Apenas el sol asoma por el horizonte cuando ya la huérfana Kalunda descubre el lugar de su infancia. ¡Que ideas tan tristes la asaltan entonces! Allí habia pasado unos momentos venturosos á la sombra de la mas virtuosa y mas amable de todas las mugeres; pero ¡ay! esta muger amable y virtuosa ya no existia. Al pisar su hija un suelo donde cada objeto la trae á la memoria aquella inapreciable pérdida, experimenta grandes tormentos, y quiere volver atras por no poder soportar tan dolorosos recuerdos. Mas es ya tarde; los aldeanos la han divisado, y en un momento se ve cercada de todo el pueblo que grita lleno de júbilo: »No ha perecido nuestra jóven bienhechora, no ha perecido." La llevan como en triunfo por las calles, y todos desean ser los primeros en preguntarla por su madre. Pero cuando les dice que ha sido sacrificada, la alegría se cambia en un llanto general, y la desvalida huérfana es acariciada hasta el estremo. Los ancianos la abrazan, los jóvenes la besan la mano con mucho respeto,

y hasta los inocentes niños acercan sus vestidos á los labios. A todos muestra Kalminda su agradecimiento con ardientes lágrimas, y despues de responder á innumerables preguntas acerca del trágico fin de la Estrangera se dirige á su casa. Quieren acompañarla, pero manifiesta que desea ir sola y nadie se atreve á disgustarla.

Ya se halla la hija de Thila en la mansion donde pasó su dichosa infancia; mas ¡ay! allí solo se nota una soledad espantosa; allí no ve ya á su tierna madre tendiéndola los brazos al cuello y colmándola de caricias; allí no escucha ya el dulce acento del único ser que hacia su ventura en el mundo. Kalminda la llama á cada puerta que abre, llora, grita y corre como si estuviera frenética por toda la casa. En esta cruel situacion permanece hasta media noche, que conociendo que falta poco tiempo para la partida, empieza á disponer el equipage. Al abrir un cajon donde nunca habia llegado encuentra una buena cantidad de oro, algunas alhajas de bastante valor y un retrato

de su madre cuando podia tener quince á diez y seis años Estaba vestida con magnificencia y era sumamente hermosa. Lo coloca cerca de su corazon, recoge la ropa y el dinero preciso para el viagé, y sale dando lastimeros ayes á la plaza donde la esperaba ya toda la aldea para despedirse de ella. Las mugeres la aprietan mil veces contra su seno; los viejos la echan su bendicion, y todos la llenan de esquisitos manjares y frutas para el camino. La hija de Thila no los quiere admitir porque los juzga necesarios para ellos, ni tampoco el acompañamiento que la han dispuesto, pero nada consigue; los habitantes de Sekryn la obligan á entrar en un sencillo carro adornado con flores, y marcha seguida de una comitiva de veinte hombres armados.

CANTO SEGUNDO.

ARGUMENTO.

Cae Kalminda en poder de los bandidos del desierto. La liberta el mismo personage que se apareció en la selva de las tumbas. Llega á la ciudad de Karém, capital de uno de los setenta y cinco reinos de Tesarjonia. Es bien recibida en el palacio de Narshino y obsequiada por toda la grandeza. La encierran por órden del Duque en la casa de un monte.

¡Cuan conmovida se halla la desventurada huérfana al mirarse tan protegida de aquella buena gente! No sabe como mostrarles su reconocimiento, y solo con abundantes lágrimas dice lo que pasa en su alma. Ya han atravesado el reino de Trikám y

llegan al desierto. Kalminda entonces les ruega que se vuelvan á sus hogares y la dejen ir sola, porque de esta manera solamente pereceria ella si caian en manos de los bandidos; pero los aldeanos contestan que no la han de abandonar hasta verla en Karém, y procuran distraerla para que deseche el miedo. La noche se acerca á pasos agigantados, faltan algunas horas aún para encontrar el primer pueblo, y el temor comienza á asomarse en todos los semblantes. Camina con grande rapidéz el florido carruage, las sombras tambien corren, ya no se distinguen unos á otros, ni tampoco saben por donde van..... se han perdido, y en tan apurado conflicto determinan quedarse allí hasta que amanezca. Largo rato están en vela, y al fin se rinden al sueño. Solo la hija de la Estrangera no duerme, y sentada en el fondo del carro no cesa de tender la vista por el poco terreno que puede divisar. Ya la parece que cuatro bultos se dirigen hácia ella, y en efecto no se equivoca; están casi encima, y un grupo de otros treinta

les siguen. Trémula y asustada Kalminda no acierta á tomar ningun partido, pretende llamar á sus compañeros y la voz se la ahoga en los labios. Los ladrones ya han asaltado el carruage, y á los gritos de la jóven Tesarjona despiertan sus conductores y tratan de defenderla. Pero acude entonces un nuevo peloton que les rodea, les desarma no sin alguna resistencia, les deja atados unos á otros y huye despues muy contento con Kalminda, proclamando que es un esquisito bocado para su Gefe. No habian andado los raptores treinta pasos cuando se acerca un incógnito, saca una luz para que le reconozcan, les manda imperiosamente que pongan en libertad á Kalminda y á su escolta, y los habitantes del desierto obedeciéndole al instante doblan la rodilla ante él y desaparecen.

Nuestros viageros sorprendidos por lo que acaban de ver, y reconocidos á aquel hombre benéfico, le buscan para mostrarle su agradecimiento; pero es en valde, ya no está allí. Kalminda, como si despertára de una

horrorosa pesadilla, mira á todos los lados medio asustada, se queda pensativa, y recordando luego lo que ha pasado, esclama:
—Esta voz ¡Dios mio!... esta voz terrible ¿de quién és?..... ¡Ay! ya la he oido otra vez; sí, es la misma que me habló en la selva de las tumbas. ¡Que horror! ¿Donde estás, fatídica vision? ¿Donde estás?..... ¿Quién eres? ¿Quién eres? Tú me sigues á todas partes; tú parece que quieres ser mi protectora, y sin embargo huyes de mí, yo nunca te veo, y tu acento terroroso me hace estremecer..... ¡Ah! es la sombra de mi desgraciada madre; es su alma que vaga enderredor de mí, y me acusa porque no la seguí al altar del horrendo sacrificio. Sí... huid, huid hijos de Sekryn; huid de mí. Yo no soy digna de estar entre vosotros, que sois la misma bondad y la misma sencillez. Abandonadme, estoy maldecida por el Eterno Espíritu; soy una hija criminal, un ser maldito.
—Sosegaos por piedad. Contestan los aldeanos. Sosegaos: no es una sombra la que os

ha hablado; es un hombre anciano; tal vez el Capitan de los bandidos; nosotros le hemos visto.

—No, no: es el alma de mi madre; ya me ha hablado otra vez al pie de su sepulcro; ya conozco su voz. Abandonadme, abandonadme; estoy maldecida por el Cielo.

—¡Abandonaros! Nunca, nunca. Faltan todavia algunas leguas para acabar de atravesar el desierto, y en él peligraria una niña sin amparo. Ademas queremos tener el placer de presentaros al Duque para decirle que si el no es en adelante vuestro protector la villa de Sekryn se creerá muy honrada en adoptaros por hija.

Estas palabras enternecen de tal manera á la huérfana que se olvida de la funesta aparicion, y profundamente afectada se precipita en los brazos de los sencillos habitantes del campo.

Se ordena luego la comitiva, se pone en movimiento y antes de tres dias ya descubren las murallas de la opulenta Karém, córte en otro tiempo de los setenta y cinco

reinos de Tesarjonia, y ahora solo de Peltrúk el mas poderoso y dilatado. Las altas torres de los palacios de los grandes, terminadas en costosos adornos de bruñidos metales, donde reflejando el sol hace que este antiguo pueblo parezca en medio del dia una ciudad de plata; los soberbios edificios donde se ostenta el lujo y buen gusto de una nacion rica; la elevacion de las casas; la hermosura de las calles; los preciosos carruages que cruzan por una y otra parte; aquel bullicio, aquel gentío inmenso, todo, todo causa una grata sorpresa á la que no ha visto en su largo viage mas que poblaciones semejantes á la aldea donde se ha criado. Entra en la ciudad la bella jóven seguida de los veinte aldeanos, y sus trages llaman la atencion de todo el populacho. Una turba de mas de doscientas personas de ambos sexos sigue á los estrangeros, y por do quiera que pasan ven los miradores cubiertos de gente atraida por la novedad. Piden noticia del palacio de Narshino y se dirigen á él. Ya era de noche, á la puerta habia una lucida

guardia, las galerías estaban bonitamente iluminadas, una porcion de coches se acercaban y unos entraban y otros salian. Los viageros admirados de lo que están viendo se llegan á un cochero y le preguntan si hay en aquella casa alguna funcion, á lo que les contesta de esta manera:

—El ilustre Narshino, príncipe de Sirwia, y Generalísimo del reino, celebra hoy el cumple años de su hija con un gran baile al que concurrirán los Reyes, el Príncipe heredero su futuro esposo y toda la grandeza.

Pasmada queda Kalminda con estas palabras y fijando sus hermosos ojos en los de la rústica comitiva les dice:

—Volvamos, volvámonos á la aldea. ¡Que aprecio ha de hacer de esta huérfana desvalida un potentado que va á unir su familia con la reinante?... ¡Ah! mi corazon presagia un desagradable recibimiento.

—No, replican los de Sekryn. Subamos: tiempo tenemos de volver al pueblo si salen ciertos vuestros presagios.

Suben en efecto la magnífica escalera y

ruegan á un criado que llame al Duque. Media hora hacia que estaban esperando cuando sale Narshino lujosamente vestido y adornado con muchos premios militares. En su cuello erguido, su semblante serio y su paso grave afectando dignidad, dá bien á conocer el orgullo que le domina y apenas se digna mirar á la hija de la Estrangera que postrada á sus pies le dice:

—Señor: yo soy Kalminda, hija de la desgraciada Thila, de la que ignoro su sobrenombre, sus títulos y su linage. Solo sé que vivió en Karém y que contó siempre en el número de sus amigos al Duque Narshino. Pocos momentos antes de perecer en un sangriento sacrificio de Krasonia, me dió estos papeles para vos y me dijo que seriais mi protector y mi padre. Aqui vengo á ver si podeis cumplir lo que me ofreció una madre moribunda.

Durante las últimas espresiones el Príncipe abre el legajo, manifiesta una estraordinaria sorpresa al reconocer la letra, muda de color y balbucea algunas palabras insignificantes.

Se acerca despues á Kalminda y echándola los brazos al cuello esclama:

—¡Que regocijo esperimento al verte! ¿Y tu madre, fue inmolada en el templo inmundo de los ídolos de la república? ¡Desdichada Thila!... ¿Pero qué dige? ¡Thila! ¡Ah, hija mia! guardate, guardate de pronunciar este nombre jamás. ¿Y quién son estos estrangeros?

—Estos aldeanos del norte de Trikám, entre los que habitó la autora de mis dias, han venido acompañándome, y esperan vuestra decision.

—Mi decision, amable niña, es que te quedes en mi palacio; que seas hija mia y hermana de mis hijos. Tu madre estuvo muchos años á nuestro servicio, y por sus buenas prendas era considerada no como criada, sino como amiga, hasta que un suceso desagradable nos obligó á alejarla de nosotros y desde entonces no hemos tenido la menor noticia de su existencia. Ahora que el destino te ha traido á donde ella disfrutó los serenos dias de su infancia, la reemplazarás

en todo; y si fue compañera de mi esposa, tú lo serás de mi hija, de mi hija que pronto ha de tomar el escelso título de Princesa Real de Peltrúk.

La jóven de Sekryn alborozada con la buena acogida del Generalísimo, le besa repetidas veces la mano y siguen su ejemplo los veinte de la comitiva. Narshino habla con todos afablemente, manda prepararles alojamiento, y no se aparta de la huérfana hasta que la deja en su gabinete.

Mientras en los suntuosos salones toda la nobleza de la córte y los mas altos personages del reino obsequiaban á porfía á la futura esposa del hijo de los Reyes; mientras las músicas entonaban preciosas canciones en loor de la Princesita; y mientras todo respiraba alegría, todo era bulla, y algazara en la casa del Príncipe de Sirwia, la triste Kalminda en un cuarto retirado se entregaba muy dulcemente en brazos del sueño. El dia despues despierta bastante tarde, y su primer cuidado es preguntar por los aldeanos, los que ya la estaban espe-

rando para despedirse y marchar. Parten en efecto colmados de mil regalos que les hizo Narshino, y dejan anegada en lágrimas á la hija de la Estrangera. Pasa ésta en seguida al gabinete de la Generalísima, donde aquella señora al momento que la vé se levanta, sale á su encuentro, y apretándola una mano entre las suyas la dice:

—Tengo un gran placer en recibir en mi palacio á la hija de la buena Thila. Se nota en tí la misma belleza que en ella; y si estás dotada de las demás cualidades con las que se hizo amar de todos cuantos la trataron, yo me creeré muy feliz en ser tu mejor amiga, tu protectora y tu segunda madre.

Sumamente complacida queda Kalmilda con este recibimiento, y procurando serenarse, contesta en estos términos á la Princesa:

—Yo tambien me consideraré muy dichosa si logro merecer esos títulos con que me favoreceis y.....

No puede continuar; de nuevo se cubre de rubor, y sus palabras espiran entre los labios. Notando aquella turbacion la esposa

de Narshino, la estrecha contra su seno y la pregunta en tono muy cariñoso por los usos y costumbres de la aldea donde se ha educado. Largo tiempo dura la conversacion, hasta que es interrumpida por la llegada de los hijos del Generalísimo. Welhino de menor edad que su hermana, viene vestido con sencillez y saluda cortesmente á la huérfana. Zokina por el contrario, se presenta ostentando un lujo propio solo de las personas reales, y apenas se digna tender una mirada sobre la nueva huéspeda. Su madre, á quien no se escapa esta prueba de altanería, coje entonces á Kalminda de la mano, y sentándola junto á su hija la dice:

—Reconoce, Zokina, en esta jóven á una hija de la mayor de mis amigas, á la que te doy por compañera y hermana.

La orgullosa Princesita hace un gesto de reprobacion, examina de arriba abajo con la vista á la huérfana y la dirige mil preguntas acerca de sus vestidos, cuantos tiene y que dinero ha empleado en ellos; añadiendo al fin con grande presuncion:

—Las que sois de oscuro nacimiento y pertenecéis á la ínfima clase no teneis cuidado alguno con las modas; y ciertamente no disfrutais del mundo, pues ellas son el alma de la sociedad, del buen gusto y del gran tono. Tú, aldeana, debes tenerte por muy dichosa en haber venido á nuestra casa; porque te pondremos trages al uso del dia; y como ellos son los que distinguen al noble cortesano del idiota y rústico plebeyo, ya no parecerá que eres hija de uno de éstos; porque desengañemosnos, que los que no pertenecen á la nobleza, son unos entes irracionales.

Kalmiada no puede menos de echar una mirada de desprecio sobre aquella ignorante, la que ella interpreta á su favor creyendo que la envidia las preciosas alhajas y rico atavio; su hermano suelta una carcajada y su madre llena de indignacion la reprende ágriamente con los ojos. Todos permanecen en silencio hasta que les llaman á tomar el desayuno. Ya estaba esperando el Príncipe de Sirwia, el cual al instante que ve á

la hija de la Estrangera, la toma de la mano y la coloca entre él y su esposa. Cuando concluyen el almuerzo, Narshino suplica á Kalminda que cuente el trágico fin de su madre, y la jóven aldeana despues de enjugar el llanto que la ha hecho derramar aquel amargo recuerdo, obedece al Generalísimo de una manera muy patética y elocuente. Todos quedan enternecidos menos la necia Zokina que durante la narracion de esta historia se estuvo mirando á un espejo y entretenniéndose en desacer su peinado y en darle diversas formas.

Marchan el Príncipe y Welhino al palacio del Rey, la Princesa y Zokina á recibir las visitas, y la huérfana á encerrarse en su habitacion de donde no salió en todo el dia. A la mañana siguiente cuando despliega los párpados se halla rodeada de dos doncellas que estaban esperando á que despertase para ponerla el nuevo trage. Se deja vestir maquinalmente sin conocer la mudanza, hasta que repara que el tosco ropage que habia traido estaba sobre una silla. En-

tonces no puede menos de dejar asomar las lágrimas á los ojos acordándose que aquella especie de túnica fue hecha por su misma madre; pero bien pronto se desvanece su tristeza cuando la presentan un cristal y se ve tan hermosa; de repente su semblante muda de aspecto, sus facciones se reaniman con una ligera sonrisa, y como muger tiene una grande satisfaccion en contemplar su belleza. La cubre un vestido de color de cielo y sembrado de estrellas de oro; rodea su pequeña cintura un precioso cintillo de diamantes, que dilatándose con gracia por las espaldas viene á sujetar en la cabeza un velo bordado de plata y tres plumas blancas, que cayendo á un lado de la cara hacen resaltar el vivo carmin de sus megillas. Una gasa amarilla ciñe su cuello de alabastro, y la hermosa cadena de la que pende el retrato de la autora de sus dias hace parte del adorno de aquella estraordinaria beldad. Cuando se presenta en el salon donde está el Generalísimo y su familia, todos la tienen por una Ninfa del eterno jardin; Nar-

shino, apesar de sus años la mira con notable atencion, y Welhino no aparta de ella sus ojos. Solo Zokina manifiesta mucho disgusto al verla, pues desde luego cree que todas sus gracias quedan eclipsadas delante de Kalminda. Asi es en efecto; el esbelto talle de la hija de la Estrangera, su elevada estatura y su magestuosa presencia oscurecen los pocos atractivos de la futura esposa del Príncipe heredero. A la hora de las visitas la Generalísima coge del brazo á su linda huéspeda y la presenta á sus amigos diciendo que es una sobrina suya que se ha criado en una aldea. Todos forman completos elogios de sus prendas y la colman de caricias. La huérfana no comprende como aquellas gentes la dan tantas pruebas de cariño sin haberla visto jamás; pero bien pronto conoce lo que es la córte, cuando despues de haber salido unas condesas, las personas que quedan en la sala hablan de ellas de tal modo que á dar crédito á sus palabras aquellas señoras merecian la execracion del orbe todo; y sin embargo, las

habian prodigado repetidos abrazos y otras demostraciones de afecto. Abomina interiormente Kalminda aquellas costumbres, suspira por su Sekrya y no puede ocultar el disgusto que la acompaña. La hija de Narahino tambien se encuentra muy inquieta, porque espera por momentos á su amado Príncipe y teme que se enamore de la hermosura de su supuesta prima. Pero afortunadamente entra un criado de la casa real, dice que el heredero del reino no puede ofrecerla sus respetos aquel dia porque se halla indispuesto, y la celosa Zokina respira con libertad. Por la tarde se ve obligada la huérfana á salir al paseo acompañada de las Princesas, lo que no la sirvió de menos incomodidad que la visita, pues tuvo que sufrir las importunas miradas de mil y mil curiosos.

En todo Karém no se habla ya de otra cosa que de la belleza de la sobrina del Generalísimo. Unos la casan con un Príncipe de la familia reinante; otros con su primo Welhino, y los mas con el Soberano de las

Isis, hermano de la Reina. A Kalminda ya no la desagrada escuchar por todas partes sus elogios; va dejando á un lado su habitual tristeza; se va acostumbrando á la magnificencia de los palacios, y aquellas diversiones que tanto tédio la causaban en un principio ya son sus placeres favoritos. Pero ¡ay! poco la dura esta felicidad. Un dia cuando se estaba preparando para ir con su supuesta tia á visitar á los Reyes, entra Narshino en su cuarto y la dice imperiosamente que le siga. Obedece la huérfana y baja hasta las puertas donde el Generalísimo la hace entrar en un coche, y despues de dar ciertas órdenes á los lacayos vuelve la espalda sin hablar una palabra á la aldeana de Sekryn. Al encontrarse ésta sola en aquel carruage comienza á gritar pidiendo socorro; pero nadie la oye con el ruido del coche que marcha con mucha celeridad. Caminan tres dias sin detenerse ni aún de noche, hasta que llegan á un monte muy escabroso donde no pueden ya penetrar ruedas. Se bajan todos y la hacen andar mas de dos horas saltando de

maleza en maleza. En vano pregunta diversas veces á sus conductores porque la tratan de aquella manera; en vano repasa en su interior la conducta que ha observado en el palacio de Siruia, se pierde en conjeturas, y no halla ninguna causa para que muestren con ella tanto rigor. Ya divisa una casa antiquísima que está rodeada de altos árboles, y desde luego cree que aquel es su paradero. En efecto, no se equivoca; allí se detiene la comitiva, llaman fuertemente á la puerta y sale una vieja agarrada del brazo de un jóven, que por el trage podia ser su criado.

—Bien venidos, señores; esclama la anciana. ¿Qué me traeis caza?

—Si, buena muger; os traemos esta niña para que se divierta en vuestra amable compañía. Conservadla hasta nueva órden del Generalísimo.

Se acerca entonces la anciana á Kalminda, y examinándola bien de pies á cabeza, y dandóla una palmadita en el hombro, añade:

—¡Pobrecita! ¿Tan jóven y ya criminal?....

¡Ay hija mia! yo te compadezco. Mira, catorce años y tres meses hace que soy Gobernadora de esta fortaleza; en todo este tiempo han entrado en ella cuatrocientas treinta y tres personas; ninguna ha salido, y sin embargo no hay mas seres vivientes aquí que este muchacho y yo. Por esta relacion puedes conocer la suerte que te espera.

Traspasada de dolor queda la bella prisionera con las terribles palabras de la vieja; mas como la esperanza es lo último que se pierde, todavia tiene alguna confianza en aquella órden del Príncipe que han mentado sus raptores. Marchan éstos, y el criado de la Gobernadora toma bruscamente de una mano á Kalminda, la baja á unos subterráneos muy humedos y la ata con grande inhumanidad á dos argollas de hierro.

CANTO TERCERO.

ARGUMENTO.

Llega á la casa del monte un enviado de Narshino con la órden de que asesinen á Kalminda. En el momento de ir á ejecutar la sentencia se presenta el hijo del Generalísimo, la saca de las manos de los asesinos y la lleva á su Castillo. Declara el Duque Welhino su amor á Kalminda. Resuelven casarse. Se va á celebrar la nupcial ceremonia, y al atravesar los novios por el panteon se mueve la losa de un sepulcro, sale de él un guerrero y les dice que son hermanos. Huyen despavoridos del Castillo.

Es imposible poder pintar los tormentos que pasó la huérfana de Sekryn en los dos dias que permaneció en la lóbrega prision. Por fin, un caballo se pára junto á la casa del monte; un hombre entrega dos pliegos á la malvada vieja que los lee con infernal gozo;

se ausenta el desconocido; penetra la Gobernadora en el subterraneo; la sigue el mozo con un puñal aguzado; á su vista se desmaya Kalminda y..... el sacrificio se va á consumar. Pero en aquel mismo momento dan fuertes golpes á las puertas; se suspende la ejecucion; abren, se presenta un jóven lleno de corage y con espada en mano; al ver brillar el cuchillo se irrita mas; traspasa el corazon del verdugo; rueda la cabeza de la anciana Gobernadora y corre al calabozo á saber si su amada se ha salvado. La hija de la Estrangera está casi sin vida, tiene el semblante lívido, los labios cárdenos. El fogoso mancebo cree que ya ha perecido y se desespera; pero vuelve en sí la huérfana, reanimada tal vez por aquella voz consoladora, y la primera palabra que pronuncia es el nombre de Welhino.

—¡Kalminda! Contesta él lleno de alegría. Y los dos se abrazan estrechamente. La huérfana nada tiene presente más que se halla en poder de Welhino, y Welhino se tiene por muy dichoso al lado de la huérfana.

Esta, como si despertase de un sueño espantoso, tiene mil ideas confusas que la hacen estremecer, recuerda al fin lo que la ha pasado, y mirando á todas partes llena de temor pregunta por los asesinos.

—¿Los asesinos? ya no existen; su infame sangre ha lavado las losas de esta morada del crímen; no temas, estamos seguros.

—¡Seguros! No Welhino. El Generalísimo sabrá este acontecimiento y enviará tropas á perseguirnos.

—Pues huyamos, Kalminda; huyamos á un Castillo que dista de aqui seis horas. Pertenece á uno de los Señoríos de mi padre que me cedió cuando subiéra á la privanza del Rey. Allí estarás libre de toda persecucion, te amarán mis vasallos, tú serás su única señora y yo tu esclavo.

No tardaron mucho nuestros jóvenes en hallarse en frente del antiguo alcázar. Welhino toca una pequeña vocina, otra le contesta en la muralla, los soldados alzan el rastrillo, bajan el puente levadizo y saludan con repetidos vivas á su dueño, que

presentando á la hija de la Estrangera les dice que la reconozcan por su ama y Señora. —»Viva la Señora" gritan mil voces á la par, y todo es júbilo y todo alegría en el Castillo del Duque Welhino. Kalminda se manifiesta insensible á esta grata escena. Sumergida en aquel momento en profundas cavilaciones nada ve, nada oye. Unicamente la ocupa la idea de cual será su destino en adelante y cual la intencion del hijo del Generalísimo con respecto á ella. Notando Welhino su distraccion se acerca á un oido y la suplica que conteste á las demostraciones de gozo que la dan sus vasallos. Procura entonces serenarse, alza la vista, y aparentando tranquilidad dá las gracias con mucha dulzura á aquellas buenas gentes.

En los primeros dias el Duque procura reunir toda clase de diversiones y placeres para obsequiar á la huérfana; pero la tristeza de esta se aumenta cada vez mas. No pudiendo conseguir Welhino que se alegre la hermosa huéspeda, resuelve presentarse á ella y ofrecerla hasta su misma vida para

que sea feliz. Entra con este intento una mañana en su habitacion y la halla sola y anegada en lágrimas.

—¿Qué es eso Kalminda? la dice ¿Por qué suspiras? Cuál es el motivo de ese llanto? Parece que solo tratas de despedazar mi corazon. Yo te saqué de entre el puñal homicida; yo te puse á resguardo de toda persecucion en esta fortaleza; en ella á semejanza de una reina te ves rodeada de un crecido número de esclavas que solo aguardan á que desplegues los labios para complacerte; todos mis vasallos te veneran; yo te adoro, y sin embargo tú, dando lugar á que te acuse de ingrata, todo lo miras con desprecio y ni siquiera te dignas fijar la vista en los preciosos espectáculos que á cada hora mando preparar para que ahuyentes esa negra melancolía que te devora. ¡Ah Kalminda! solo el haberte apartado de los brazos de la muerte era bastante causa para que te creyeras dichosa. ¿Qué te falta? ¿Qué apeteces? Habla, que yo vengo decidido á derramar mi misma sangre en tu

presencia si este sacrificio es necesario á tu felicidad.

—Generoso Welhino. Contesta la huérfana. ¿Cómo te has atrevido á creer que Kalminda sea una ingrata? No: Kalminda sabe que te debe la vida, sabe que eres su libertador y sabe tambien agradecer los beneficios que la hacen. Si no tomo parte en las fiestas del castillo, tú menos que nadie debieras estrañarlo, pues no ignoras mis infortunios. Pero ¡ah Welhino! ignoras algunos; sí, no sabes todo lo que pasa en mi alma... ¡Ay! Acércate, sientate junto á mi y te participaré mis penas. Eres muy bueno y me tratarás con compasion. Mira; en vano por no disgustarte he hecho los mayores esfuerzos para fingir una alegría que no tengo. En vano he procurado dejar ver mi semblante risueño y disfrutar de los placeres que me preparas; un pesar que me atormenta interiormente y que no se qué me vaticina acibára los pocos momentos de ventura que pudiera gozar. Si me rindo al sueño horribles fantasmas me rodean por do

quiera y despierto al momento despavorida y cubierta de un sudor tan frio como la muerte. Estas sombras no solo en sueños me persiguen. Un dia cuando todos estabais en las galerías contemplando la lucha, yo salí de entre vosotros huyendo del tédio que me causaba aquella diversion. Las habitaciones estaban desiertas y solo se oía el ruido de mis pisadas. Entré en este cuarto y me coloqué inadvertidamente delante de ese tocador que está enfrente de la puerta. Ya hacía largo rato que me hallaba allí abismada en mis meditaciones, cuando miro maquinalmente al espejo y ví.... ¡Que horror!..... Un espectro, una figura negra con los ojos hundidos y centellantes. Estaba parada á la puerta, y al reparar en mí, dijo como sorprendida «¡Kalminda!» y desapareció. Aquella cavernosa voz y aquel acento terrible no me eran desconocidos. En el desierto; al pie de la tumba de mi madre.... mas, olvidemos, olvidemos todo esto Welhino. Salí de la estancia precipitadamente y al atravesar por el salon de las estatuas la ví

otra vez. En mis cortos sueños siempre la tengo delante; en algunos se me ha aparecido tu padre amenazándome con una daga, y la noche antes que me condugeran á la casa del monte soñé que tu hermana se acercó á mi cama con un puñal y que lo iba á sepultar en mi pecho; pero al mismo tiempo entraste tú, la detuviste el brazo, la quitaste el homicida instrumento, y tocando tus labios á los mios pronunciaste estas espresiones: »Duerme tranquila, que el Eterno Espíritu y yo velamos por tu existencia."

—¡Poderoso Dios! Esclama el Duque confundido. ¡Jóven admirable! ¡Es posible! Eso que acabas de referir no ha sido un sueño, es realidad, Kalminda, es una realidad. Escúchame. Desde aquel dia en que abandonando el trage de la aldea te vestiste al uso de la córte y diste á conocer todas tus gracias, Zokina envidiosa de tu belleza empezó á abominarte; y cuando mayor iba siendo tu celebridad en Karém, tanto mas ella te aborrecia. No perdonaba ninguno de los medios que la sugería su poco talento

para hacer que mis padres te abandonasen, ya pintándote con los colores mas feos; ya denigrando todas tus acciones, y ya diciéndoles que si el Príncipe heredero te llegaba á conocer la desecharía á ella y tú subirías al trono de Peltrúk. Pero nada consiguió y sus palabras fueron siempre despreciadas. Una noche que me quedé en la habitacion del Generalísimo hasta muy tarde despachando ciertos asuntos, al retirarme á mi cuarto cuando pasé por delante del tuyo vi dos hombres parados á la puerta. Me acerqué á ellos, y preguntándoles que hacian allí, ninguno contestó; les mandé imperiosamente que marcharan, y no obedecieron; intenté entrar y trataron de impedirlo, hasta que sacando la espada les obligué á huir y penetré en tu gabinete al mismo tiempo que mi hermana levantaba el cuchillo para herirte. Se lo arrebaté de la mano y llenándola de improperios la arrojé á empellones de la sala. Aquellos dos hombres estaban esperando á que espiráras para dar sepultura á tu cadáver, y las palabras que

te dige son las mismas que soñaste. Permanecí toda la noche sirviéndote de centinela, y cuando ya te creí segura de asesinos por la venida del dia, me retiré á descansar en tanto que era la hora de poder contarle todo al Príncipe de Sirwia. Llegada ésta me presenté á mi padre y acusé á Zokina del horrible delito que intentó cometer. Pero cual sería mi sorpresa, cuando en vez de encontrarle muy indignado con mi hermana, me reprendió severamente porque habia impedido la perpetracion del crímen, y me dió por castigo un año de destierro á esta fortaleza, diciéndome al mismo tiempo que te había mandado sacar fuera de la poblacion y que acababa de dar una órden para que te quitasen la vida. No esperé á que concluyera su discurso para montar á caballo y ponerme en un vuelo en la casa del monte, suponiendo que allí te habrian conducido; pues desde que el Generalísimo tomó las riendas del Gobierno, aquella triste mansion ha servido de cementerio á todos los que él creia que le hacian alguna sombra y se oponian

á sus miras ambiciosas. Felizmente pudé salvarte y traerte á este castillo donde solo anhelo verte contenta y olvidada enteramente de tus pasadas desgracias.

—¡Olvidar yo mis desgracias! ¡Verme contenta!... ¡Ah Welhino! jamás ¿No reflexionas que tu padre sabrá la muerte de la vieja y de su criado, sabrá que me tienes aquí y enviará emisarios secretos que introduciéndose artificiosamente en este alcázar, hallarán ocasion de teñir estos salones con mi sangre? Acaso nos rodearán ya algunos espías, y temo que tu cabeza no esté muy segura de la venganza de tu padre.

—¡Monstruo de inhumanidad! Replica Welhino. ¿Cuándo se saciará tu sed de sangre? Si, Kalminda; nuestras vidas peligran. Pero una idea que ahora me ocurre es la única que nos podrá salvar. El Emperador de Wiscalia se va apoderando de toda la Tesarjonia; ha declarado la guerra á nuestro reino; su invencible ejército está ya en las fronteras, y la fama de sus valientes capitanes se va estendiendo por todo el globo de la

Luna. Yo desde niño he sido inclinado á la carrera militar, y ya que mi padre se ha negado siempre á darme un puesto distinguido en nuestras tropas, me alistaré en las banderas del Monarca Wiscaliano, procuraré llenarme de gloria, y cuando el conquistador del siglo.....

—¿Qué dices? Le interrumpe Kalminda. ¿Ser traidor á tu patria? ¿Ser partidario del usurpador que viene talando los mismos pueblos que te vieron nacer? No hagas tal Welhino. La nacion te odiará, y Kalminda te echaria su maldicion.

—¡Ah! Poco me importa la maldicion de mi patria; pero la tuya, Kalminda, la tuya.....

—La mia... nada valdría, Duque. Nunca era mas que la maldicion de una muger.

—Si, pero esa muger es mi consuelo, mi delicia, mi ventura, mi todo. A esa muger yo la amo, yo la adoro mas que al Eterno Espíritu.....

—¿Qué me amas, Welhino? ¿Qué me adoras?... ¿Y qué quieres decirme con eso?

—¡Niña encantadora! ¡Niña divina! Que hermoso contraste forma esa inocencia con tu voluptuosa figura, tu mágica belleza y toda tú, que parece has sido creada en la mente de un poeta como la madre de las gracias y la diosa del amor. Dichoso, dichoso yo si lográra ser tu esposo.

—¡Tu mi esposo!

—Sí, esta misma noche nos enlazariámos, y mañana antes que el astro del dia viniese á prestar su luz á los habitantes de la Luna ya estariamos en el valle de la Peña. Allí levantaria una choza; nos alimentariámos con la caza, la pesca y las esquisitas frutas silvestres; la naturaleza nos prodigaría todos sus dones; el contento nos acompañaría; estaríamos libres de enemigos y, finalmente, viviríamos como dos seres nacido el uno para el otro.

La huérfana de Sekryn fija los ojos en el suelo, y despues de haber estado largo rato pensativa se levanta, toma la mano del hijo del Príncipe de Sirwia, y apretándola con ternura, le dice:

—Vive dichoso, Welhino; Kalminda será tu esposa.

—¿Esta misma noche?

—Esta noche misma.

Y el Duque trasportado de gozo marcha á disponer todo para la ceremonia.

Eran las nueve y media de la noche y el castillo de Welhino estaba entregado al sueño. No se oia ningun rumor de armas ni la voz del centinela en el foso y la muralla. Todo estaba abandonado, todo desierto. Una luz opaca alumbraba una estrecha escalera que comunicaba la parte inhabitada del edificio con la otra. Al concluir ésta se veia el espacioso panteon, donde estaban enterrados los antiguos señores del alcázar, y por él se entraba á un suntuoso Zifhám, al que durante una generacion ninguna huella humana habia interrumpido su eterno silencio. Sin embargo, aquella noche estaba magníficamente adornado, y todo indicaba que se iba á celebrar una funcion religiosa. Mil antorchas lucian en torno de la Divinidad; ricos perfumes se quemaban delante

de la imágen del Dios de Tesarjonia, y en una elevada pira se licuaba el oro y los metales preciosos que ofrecian en holocausto los ilustres amantes. Dos aguilas de plata, mantenidas en el aire sostenian la corona matrimonial, que segun ritos debia colocarse sobre las cabezas de los nuevos esposos; y el grande manto que había de cubrirles durante la ceremonia lo tenía estendido un genio colosal que estaba colocado sobre dos leones de bronce. Doce venerables Sacerdotes con largas barbas y sendas vestiduras ocupaban anchos sillones, y en un elevado trono se dejaba ver el sábio Adívino que á su tiempo debía descender á vaticinar la prole que el Criador concedía á aquel matrimonio. Ya la música entonaba el himno nupcial, y el relox del Castillo sonó otra vez despues de la hora señalada. Welhino, lleno de impaciencia entra en el retrete de Kalminda y la dice:

—Todo esta dispuesto; solo se espera por tí; los soldados á beneficio de un narcótico duermen profundamente y no sabrán nuestro enlace; los sacerdotes me han jurado

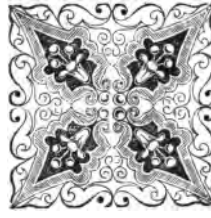
guardar secreto, y los caballos están prevenidos para partir al momento que seas mia.

La huérfana de Sekryn se agarra del brazo del Duque, y los dos se dirijen al Zifhám. Al llegar al lóbrego enterramiento las piernas de Kalminda flaquean. A los débiles reflejos que despide una negra lámpara cubierta con el polvo de cien años se descubre el aspecto lúgubre y horroroso que presenta aquella mansion de los muertos. Nuestros jóvenes sobrecogidos de un respeto religioso caminan velozmente al traves de las tumbas. Se detienen de repente á un ruido que sienten cerca de sí; una losa se mueve, y la sombra de un gigantesco guerrero se eleva sobre un sepulcro.

—*Kalminda*. Dice con voz aterradora. *¿A donde vas? ¿Tan pronto olvidas las últimas palabras de tu madre?.... Huye imprudente, huye del altar del himeneo. Huye de esta union que reprueba y maldice el mismo Dios. Welhino es tu hermano.*

El hijo del Generalísimo asombrado marcha por donde vino, monta en un alazan y

no vuelve á parecer en el Castillo. La hija de la Estrangera cubierta de un terror pánico no encuentra por donde huir; tres veces lo intenta y nunca halla la salida. Al fin da con la escalera, se aleja de la fortaleza y anduvo toda la noche vagando frenética por el campo y repitiendo sin cesar las mismas espresiones de la fantasma de los sepulcros.



CANTO CUARTO.

ARGUMENTO.

Recogen en su casa unas Labradoras á Kalminda. Se viste de aldeana y vive contenta. Pasan los Reyes por aquel pueblo y la llevan en su compañía. Llegan al Castillo de las setenta y cinco torres. Visita Kalminda las ruinas y subterráneos de aquel alcázar. La sorprende un dia el Príncipe heredero cuando estaba cantando la cancion de Karimna y la cuenta la historia de esta Reina. Se aparece una sombra que les habla y se oculta despues en la Torre Negra.

Viene la mañana del dia siguiente y se encuentra la huérfana en una pequeña aldea tendida en la calle con el vestido rasgado y en el estado mas triste y lastimoso. Los criados de una labradora viuda la ven, se

compadecen de ella y la llevan á casa de su ama. Esta sencilla muger y una hija tambien viuda que tiene en su compañía la reciben con mucho cariño y tratan de que se serene y recobre el juicio, pero todo es en valde. Kalminda sigue demente, cualquiera cosa la asusta, á todos llama fantasmas, y de continuo dice como espantada: »Welhino es tu hermano." Pasados algunos dias, á fuerza de cuidados y de no dejarla hablar con nadie se va restableciendo poco á poco, y muy en breve se muestra aquella jóven tan bella, tan amable y tan juiciosa. Cuando cuenta sus desgracias á las buenas viudas, las hace verter abundantes lágrimas, y tanto se interesan por ella que desde aquel dia la una la adopta por hija y la otra la admite por hermana. Las tres se aman mutuamente, viven en una perfecta armonía, se reparten con el mayor gusto y contento las grandes faenas de la casa, y la tierna huérfana olvida ya todos los pasados sucesos. Aquella vida campestre y activa se adapta bastante á sus inclinaciones, y los bailes, los trajes

y las costumbres de la aldea la recuerdan los dias tranquilos de su niñez.

Mientras la hija de la Estrangera se cree feliz en el pueblo de su madre adoptiva, Narshino es desgraciado. Ha perdido muchas batallas y sus émulos aprovechan esta ocasion para derribarle del poder. Cae Narshino, y sus proyectos ambiciosos, sus pensamientos alhagüeños, sus inmensas riquezas, sus elevados empleos, sus altos honores y sus innumerables títulos, todo fenece. Unicamente le queda el Ducado que le han legado sus muyores, aquel que cediera á su hijo, y el alcázar donde Kalminda habia pasado unos dias tan borrascosos. Allí se retira con su esposa y su hija, su hija la altiva Zokina que llora incesantemente al ver frustradas sus grandiosas esperanzas, deshecha su soñada soberanía y ajada su soberbia.

Entre tanto el Emperador de Wiscalia va haciendo rápidos progresos en sus conquistas. De los setenta y cinco reinos de Tesarjonia, setenta y cuatro le han procla-

mado ya por Rey, y solo le falta apoderarse de Peltrúk para tomar el pomposo título de Gran Señor de las Tesarjonias. Ya sus invencibles soldados han ganado muchas plazas y el ejército grande, temido en aquel mundo, viene á marchas dobles á sitiar á Karém. Los Reyes abandonan la capital y se trasladan á un antiquísimo castillo, que por su prodigiosa estructura, su fortaleza y el estar rodeado de montañas inacesibles y de un caudaloso rio que le sirve de foso, le creen inespugnable. Al pasar la córte por el pueblo de Kalminda, las jóvenes hacen un presente á la Reina, y la huérfana de Sekryn es la encargada de ofrecérselo. Cuando se avista la régia comitiva, Kalminda al frente de un coro de vírgenes vestidas de blanco y coronadas de flores, se acerca á la Soberana y desempeña su comision improvisando al mismo tiempo un elocuente discurso que llena de admiracion á sus compañeras. No menos sorprendidos quedan los Reyes y toda la grandeza al descubrir en una hija del campo aquella desenvoltura,

aquella gracia, aquella finura y un lenguage tan rico y tan elegante. Todas las miradas se dirigen á ella y no falta quien la conoce y anuncia á los demás que es la hermosa sobrina de Narshino. La Reina, aunque no la habia visto mas que una vez, la reconoce entonces, la hace subir á su carroza, y apesar de las viudas y de todo el pueblo que la adora, la obliga á marchar con ella y á admitir desde aquel dia el empleo de primera camarista. Muy sensible la es á la hija de la Estrangera abandonar aquella imperturbable tranquilidad que disfruta en la aldea, pero no tiene valor para rehusar los favores de la esposa del Monarca.

Al norte de las decantadas montañas de Peltrúk y á las márgenes del gran rio que baña las Tesarjonias se eleva un formidable castillo, cuya fundacion se pierde en la oscuridad de los tiempos. Segun tradiciones populares el Eterno Espíritu, cuando se vió obligado á dejar su palacio celestial por la incursion de los Espíritus malditos y vino á habitar en la Luna, lo edificó por sus mis-

mas manos y en él vivió por espacio de diez siglos. Antiguamente tenia setenta y cinco torres que representaban las naciones de Tesarjonia; en ellas se juntaban los setenta y cinco Reyes cuando lo exigía un caso extraordinario, y desde ella se dictaron las famosas setenta y cinco leyes que hasta ahora han gobernado y gobiernan casi todo aquel hemisferio. En el dia solo diez se conservan; algunas han sido demolidas y en su lugar se han puesto jardines, bosques y laberintos. Las restantes, medio derrivadas, forman un campo dilatado de ruinas, y en medio se levanta la célebre Torre Negra, cuya cúspide es de tan prodigiosa elevacion que no alcanzando la vista á descubrirla viene á perderse entre las nubes. De este antiguo torreon se refieren mil anédoctas, y el vulgo supersticioso cree que es la funesta morada de un Espíritu malo que se entretiene en lanzar rayos á los mortales. No se conserva ninguna noticia de que haya sido nunca habitada; ninguno se ha atrevido jamás á penetrar en ella; todos la

miran con respeto, y hace algunos años que por la noche una luz misteriosa la rodea, una fantasma vaga por toda ella, y de cuando en cuando se oyen lastimeros gemidos. Lo interior del castillo no parece que ha sufrido deterioro alguno; la magnífica muralla permanece ilesa; los soberbios torreones que han resistido á las vicisitudes de las edades presentan todavia su mérito artístico; la entrada principal, que consiste en tres gigantescos arcos de mármol negro, sostenidos por veinte y cuatro delicadas columnas de alabastro, ostentan toda la belleza de la arquitectura; y el conjunto de este portentoso monumento aparece en el centro de las desiertas colinas como una de las maravillas de aquel mundo. El gran torrente, que precipitándose por las peñas llega á estrellarse contra el muro, se divide despues en dos brazos que circundan toda la fortaleza y se une luego delante de las puertas formando un mar, hace que el antiquísimo alcázar parezca una grande isla. Y cuando el viagero en su embarcacion viene salvando la

corriente y se figura que está quieto y todos los objetos que le rodean se mueven, no puede ménos de esperimentar una estraordinaria admiracion al advertir que aquella inmensa mole camina hácia él con paso magestuoso. Tal es la que la causa á Kalminda cuando en compañía de los Soberanos de Peltrúk vé por primera vez el castillo de las setenta y cinco torres. Ansía ya el momento de penetrar en él, y en su imaginacion reparte los instantes que ha de emplear en recorrer las contramurallas, terraplenes, cubos y hasta los mas hondos subterráneos. En efecto, la grandeza acostumbra á dormir desde las once que comienza el calor hasta las cinco que se sirve la comida; y á estas horas, que llaman de descanso, las destina desde el primer dia la huérfana de Sékryn para inspeccionar á su sabor las antigüedades de aquel vasto edificio. Aficionada en estremo á contemplar todo lo grandioso y admirable, mil reflexiones asaltan su mente al pisar las silenciosas galerías donde cada piedra trae á la memo-

ria un hecho histórico y cada inscripcion escita un glorioso recuerdo. Allí los héroes mas esclarecidos que tuvo el orbe se afanaron por grabar su nombre, como en un gran libro que habia de trasmitir á la posteridad sus hazañas. Allí las armaduras de los mas ilustres guerreros, los laureles de los mas esforzados campeones, y las estátuas de los Reyes mas invictos, prestan á aquellos regios salones una magestad eterna que embarga el alma del hombre meditador y la abisma en mil y mil pensamientos sublimes. Un dia que la hija de la Estrangera se ocupa en registrar los retratos de los Monarcas de la última raza, repara en el de una reina en cuyo semblante se ven pintados el dolor y la desesperacion. Kalminda le mira de cerca y se sorprende; vuelve á mirarle y toda se conmueve. Saca despues el retrato que trae oculto en el pecho; fija en él la vista, luego en el otro, y derramando un diluvio de lágrimas y llena de alborozo esclama:

—¡Esta es! ¡Esta es! Si: no me engañé. Mi madre fue reina de Peltrúk.

Pero al mismo tiempo ve unas letras, las lee con cierta ansia como buscando el nombre *Thila* y se halla con la palabra *Karimna*.

—¡Karimna! Añade en tono de desconsuelo. ¡Karimna!..... ¡Ah! ¡Que tontos somos los mortales! Ya me creia hija de Reyes, únicamente por la semejanza casual que hay entre estos dos retratos.

Y se queda medio avergonzada. Mas acordándose de repente de una cancion que habia oido en el castillo de Welhino, alusiva á esta Reina, para desechar el enfado que la causára aquel engaño, baja á los jardines, se interna en una calle de árboles, y acompañada del ruido monótono que hacen las aguas de dos fuentes da al aire estos acentos:

Infelice Karimna, tu solio
Derribado le ves por el suelo,
Ya tu imperio se hundió, sube al Cielo
Do te llama la Eterna deidad.
Sube al Cielo que allí los impíos
Nunca imprimen su huella maldita,
Sube al Cielo que tu eres bendita
Y te espera un reinado de paz.

En el trono del Rey de los Reyes
Y de espíritus mil rodeada,
Tú serás sobre el Sol coronada
Y vestida de estrellas sin fin.
Y en planetas y en astros dorados
Cien palacios tendrás de diamantes,
Y preciosos luceros brillantes
Guardarán tu divino jardin.

Que levante cadalsos entonces
El tremendo Consejo inhumano;
Que pretenda usurpar el tirano
Aquel sacro y eterio dosel.
Reina invicta camina al Empíreo,
Tus conquistas allí ya fenecen,
Mas tambien las venturas florecen
Que te niega ese pueblo cruel.

Que te niega tu patria, Karimna,
La nacion que por tí es poderosa
Y en lugar de diadema gloriosa
Un infame suplicio te dá.
¡Ay de tí reino ingrato! ¡Ya suena
De venganza la hora terrible!
¡Ya tremola el pendon invencible
Que tu bárbaro orgullo hollará!.....

Aqui llegaba la huérfana de su triste canto cuando la interrumpe la venida de un jóven. Es el heredero del reino, el Príncipe Okyn. Kalminda aturdida deja su asiento y quiere ausentarse antes que la vea el hijo del Rey; pero éste llega á tiempo de estorbarla su intento y deteniéndola por la ropa la dice:

—¿A donde vas, Kalminda? ¿Tanto terror te causa la presencia de Okyn? Siento haberte incomodado, y me pesa haber salido de entre esos espesos naranjos donde he estado escuchando tu preciosa cancion. Prosigue niña, prosigue que ya te dejo; pero antes quisiera hacerte una advertencia. Guárdate de entónar esos versos en el reinado de mi padre, pues si te oyeran quizá tendrias la misma suerte que la desgraciada Karimna. Tú no sabes quienes son esos tiranos impíos y esos usurpadores. Ven, ven mañana á este sitio y te contaré la historia de aquella reina.

La hija de la Estrangera promete comparecer al siguiente dia en los jardines, y

los dos se despiden con algunas miradas significativas. El Príncipe no tiene nada presente desde aquel momento mas que la hermosa Camarista; y á ésta ninguna idea la ocupa mas que la del gallardo Príncipe. No le puede desechar de la imaginacion ni un solo instante, y hasta en sus cortos sueños se figura estar con él conversando al pie de la argentada fuente. Apenas aparece en el horizonte el Padre de las luces cuando Kalminda impaciente deja su lecho. No cesa de mirar al relox y cada minuto que pasa es para ella un siglo. Llega por fin el momento suspirado, y la huérfana de Sekryn vuela al lugar de la cita. Ya la está esperando Okyn, y al verla la saluda con las mayores demostraciones de alegría. Comienzan á hablar de las delicias de aquel pensíl, de la frescura de los bosques, del susurro de los arroyuelos, de la dulce armonía del trino de los pajarillos y del aspecto que presenta aquel conjunto de ruinas. Así pasan algunas horas nuestros jóvenes olvidados del objeto principal de su entrevista, hasta que

el Príncipe se acuerda de repente y se lo comunica á Kalminda. Van á sentarse en la base de una columna para empezar la historia; pero entonces la huérfana medio asustada esclama:

—Estamos junto á la Torre Negra.

—No temas. Contesta el hijo del Rey. Todo lo que cuentan de este Torreon es inventado por la plebe fanática. No temas.

La hija de la Estrangera queda tranquila, y habiendo tomado ambos asiento, Okyn da principio á la narracion siguiente:

Cuando murió Okyn II Rey de Peltrúk, dejó dos hijos, niño y niña de corta edad, y por Regente del Reino durante la menor edad de éstos, á la Reina viuda. Esta siempre amó mas al hijo que á la hija, y cuando llegaron á la época de poder empuñar el cetro trató de coronar al primero y desposeer á la segunda, hollando las leyes Tesarjonas que dan la preferencia á las hembras. Pero el Gran Consejo que desde luengos años ha gobernado los setenta y cinco reinos y ha puesto Monarcas á su antojo, defendió

entonces los derechos de la hija de Okyn, y contra la voluntad de su madre fué proclamada en toda la nacion por legítima Soberana. Subió al trono, en efecto; y dejando el nombre primitivo, que no tengo ahora presente, tomó el de Karimna con la mira de ser llamada del mismo modo que la célebre Karimna I á quien se proponía imitar. Ciertamente que la segunda Karimna no fué menos valiente y aguerrida que la primera. A poco tiempo de haber sido coronada declaró la guerra á Wiscalia, marchó al frente de un poderoso ejército, y en breves dias se ciñó la diadema de aquel imperio. Aumentadas considerablemente sus fuerzas las dirigió contra sus enemigos los pueblos meridionales, y no tardó mucho en hacerse dueña de los Estados de la Irkalia. Cuando volvia triunfante y llena de gloria á Karém, al atravesar el reino de Trikám, Carmhán VIII la negó el paso por sus dominios; lo que indignó tanto á Karimna, que entró á sangre y fuego por Trikám, llegó hasta las inmediaciones de la capital

donde se dió una gran batalla, y cayendo prisionero Carmhán, fue conducido hasta la córte de los Peltrukos atado al carro del triunfo de la jóven conquistadora. Los Reyes mas poderosos del Globo lunar, teniendo noticia de sus proezas, enviaron embajadores á felicitarla, y algunos á pedirla su mano. Cuando toda la nacion esperaba que eligiría por esposo un Monarca tan grande como ella, la reina fijó los ojos en el mas humilde de todos.... en su prisionero el Rey de Trikám. Carmhán se desposó con Karimna, los dos reinos se unieron, y bien pronto el Monarca de Trikám hizo ver que era muy digno de la de Peltrúk, pues armó todas sus tropas, marchó contra la República de Krasonia, la derrotó su ejército, redujo á escombros algunos pueblos y se hubiera apoderado de toda la montaña si ésta no se obliga entonces á pagarle un gran tributo; con el que volvió colmado de glorias y riquezas á Karém. Pasaron algunos años los augustos esposos entregados á una felicidad envidiable, y ésta se aumentó, consi-

derablemente con el nacimiento de un hijo que les concedió el Eterno Espíritu. Entre tanto la Reina Madre, llena de cólera porque no le salió bien el proyecto de elevar al trono á su hijo, inventó un medio de hacerlo el mas estraordinario que jamás se ha visto. Se presentó un dia ante el Gran Consejo de las Tesarjonias desgreñada y descompuesta, se echó en el suelo, y fingiendo grande confusion y vergüenza dijo: »Que en vida de su esposo Okyn II habia tenido fuera de matrimonio á Karimna, que solo Kothim era hijo del Rey, y por lo tanto pedia se le hiciese justicia reconociéndole por único heredero de los Reyes de Peltrúk." El Consejo, aunque conoció la estratagema, resentido porque Karimna no queria ser gobernada por él, fué el primero que dió el grito de rebelion. Al nombre de bastarda la nacion entera se levantó en masa, la favorecieron los Soberanos de los Reinos vecinos, envidiosos de las heroicidades de la Reina; mi padre Kothim XVI fue coronado, y á Karimna y á su hijo los encerraron en una maz-

morra de este castillo. Mi padre mas humano que mi abuela, volvió á Carmhán sus estados con la condicion de que declarase á Karimna por su legítima esposa y la llevara á Trikám. Se hicieron los pactos, pero el infame despues de haber asegurado el solio, se negó á cumplirlos, y en union con la Reina viuda imputaron á la desdichada ex-Reina un crímen que oyó con agrado el Gran Consejo y la condenó á muerte. El Rey de Trikám rogó á mi abuela que sacase secretamente de la prision á su hijo y le mandara conducir con toda seguridad á su córte; pero la viuda de Okyn II temerosa de que algun dia aquel infante quisiese hacer valer sus derechos al trono de Peltrúk, entró una noche disfrazada en el calabozo de Karimna, y cogiéndola de sorpresa, la arrebató el niño de los brazos, le precipitó en la corriente del rio que pasaba por un lado de la misma prision, y escribió despues á Carmhán VIII que su esposa habia dado muerte á su propio hijo diciendo: que de este modo vengaba en aquel niño las injurias que la hiciera su

padre. Karimna habia conocido á la Reina viuda cuando la robó el infante, y desde aquel momento perdió el juicio. A los pocos dias la llevaron á una fortaleza de Trikám donde fue degollada, y su cuerpo mutilado se halla en el panteon real de este alcázar. El retrato que viste y que tanta sensacion te hizo, es el de esta malhadada Soberana despues que se puso demente.

—¿Y cuál fué el destino, pregunta Kalminda, de la infame Reina viuda y del malvado Carmhán?

—La Reina viuda desapareció una noche de palacio y no se ha vuelto á saber de ella. Algunos suponen que mi padre la puso presa en una torre, y otros que la mandó cortar la cabeza. Carmhán VIII, acosado por las guerras civiles que se suscitaron en Trikám, se vió obligado á retirarse á un castillo donde unos dicen que murió de hambre y otros que se halló su cadáver en un rio.

—*Unos y otros mienten.* Replica una horrible fantasma que cruza rápidamente por delante de ellos. *Carmhán vive.*

Y se introduce en la Torre Negra y desaparece.

Nuestros jóvenes espantados y aturdidos se alejan corriendo del funesto Torreon, el Príncipe, apesar de su natural valor, no puede acordarse de la sombra de las ruinas sin estremecerse todo, y cuando vuelven á reunirse el dia siguiente, tienen buen cuidado de dirigirse hácia el lado opuesto.

Siguen Okyn y Kalminda compareciendo en los jardines á la hora del descanso, y el fuego que devora á entrambos va tomando cada vez mas incremento.... Se aman ya ardientemente; no pueden pasar el uno sin el otro; solo conocen la felicidad en el momento que están juntos; una misma alma es la de los dos, un mismo corazon, unos mismos sentimientos, y sin embargo ninguno sabe lo que es amor, ninguno sabe dar nombre á la pasion que le domina, y las espresiones mas tiernas de sus interesantes diálogos son las de hermano y hermana.

CANTO QUINTO.

ARGUMENTO.

Llegan el Príncipe y la huérfana á un delicioso prado que hay entre los escombros de las torres. Se levanta una tempestad y se cobijan en una cueva. Ven allí dos estrechas galerías, se dirigen á ellas y se hallan dentro de la Torre Negra. Descubren el enterramiento de la célebre Karimna I. Se aparecen dos espectros. Fin trágico de una Reina. Aclaracion de algunos misterios.

Era una tarde templada y serena, el viento apenas mecía las copas de los árboles, y una dulce calma reinaba en torno de las ruinas. Por do quiera que dirigiese su huella el esplorador mil vestigios de la opulencia

Tesarjona y mil rastros de la existencia de artistas sublimes se ofrecian á su vista. Entre una multitud de paredes destrozadas, donde se descubrian fracmentos de preciosas pinturas y delicados trabajos de escultura, y entre un promontorio de columnas, cornisas, pilastras y medallones cubiertos de musgo se divisaba un pequeño prado, al que regaban dos risueños arroyuelos y le hacian un sitio sumamente delicioso y ameno. La fresca yerba formaba una hermosa alfombra matizada de verde, el aroma de las flores embalsamaba el aire, y todas las bellezas de la naturaleza parecia que estaban allí acumuladas para presentar aquel paraiso bajo el aspecto mas mágico y encantador. Okyn y Kalminda llegan por casualidad á este parage, y sentados á la orilla de uno de los arroyos la huérfana de Sekryn comienza á contar al Príncipe los acontecimientos mas notables de su vida. De repente se oscurece la atmósfera, una terrible tempestad amenaza á los mortales, y cien detonaciones espantosas resuenan ya por todas partes. Nues-

tros jóvenes tan engolfados están en su conversacion que no advierten el cambio del tiempo, hasta que una copiosa lluvia cala sus vestidos. Entonces tratan de acogerse á cubierto, y una especie de gruta que se ve entre los escombros, es el asilo de Okyn y Kalminda. El nublado va tomando incremento; el agua cae á torrentes; el prado está ya hecho un mar; los peñascos arrancados por el soberbio huracan se desploman en la llanura, y una enorme piedra deja obstruida la pequeña entrada de la cueva donde se hallan el hijo del Rey y su compañera. El conflicto de estos es grande. Aterrados por el temblor de la Luna y por el estampido del trueno, temen sucumbir al furor de los elementos, y un inmenso abismo que abren las aguas casi á sus pies, por donde pasan bramando estrepitosamente, creen que será su sepulcro. Ya se les figura que la muerte les rodea por todos lados cuando á la pálida luz de un relámpago que penetra por las brechas de la caverna, descubren un estrecho callejon á cuyo estremo se divisa

alguna claridad. Se dirigen al instante hácia él, y caminando con mucho trabajo uno detrás de otro, despues de media hora se encuentran en una sala oscura y espaciosa adornada con millares de arcos, algunos de los cuales dan paso á dos galerias mezquinas y de mal gusto. Confusos están los amantes no sabiendo por cuál han de seguir para hallar mas pronto salida, y habiendo elegido la mas clara, cuando la concluyen se ven en una habitacion lóbrega y destruida.

—¿Donde estamos? Pregunta la huérfana.

—En la Torre Negra. Contesta el Príncipe. ¿No distingues las pardas almenas que coronan los fortines?

—¡¡¡En la Torre Negra!!!.....

Los dos se estremecen; un helado sudor discurre por todos sus miembros, y acercándose mas el uno al otro, caminan temblando entre aquellas ruinas. Suben una estrecha escalera que desemboca en unos corredores y llegan á varios aposentos tristes y ruinosos. Allí permanecen sin acertar á determinarse á nada, cuando ven por debajo

de una puerta ennegrecida y de estructura bastante estraña algunos resquicios de luz artificial. Sobrecogidos Okyn y Kalminda, van á observar con mucho tiento lo que hay en aquella habitacion, pero al acercarse á las puertas, al menor impulso se abren de par en par, y se encuentran nuestros jóvenes en un suntuoso salon sombrío y enlutado. El pavimento es de jaspe; doce lamparas de plata le alumbran de trecho en trecho, y en el centro se descubre un elevado túmulo cubierto de terciopelo negro con franjas de oro. En la cumbre se ve una Reina echada con manto imperial, cetro y diadema, y al rededor de la tumba muchos trofeos militares y algunas coronas. Cuando mas estasiados están contemplando aquella prodigiosa aparicion, sienten un ligero ruido; una especie de fantasma se acerca pausadamente al féretro; sube con bastante ligereza hasta el estremo superior, y postrada de rodillas junto á la difunta y tendiendo sobre ella algunas flores que llevaba en un canastillo, pronuncia con voz débil ciertas

palabras. El hijo del Rey y la huérfana de Sekryn, atemorizados no se atreven á moverse, y prestan toda su atencion á lo que dice el espectro; pero únicamente pueden percibir estas espresiones:

—Grande y virtuosa fuiste: preciso era que tuvieses enemigos: ellos triunfaron y tu has sido su víctima. La justicia presidió todas tus acciones, tu sangre inocente fué derramada y tu verdugo mas cruel arrepentido, llora hoy sobre tu sepulcro. Ojalá que pudiera volverte la vida que en un momento de delirio te arrebaté. Vuela, vuela alma cándida al Eterno Jardin: allí verás los tormentos que á mis crímenes preparan, y tú recibirás la corona de los justos.

Pasmados quedan Okyn y Kalminda con lo que oyen á aquella figura que ellos habian tenido por un ser sobrenatural.... Es una muger alta y acartonada; está vestida de blanco; tiene el cabello cortado y los pies desnudos; sus facciones se hallan desencajadas, sus ojos hundidos, y su mirar es vago y espantoso. Cuando baja de la tumba

y tropieza con los dos jóvenes, da un grito lastimero, retrocede como asustada, y volviéndose hacia ellos esclama:

—¿A donde vais, hijos mios? ¿No temeis inficionaros en el aire que respira un malvado?.... ¡Ah! huid, huid de mí: soy el ser mas inhumano y criminal de la Luna..... Si supieseis mis delitos; pero basta; dejadme; no me asesineis; huid, huid de mí.

—No venimos con intencion de haceros daño. Contesta Okyn. Antes bien nos dolemos de vuestras desdichas, y desearíamos poderlas remediar. Si habeis sido criminal como decís, manifestais estar ya arrepentida, y por lo mismo sois digna de compasion y de aprecio.

Sumamente tranquila se manifiesta la misteriosa anciana con el discurso del Príncipe, y deponiendo ya el temor se acerca á él, le aprieta la mano con un gesto estravagante, abraza á la hija de la Estrangera, y colocándose entre los dos, les saca de aquella fúnebre mansion. Atraviesan otra sala mas pequeña artesonada y con colum-

nas que sale á un hermoso huerto, y allí deteniendo á sus huéspedes les dice:

—Alguna admiracion os habrá causado el encontrarme habitando entre las ruinas, y leo ya en vuestros semblantes el deseo de saber quien soy. Demasiado conocida es mi historia en todo el reino; vosotros perteneceis á una clase distinguida, segun indican vuestros trages, y no dejareis de tener alguna noticia de la viuda de Okyn II.

—¡Cómo! Replica el Príncipe sorprendido. ¡Vos la madre de la Reina Karimna!

—La misma. Aquel monstruo que desoyendo la voz de la naturaleza y de la razon sacrificó á su propia hija á un capricho, á un antojo. ¡Que ceguedad! ¡Oh Dios! Evitadme, niños, evitadme el haceros la narracion de un suceso que no ignorais y que me despedaza el corazon al recordarlo. Despues que Kothím XVI subió al trono que yo alzé sobre la tumba de su hermana, ingrato y pérfido como él solo me encerró en un torreon de este Castillo y ordenó que me sacaran los ojos. Cuando entraban á ejecu-

tir tan infame mandato, desesperada me arrojé desde una ventana de la prision, los vestidos me sirvieron de alas y desgraciadamente me salvé. Digo desgraciadamente, porque los remordimientos que ahora me devoran los hubiera ahorrado con una muerte que bien merecian mis culpas. Por espacio de algunos dias anduve errante por la Torre Negra, y una noche cuando medio frenética llamaba á grandes gritos á mi hija, llegué sin saber como al salon que acabais de ver. Estaba ya vestido de negro, las lámparas perpetuas hacía muchos siglos que lucían, y la Reina que está en el féretro es Karimna I la invencible, á quien el Emperador su esposo erigió tan magnífico monumento. Aquella soledad, aquel silencio sepulcral, y el hallarse allí los despojos de una Soberana, cuya celebridad, valor y hasta el nombre me hacian acordar de mi infeliz hija, convenian á mis tristes ideas, y desde aquel instante el oculto panteon ha sido mi morada. Las pocas frutas que produce este huerto y algunas yerbas han sido mi alimento; y

las flores que cultivaba las esparcía todos los dias sobre el cadáver de la que yo llamaba mi hija. Asi he pasado catorce años sumida en la indigencia y regando con mi llanto interminable la desierta Torre Negra. Para que ningun mortal se atreviese á perturbar mi vida solitaria, y prevalida de las fábulas que siempre se han contado de este Torreon, por las noches quemaba algunos combustibles que encontré en un subterraneo entre otros pertrechos de guerra; de modo que las pirámides de fuego, el graznido de las aves nocturnas que se acogen á las bóvedas, y el verme al resplandor de las llamas vagar por los corredores cubierta con un manto blanco, como si fuera una vision, han amedrentado á los habitantes del alcázar de las setenta y cinco torres, y nadie se ha acercado á la negra. Ya no era tan desgraciada como en un principio; ya estaba mas tranquila y creia haber espiado mis crímenes con un verdadero arrepentimiento; pero la poca paz que disfrutaba mi alma bien pronto fue alterada. La sombra de Carmhán VIII me

persigue hace algun tiempo en estas soledades, sin duda viene á anunciarme mi última hora y á recordarme mis delitos.... ¡Ah! El fue cómplice, pero lo fué por causa mia. Le hice creer que su esposa era espurea. ¡Oh! no: Karimna era hija legítima de Okyn II. El Rey Kothín es el bastardo.....

—¡Maldicion! Esclama el Príncipe. ¡Mi padre bastardo!

—¡Tu padre!

—Sí: mi padre. Soy hijo de Kothín XVI.

—¡De Kothín XVI! ¡Que gozo! Ven hermoso jóven á mis brazos. ¡Cuanto quise á tu padre! El escesivo y ya culpable cariño que le tuve me hizo ser delincuente..... Y que mal me lo ha pagado. ¡Oh! Tu no serás tan ingrato como él. Ven, ven á los brazos de tu abuela *Sicolina de Olinkír*.

—¡¡¡Sicolina de Olinkír!!! Grita Kalminda toda demudada y con el cabello erizado. ¿Sois vos la infame Sicolina? ¿Aquella que asesinó á mi hermano? ¿La autora de las desdichas de mi madre?.....

—¡Terrible niña! Replica la viuda de Okyn.

¿Qué es lo que profiere tu labio? ¿Quién eres? ¿Quién era tu madre?

—No lo sé. Mi nacimiento es un hondo arcano que todavia no he penetrado. Mi madre me dijo que se llamaba Thila, y esto es su retrato.

—¡Thila! Asi se llamaba mi hija Karimna antes de subir al trono. ¡¡¡Que veo!!! Ella és; ella és. Pero ¿qué misterio es este, jóven? Tú no eres hija suya. Karimna no tuvo más que el niño que yo arrojé en el rio.

—¡Malvada! Dijo saliendo de entre unos árboles la fantasma que otras veces habia visto la huérfana. Ya descorriste el denso velo que hasta ahora me ha ocultado tu perfidia. El Eterno Espiritu me envia á darte el galardon debido á tus enormes crímenes. Lanza, lanza en los infiernos esa alma empedernida..... Karimna, ya te vengué.....

Sicolina de Olinkír, la viuda de Okyn II, la madre de Kothín XVI y de Karimna II dejó de existir. El hijo del Rey estaba aterrado, el espectro contemplaba á su víctima; y Kalminda postrada á sus pies le decía:

—Funesta vision ¿cuándo te cansas de perseguirme?

—No soy ninguna vision. Contesta la fantasma en tono muy cariñoso. No soy ninguna vision. Mirame bien, niña, mirame.

Y tomando á la huérfana una mano prosigue en estos términos.

—¿Te acuerdas, Kalminda, del republicano que mandó darte libertad en Krasonia? ¿De aquella voz que te dijo en la selva de los muertos que abandonáras la montaña? ¿Del anciano que te sacó de las garras de los piratas del desierto? ¿De la sombra que tanto te asustaba en el Castillo del hijo del Generalísimo? ¿De aquel guerrero que estorbó tu casamiento con Welhino, declarando que era hermano tuyo? ¿Y finalmente, te acuerdas de aquella aparicion que hace unos dias os manifestó que Carmhán no habia muerto?.... Yo, yo fuí el que sucesivamente desempeñé esos papeles. Yo, tu padre el Rey de Trikám Carmhán VIII. Hija eres de la infortunada Karimna.

Es imposible poder pintar el estado de

la huérfana de Sekryn. Su corazon oprimido late sin cesar. La aclaracion de aquellos misterios que la han envuelto en nuevas dudas, y el trágico fin de su abuela la estravian el juicio y ya no es dueña de sus acciones. Estrecha contra su seno al Príncipe y le llama hermano y esposo. Acaricia al Monarca de Trikám, le dá el dictado de padre, y al mismo tiempo le llena de improperios y quiere huir de él. Conociendo Carmhán que si se dilata aquella escena sería peligrosa á la salud de su hija, les suplica que se retiren y que vuelvan el dia siguiente y les referirá su historia. Okyn y Kalminda se despiden del matador de Sicolina y se dirigen hácia la parte habitada del Castillo. En toda aquella noche la huérfana no puede reconciliar el sueño. Revuelve en su imaginacion los sucesos que ha presenciado, y todo es confusion para ella. ¿Cómo he de ser hija de Karimna II, decía, si esta Soberana fue degollada en Trikám hace mas de quince años?.... No: mi madre pereció en Krasonia, y sus cenizas yacen en la selva de las

tumbas. Pero la narracion de Sicolina, el retrato y las palabras de Carmhán... ¡Que laberinto!

Asi fluctúa en un mar de ideas la sensible jóven, cuando viene la aurora á distraerla de sus cavilaciones. Se levanta de la cama y baja á los jardines sin acordarse que tiene que presenciar el tocado de la Reina. Solo fija la atencion en los acontecimientos de la fatídica Torre, y anhela que se acerque el momento de la entrevista con su padre. Llega por fin la hora del descanso, y ella y el Príncipe vuelan á la sala enlutada.

CANTO SESTO.

ARGUMENTO.

Se aclaran todos los misterios. Historia de Carmhán VIII. Es decapitado en el Castillo de las setenta y cinco torres. Toma de este alcázar por el Emperador de Wiscalia. Conclusion.

Ya está esperando el Rey de Trikám á los ilustres jóvenes, y al momento que les ve sale á su encuentro, abraza afectuosamente á Kalminda, y llevándoles á las ruinas de las Torres comienza su historia de esta manera:

Cuando me uní con Karimna II la odiaba, y solamente celebré aquellas bodas por la diferencia que habia de ser esclavo de una Reina, á llamarla esposa y poseer diez

cetros que agregára al suyo. No abandonaba ni un instante el proyecto de vengarme del oprobio que sufrí cuando entré en Karém atado al carro del triunfo; pero tan pérfidos planes los destruyó ella con sus encantadoras gracias y su mágica amabilidad. Era tan hermosa y tan adorable, que bien pronto cautivó mi corazon, y ya la amaba tanto como ella me amaba á mí. Hubierámos sido los consortes mas felices de la Luna si la malvada Sicolina no hubiese introducido la discordia. Un dia me llamó á su palacio y me habló en estos términos: »Sabe, Carmhán, que estás unido á una muger que es el fruto de una vergonzosa pasion. No es hija de Okyn, y esta fué la causa de manifestar tanta obstinacion en que Kothín subiese al trono. No espuse entonces los motivos, por no hallarme con valor para publicar mi liviandad ante la nacion entera. Mas ahora que ya teneis un hijo, temo que la corona que tantos siglos ha conservado una famila esclarecida, pase á otro linage innoble y oscuro. No: estoy decidida á sa-

crificar el honor en el altar de la justicia; asi me lo aconseja la conciencia; el mundo todo sabrá mi debilidad, y despues marcharé á los mas remotos climas á ocultar mi deshonra. Voy á hacer esta misma confesion al Supremo Consejo de Tesarjonia; el pueblo se sublevará y tu esposa tiene precisamente que descender del solio. Si no quieres perder el Reino de Trikám, es necesario que te pongas de nuestra parte y nos ayudes á destronarla. El oponerte sería una temeridad; de todos modos Kothín empuñará el cetro de Peltrúk. A tí ya nada te liga con Karimna, pues declarada su ilegitimidad, tu matrimonio es nulo. Ya sabes que nuestras leyes prohiben á los bastardos tomar estado, y les condenan á ser nuestros esclavos, ó á vivir fuera de la sociedad." Terribles fueron para mí estas espresiones. El nombre de bastarda hizo despertar el rencor que antes habia profesado á mi esposa, y prometí á la Reina viuda favorecerla en sus infames tramas. No tardó en oirse el grito de rebelion en todos nuestros dominios. La

aguerrida Karimna, al frente de sus caros soldados hacía prodigios de valor, y si yo la hubiese socorrido, necesariamente hubiéramos acabado con los revoltosos, y nuestro trono vacilante estuviera ahora bien seguro sobre los cadáveres de sus enemigos. Pero traidor á la mas buena de todas las mugeres, fingía ser de su partido y al mismo tiempo prestaba una débil resistencia, entregando vilmente las tropas en las situaciones mas apuradas. Los rebeldes ofrecieron á los Irkalianos y Wiscalianos hacerles independientes, si ellos triunfaban; alzáronse tambien estas naciones, y unidas tantas fuerzas, vinieron á sitiar á Karém, donde á pesar mio me habia visto obligado á retirarme con la Reina. Nuestro ejército era todavía muy poderoso, la ciudad inespugnable, teniamos víveres para algunos años, y los sitiadores no adelantando nada hubieran levantado el cerco. Mas, temiendo yo que nuestros planes se frustraran, una noche mandé abrir dos brechas en la muralla; introduje al enemigo; la guarnicion estaba descuidada; la sangre inundó las ca-

lles; Kothín XVI subió al solio, y á Karimna y á mi hijo, que tenia entonces pocos meses, los trajeron á un subterráneo de este castillo. El nuevo Rey, apiadado de la suerte de su hermana, me prometió la diadema de Trikám si convenía en legitimar nuestro enlace y en partir con mi esposa el poder. Asi lo juré; pero despues que estaba en pacífica posesion de mis estados, ví á la hija de una cocinera de palacio y me arrastró de tal modo hácia ella, que concebí la disparatada idea de hacerla Reina de Trikám. Cada vez aborrecía mas á Karimna y por esto iba retrasando el cumplimiento del pacto celebrado con Kothín. Entretanto escribí á Sicolina que me enviase con todo sigilo á mi tierno hijo, y cuando ya le creía en la córte, recibí una carta de la Reina viuda en la que me decía, que su hija habia precipitado en el rio al inocente niño. Esta noticia me irritó tanto que comparecí ante el Gran Consejo de Tesarjonia y acusé á Karimna II de infanticidio, citando á su madre por testigo. Llamaron á Sicolina, de-

claró contra mi esposa, y ésta aunque estaba en cinta fue condenada á muerte. En mis dominios se egecutó la sentencia, y ciertamente la creía muerta, porque ví pasar por debajo de mis balcones el fúnebre acompañamiento que conducía su cadáver á esta fortaleza. A los pocos dias me desposé con la hija de la cocinera, lo que desagradó de tal modo á los nobles que se sublevaron al instante, consiguieron despojarme de la corona, asesinaron á mi consorte, y me pusieron preso en el castillo que está en la vega del rio grande. Temiendo subir al patíbulo, elegí otra muerte menos ignominiosa y me arrojé al agua desde lo mas elevado de un torreon. Por espacio de algunas horas fui juguete de la impetuosa corriente; pero despues pude arribar á un valle de Peltrúk, y allí me recogieron en la choza de un pastor. Una tarde que estaba conversando con la muger, reparé por casualidad en un niño que tenia al pecho. Sus facciones no me eran desconocidas, y lleno de impaciencia la pregunté si aquella criatura era suya.

»Es del Príncipe Narshino, me contestó, yo soy su nodriza." Mirad bien lo que decís, la repliqué, este niño no es hijo del Generalísimo. La pastora sobresaltada dejó su asiento, miró todos los rincones, y despues de haber cerrado la puerta, se vino á mi y me dijo: »Teneis razon; no es de Narshino. Pareceis hombre capaz de guardar un secreto, y asi os confiaré éste que solo mi marido y yo le sabemos. Viviamos hace poco tiempo muy próximos al castillo de las setenta y cinco torres, y yo estaba criando un niño del Príncipe de Sirwia. Una noche que le tenia en el regazo cerca de la lumbre, me dormí profundamente, y cuando desperté ví á la tierna criatura espirando entre las ascuas. Todos los remedios que quise aplicarle fueron ya inútiles, murió; y yo de sentimiento perdí el juicio. Como Narshino es tan sanguinario, mi esposo me pronosticaba un fin horrible; pero un feliz acontecimiento nos vino á librar de grandes desgracias. Una mañana que me habia sacado á pasear por la orilla del rio, reparó en un bulto que

llevaba el agua, Se le figuró que oía el llanto de algun niño, y en efecto no se equivocó. Era este hermoso infante por quien sin duda el cielo velaba, pues le traía una pequeña tabla sobre la pacífica corriente. Se desnudó mi marido, lo estrajo de las aguas, y conduciéndole á mi presencia recobré al momento los sentidos. Desde aquel dia nuestro cuidado con él es indecible, y si el Eterno Espíritu no nos priva de su existencia, pasará por hijo del Generalísimo." Esta confesion de la muger del pastor me acabó de convencer de que aquella criatura era mi llorado primogénito, lo que me causó una alegría indefinible; pero no me declaré porque asi convenía á su felicidad, pues yo nada le podia legar porque nada poseía, y á Narshino le era fácil colocarle en uno de los puestos mas elevados del reino. Fastidiado de la vida pastoril, la abandoné á muy poco tiempo de haberla abrazado, y despues de llenar de carícias á mi amado hijo, dejé la cabaña y me fuí á buscar fortuna por el mundo. Cuando atravesé el desierto que separa á los Pel-

trukos de los Trikanes, caí en poder de los bandidos, les manifesté que queria ser de su profesion, y desde aquel dia mis crueldades y asesinatos no tienen número. Los foragidos componian un ejército formidable, pero sin ninguna disciplina. Necesitaban un hombre de carácter y energía que les sirviera de Gefe, y en mi encontraron estos requisitos. Llegué á cobrar tanto ascendiente y tanto prestigio sobre ellos, que yo era su dios, su rey y su todo. Iba á la cabeza de tres mil y cuatro mil facinerosos, sorprendiamos las poblaciones mas ricas y volviamos cubiertos de tesoros. De este modo me vengué de los que me arrebataron el solio, y os horrorizareis al oir que logré empedrar mi habitacion en la cueva del desierto con los cráneos de los que juzgué mis enemigos en Trikám. Dos años fuí Soberano de los malhechores, al fin de los cuales determiné apartarme de ellos atemorizado con la idea de un cadalso que á cada minuto se me presentaba en la imaginacion. Les abandoné, en efecto, y me dirigí á las naciones del

norte con objeto de acabar allí mis dias con alguna tranquilidad. Al pasar por un pueblo de Wosfinia, pedí hospedage en una casa de campo. Una vieja que parecía ama de gobierno me la concedió, y cuando estaba cenando la pregunté por curiosidad á quién pertenecía aquella bella posesion. La buena anciana quedó algo confusa al escuchar tal pregunta, mas despues me miró bien mirado y me dijo con mucho misterio, que á una Reina Tesarjona. Estraordinaria admiracion me produjo esta noticia, y no dejé marchar á aquella muger sin instarla primero á que declarase el nombre de su ama, pero no lo pude conseguir. Habia oido á una criada que á la mañana siguiente salía á pasear por los jardines, por lo que me acosté con grande cuidado y antes de amanecer ya estaba colocado en una reja para verla. A breve rato apareció en el pensil; iba vestida de blanco, un velo largo la cubria y llevaba de la mano á una niña como de dos años. Aquella presencia magestuosa, aquel aire marcial, y la viveza de unos ojos

negros y rasgados que se divisaban al través del espeso cendal, me traían á la memoria mi malograda Karimna; pero no podia creer que era ella porque estaba en la persuasion de que habia perecido en el suplicio. Sin embargo, sentí no se que inclinacion hácia aquella rara deidad, y con el mas penoso anhelo busqué á la vieja, resuelto á arrancarla á toda costa aquel secreto. Nada alcancé, hasta que enseñándola unos escudos de oro se los prometí si satisfacía mi curiosidad. Entonces me condujo á su cuarto y me contó lo siguiente: «Esta Señora es Karimna II Reina de Peltrúk. Su vida borrascosa es bastante conocida en todas las Tesarjonias, y asi en valde será el molestaros con tan larga relacion. Lo que no sabreis es, cómo se libró del patíbulo que la prepararon su infame esposo y su malvada madre, y esto es lo que os voy á referir. Cuando la inmortal heroina fué conducida á Trikám ignominiosamente para recibir la última pena, estaba ya muy próxima á dar á luz una criatura que llevaba en su seno.

En vano pidió que se dilatasen sus dias hasta que llegara este caso; fue desoida tan justa peticion y subió al cadalso. La dorada cuerda apretó su garganta, y los despojos mortales de tan invicta Soberana se colocaron entre los de viles ajusticiados. Dieron orden para que la embalsamaran, y al tiempo de entrar un operador, advirtió que la Reina se movía. Tuvo serenidad para acercarse á ella, y entonces vió que Karimna vivía y se quejaba amargamente. El buen hombre llamó á otro compañero y entre los dos la llevaron con todo sigilo á mi casa para que un hermano mio, que era médico, acabase de volverla á la vida. Entre tanto marcharon ellos otra vez al depósito de los muertos, y antes que vinieran los demás operadores, abrieron á la muger de un pirata que habia sido decapitada aquel mismo dia, fingieron que era la Reina, y como á tal se la ha dado sepultura magnífica en el real panteon. Karimna se restableció completamente, y á los pocos dias nació esa hermosa niña que la acompaña. Escribió al Emperador de Wiscalia

su resurreccion, y aquel escelente Monarca, olvidando la enemistad que siempre ha reinado entre las dos naciones, la hizo un préstamo considerable, con el que Karimna ha comprado esta quinta; y aunque no vive con el fausto propio de una Soberana, tiene sin embargo numerosa servidumbre y de nada carece. A mi hermano y á los otros dos que la favorecieron les recomendó al Emperador, quien los ha colmado de honores y riquezas, y á mi me trajo en calidad de Gefe de palacio; en cuyo empleo me ha grangeado de tal modo su voluntad que soy su única amiga y la depositaria de todos sus secretos. Ahora ha sabido que Carmhán VIII fue Rey de los bandidos del desierto; que las setenta y cinco Tesarjonias coligadas le buscan para hacerle espiar en un patíbulo las muertes que están á su cargo, y que millares de emisarios circulan disfrazados por las provincias y examinan con mucho artificio todas las casas. La Reina temiendo que algun vasallo suyo pase por esta posesion y la descubra, para evitar un en-

cuentro de estos, quizá muy funesto, ha determinado retirarse con su hija á la aldea de Sekryn, pueblo oscuro que confina con la república de Krasonia. Allí ha resuelto permanecer oculta hasta que su causa mejore, y por mas que la he suplicado para que me consienta acompañarla, no lo he podido conseguir. La demás servidumbre está ya despedida, y yo marcharé á Wiscalia con el Médico. Soy la sola persona de casa que se halla al alcance de estos secretos que os acabo de manifestar, y espero que como hombre de bien los sepultareis para siempre en vuestro pecho segun me lo habeis prometido." Despedazado quedó mi corazon con el relato de la vieja. Aturdido salí de la quinta y no sabía que determinacion tomar. Permaneciendo en Tesarjonia peligraba mi vida; en cualquiera nacion de la Luna me amenazaban las mismas calamidades, y únicamente me creía seguro en la república de Krasonia. Pero como á ningun estrangero le es permitido pisar aquel territorio yo me veia en un grande apuro. Ya desesperado

intenté una estratagema y afortunadamente salió bien. Una tarde subí á la montaña y observé que habia un centinela dormido sobre la yerba. Pude llegar á él sin que me sintiera y le asesiné. Me puse despues sus vestidos, le cubrí á él con los mios, y empuñando las armas arrastré su cadáver hasta el primer pueblo proclamando que habia muerto á un Tesarjon. Como estaba bien enterado de la táctica militar de aquellos paises desempeñé bien el papel de soldado, nadie dudó si era Krason, me premiaron con tres ascensos aquel asesinato de uno de sus hermanos, siempre me distinguí en las escaramuzas con los Tesarjones; cada dia iba adquiriendo mas celebridad, y antes de diez meses me ví elevado á la dignidad suprema. Ya hacía nueve años que era Orí de la República, cuando tú Kalminda y tu madre caisteis en poder de los montañeses. Karimna se habia marchitado de tal manera que no la conocí hasta que me acusó de que era Tesarjon. Pero entonces recordé que mi hijo fué arrojado por ella en el rio, y aunque des-

pues pude dar libertad á las dos, solo quise concederla á tí. El Consejo me condenó al sacrificio por mostrar que observaba sus leyes; mas luego él mismo me quitó las cadenas y me facilitó la huida de la República. Antes tuve el infernal placer de contemplar el trágico fin de mi esposa y me llenaba de alegría al verla luchar con las llamas. Pero ¡ah! cuando ya espirante pidió á su Dios *venganza* todo me horroricé, conocí por la vez primera mi barbarie, y uniendo mis votos á los suyos pronuncié casi al mismo tiempo *venganza*. Ya arrepentido fui á llorar sobre su tumba, y hallándote al pie de ella te aconsejé que marcharas de la montaña. Despues te seguí hasta la aldea; iba detras de vuestra comitiva, aunque algo distante, con objeto de sacarte de todos los peligros en que necesariamente te habias de encontrar; en el desierto solo con presentarme á los facinerosos les hice temblar; en el Palacio de Narshino estuve oculto todo el tiempo que permaneciste en él, allí hablé á la nodriza que crió á tu hermano y por ella supe

que mi hijo era aquel Welhino tan gallardo y tan amable. El Generalísimo te mandó degollar en la casa del monte, porque Zokina fingió que tu la digiste delante de otras Camaristas que sabias que eras hija de la Reina Karimna, y Narshino temia perder el favor del Monarça si llegaba esto á su conocimiento. En el Castillo de Welhino me introduje por velar vuestras acciones, y cuando pronuncié como sorprendido tu nombre en el gabinete fue porque te contaba presenciando la lucha. Estuve oyendo vuestra conversacion el dia que contratasteis el matrimonio, y me valí de aquella invencion de los sepulcros para impedirlo. Te seguí al pueblo de las Labradoras, luego á este Castillo, y tomé por domicilio la Torre Negra. La tarde que hallasteis el enterramiento de Karimna I iba detras de vosotros, me escondí despues entre los árboles del huerto, desde allí escuché todas las maldades de Sicolina y supe que mi esposa no habia echado el niño en el rio como yo creia. Con esto me enfurecí tanto que aunque no pensaba toda-

via descubrirme á vosotros no pude contenerme, salí como visteis y ahogué entre mis brazos á la autora de todas nuestras desgracias.

Deja de hablar el padre de Kalminda y al mismo tiempo se siente un ruido estrepitoso de armas. Los Reyes habian concebido algunas sospechas por la ausencia del Príncipe y de la Camarista; les espiaron seguidos de una pequeña escolta; ocultos en ciertos puntos oyeron la historia de Carmbán VIII, y cuando éste concluyó se presentaron los soldados y prendieron al Rey de Trikám y á su desventurada hija.

La noche habia envuelto en su negro manto todos los imperios; el disco plateado de la tierra prestaba una luz opaca á los habitantes de la Luna, y en la plaza grande del Castillo de las setenta y cinco torres se sentia un ligero rumor semejante al que forman las olas del mar en los primeros momentos de tormenta. De cuando en cuando se escuchaba el toque lúgubre de dos campanas y una voz triste que imponia silencio en nombre del Soberano. Al resplandor de

las antorchas, que estaban colocadas en las enjutas de los arcos, se veían deslizar por entre la muchedumbre dos verdugos, con fuertes mazas de hierro, abriendo paso á veinte sacerdotes. Detras marchaba el Pontífice Sacro del Real Zifhám vestido de ceremonia y calado el sombrero de mal agüero. A su lado iban dos personages encubiertos; uno llevaba túnica verde con manchas negras, y el otro estaba embozado en un velo blanco. Cerraban la comitiva algunos soldados caminando al compas de una música fúnebre, y á bastante distancia venian los Reyes en sus carrozas. De repente aparecieron tres fanales en el centro de la plaza, á la débil luz que despedian se divisaban dos elevados cadalsos y no tardaron en ocuparles los dos personages referidos. El primero era alto, flaco y de color cadavérico; en su rostro estaba retratado el crímen, y por su mirar aterrador, sus gestos estravagantes, sus ademanes horribles y todo el conjunto de su figura espantosa, fiera é imponente parecia al través de las sombras el

Genio funesto de las tinieblas. El segundo por el contrario... era una vírgen tímida y hermosa como el astro de la mañana; sus miradas llenas de candor; sus modales dulces y apacibles. En el semblante daba bien á conocer la inalterable tranquilidad que inspira una conciencia pura, y por la prodigiosa resignacion con que subia al patíbulo se asemejaba á las víctimas que en otro tiempo eran sacrificadas voluntariamente en el templo de los falsos dioses. Sonó un clarin, cesaron los destemplados instrumentos, y el Rey en alta voz leyó una sentencia en la que condenaba á muerte á Carmhán VIII y á Kalminda Awinky; al uno por asesino de la viuda de Okyn II y á la otra por hija de éste y de la Reina usurpadora Karimna la bastarda. Vibraron en el aire las ferradas mazas y la cabeza del Monarca de Trikám rodó por el cadalso. Ya los ejecutores de justicia levantaban otra vez los cortantes instrumentos para herir á la huérfana de Sekryn, cuando se oye un estrépito horroroso. El nombre del enemigo habia re-

sonado por los ámbitos del castillo, y todo era confusion, todo desorden. El Emperador de Wiscalia, al frente de innumerables ejércitos de cien naciones conquistadas, se abrió paso por las peñas que jamás ser humano habia pisado, y echándose de repente sobre el enorme alcázar de las Torres le atacaba con furor. El combate fue sangriento y se hizo una vigorosa resistencia, pero antes de la venida del dia ya el Monarca Wiscaliano entraba triunfante con todas sus tropas en el formidable castillo. Kothín XVI murió en la defensa, y el Duque Narshino que estaba al servicio del Conquistador habia perecido en el asalto. La hija de la Estrangera amarrada en el patíbulo esperaba por momentos su fin, y al ver entrar en la plaza las huestes victoriosas, con ademanes hostiles, lanzó penetrantes gritos y fue acometida de un mortal desmayo. Cuando recobró los sentidos se halló en los brazos del Emperador y de su hermano Welhino, General de éste.

Pocos dias despues se celebraba en Karém

una gran funcion.... Era el alzamiento de Kalminda al trono y su enlace con el Príncipe Okyn. El heroe de Wiscalia, el Capitan del siglo habia abandonado el proyecto de hacerse Señor de los setenta y cinco reinos, y colocando la diadema de Peltrúk en las sienes de la aldeana de Sekryn, él fue el primero que la besó la mano. Kalminda VI tuvo un reinado largo y feliz. Consiguió emanciparse del Supremo Consejo de Tesarjonia, que por espacio de tantos siglos habia tiranizado á los Reyes. Conquistó la República de Krasonia, lo que nadie pudo nunca conseguir por la ferocidad de sus habitantes, y redujo á la obediencia las naciones rebeldes de Irkalia y las cedió á Welhino. Los numerosos descendientes de estos dos grandes Monarcas ocupan en la actualidad casi todos los Tronos del globo de la Luna.

FIN.

ERRATAS.

Pág.	*Lin.*	*Dice.*	*Lease.*
1	8	duentes	duendes
36	23	le	la
89	6	aquellos	aquestos
100	16	le	la
174	10	céspedes	Céspedes
214	9	á	al
219	14	tan	tus

TAYLOR INST - OXFORD

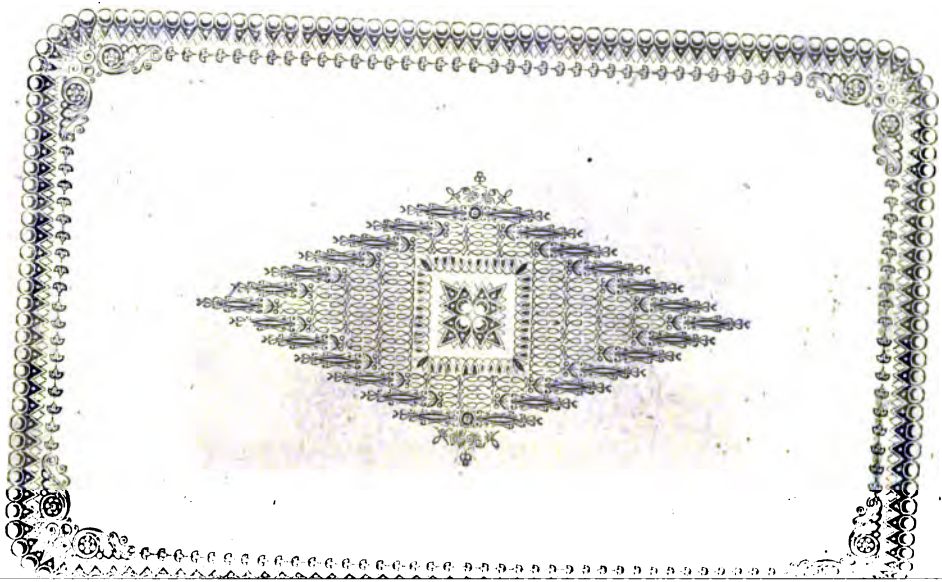
55666183

OBRAS LITERARIAS

de

FR. POLIPODIO

de Salamanca.

Valladolid:
IMP. DE APARICIO.
1844.

Vet. Span. III. A. 117.